MICHAEL J. THORNTON

EL NAZISMO

(1918-1945)

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
ΩA

Creative Commons

Título original: *Nazism* (1918-1945)
Traducción: Javier González Pueyo
Dirección de la colección: Virgilio Ortega
© Oikos Tau, S.A. - Ediciones
© Por la presente edición: Ediciones Orbis, S.A.
Apartado de Correos 35432, Barcelona
ISBN: 84-7634-158-X
D.L.: B. 21974-1985
Impreso y encuadernado por
Printer industria gráfica s.a. Provenza, 388 Barcelona
Sant Vicenç dels Horts
Printed in Spain

1985

ÍNDICE

Prefacio 4
I. Una actitud ante la vida 5
II. El Fürer 18
III. La élite 27
IV. La crisis de la democracia alemana 44
V. La tortuosa senda del poder 60
VI. La revolución nazi 75
VII. La Alemania nazi 86
VIII. La expansión del imperio de Hitler 111
IX. El Nuevo Orden europeo nazi 133
X. El declinar del nazismo 155
Tabla cronológica 171
Lecturas adicionales 182

PREFACIO

La literatura sobre el nazismo es considerable y contribuir a la misma exige unas palabras de explicación. A mi entender, es precisamente la existencia de tantos libros extensos sobre el tema lo que justifica esta pequeña obra.

El estudiante moderno, esté en los últimos años de bachillerato, en un «College» o en la Universidad, se ve constantemente animado a leer en abundancia, tanto fuera como dentro de su campo de estudio. Las expectativas que debe llenar en este sentido están, con frecuencia, desajustadas de la realidad, pues, a menudo, falta el adecuado tipo de libro.

La mayor parte de los pre-universitarios y bachilleres superiores necesitan, en sus lecturas históricas, poder formarse una idea clara de su propia época, para que los libros documentados y a nivel universitario les sean de utilidad. Lo mismo sucede con frecuencia, incluso a estudiantes de niveles superiores. El caso del estudiante de ciencias, del que se supone debe abarcar las dos culturas, es aún más extremo. El campo de acción cada vez mayor de sus estudios le impide sustraer de su precioso tiempo una parte pequeña para consagrarla a otros afanes. Si alguno pone en tela de juicio la verdad de lo dicho, convendría se parara a considerar honestamente nuestras escuelas y universidades.

En consecuencia, espero que este libro no sólo ofrecerá una introducción comprensible a la historia del nazismo, sino que preparará y estimulará a sus lectores a investigar el tema más a fondo. A este fin, he incluido una breve lista de lecturas adicionales.

Este libro está basado en la investigación de otros, a quienes libremente ofrendo mi gratitud, así como les agradezco el placer que su obra me ha proporcionado.

Finalmente, expreso mi agradecimiento a mi esposa, que mecanografió el texto y corrigió la puntuación y el lenguaje, en condiciones que distan de ser las ideales. Si algún defecto permanece, a mí se debe.

M. J. T.

I. Una actitud ante la vida

Treinta mil nazis alzaron el brazo para saludar a Adolf Hitler, su líder y nuevo Canciller y Reichsführer de Alemania, a su paso ante el palacio Luitpold, en Nüremberg, en la mañana del 5 de septiembre de 1933. El Congreso del Partido estaba reunido para oír la proclama del Fhürer, que les fue leída por Adolf Wagner, *Gauleite* de Baviera. El Führer había escrito que el modo de vida alemán había sido fijado para todo un milenio. En mayo de 1945, sin embargo, el III Reich pasaba al olvido: su destrucción había costado cerca de cincuenta millones de vidas, incalculables pérdidas materiales y sufrimientos humanos de toda índole.

Para los que han alcanzado la mayoría de edad después de 1945, el nazismo es un fenómeno cuya existencia apenas consideran. Como *réquiem* a su memoria, de vez en cuando se dan vestigios de cruces gamadas pintarrajeadas en las paredes, o manifestaciones de algunos extremistas en Trafalgar Square o, lo que es más importante, los informes de Reuter sobre reuniones SS en Munich y el juicio de Adolf Eichmann celebrado en Jerusalén. No obstante, el conocimiento de este período supone una de las más fecundas advertencias de la historia de lo que puede suceder al mundo si los hombres olvidan su común humanidad.

Tanto durante el nazismo, como después de su destrucción, se ha discutido si éste constituyó o no una filosofía o ideología, en el estricto sentido de la expresión; y si, aun admitiendo que hubiera un cuerpo doctrinal, tuvo éste relevancia en el proceso de la acción transcurrida después de 1933.

Ciertamente, el movimiento era anti-intelectual y no estaba basado en un conjunto de normas razonadas y coherentes, como en cierto sentido lo está el comunismo. Y tampoco las opiniones de los líderes nazis ofrecieron un programa detallado de la política a seguir una vez en el poder. Por otra parte, sustentaban, y esto es innegable, opiniones que proveyeron a sus acciones de una base y justificación general, y que, a diferencia del fascismo, precedieron a la acción

política. Ello no basta para calificar a estas ideas de simples y útiles instrumentos de propaganda. Bien es verdad que cumplieron esta función, pero ninguna razón autoriza a presumir que los autores de *Mein Kampf* o el *Mito del Siglo XX,* no sustentaran sinceramente los puntos de vista por ellos expresados. Hitler subrayó, incluso, la importancia de lo que él denominaba *Weltanschauung.* Esta palabra, difícilmente traducible, viene a significar «una actitud ante la vida». Es la actitud global o «filosofía cotidiana», que la mayoría de nosotros tiene y que no está estrechamente basada en el pensamiento racional. La fidelidad de Hitler para con su *weltanschauung,* difiere marcadamente del oportunismo que caracterizó su carrera política.

La obra autobiográfica de Hitler, *Mein Kampf,* escrita durante su estancia en la prisión de la fortaleza de Landsberg, después de su fracasado intento por obtener el poder en 1923, y el pretensioso *Mito del Siglo XX,* de Alfred Rosenberg, son los dos textos más significativos de lo que el nazismo representaba para sus líderes. No es, desde luego, una obra científica, si atendemos a criterios rigurosos. Los autores seleccionaron, de un modo más bien arbitrario, los puntos de otras obras que podían convenir a sus tesis dogmáticas. Bien es verdad que Hitler era un lector empedernido, pero no está claro cuáles fueron sus lecturas y su nivel cultural y crítico resulta evidente en sus propias palabras: «...cualquiera que haya cultivado el arte de la lectura en seguida descubrirá... lo que merece la pena retener, ya porque responda a las propias necesidades, ya por su valor en cuanto conocimiento general». Así se explica, por ejemplo, que, aun a pesar de ser consideradas las ideas de Nietzsche como uno de los fundamentos del nazismo, y de que los mismos nazis no ocultaran tales antecedentes, circulasen en la Alemania nazi sólo restringidas antologías de su obra. No repugnaba a Hitler encontrarse en el papel del heroico líder de las masas; sin embargo, el desprecio de Nietzsche por el nacionalismo y su moderada actitud ante los judíos, estaban en discrepancia con las proclamas nazis, por lo que estos aspectos fueron suprimidos. Rosenberg elaboró una versión de la historia que ignoraba toda la evidencia antropológica, biológica e histórica que refutaba "sus opiniones. Por el contrario, dio crédito ciego a las obras decimonónicas del Conde de Gobineau

y de H. S. Chamberlain, pese a que ninguna de éstas podía pretender una calificación científica o histórica.

Fue así, de esta tendenciosa manera, como se construyeron las ideas instrumentales del nazismo. El propio nombre de nazismo o nacionalsocialismo implica una mixtificación, pues nada tiene que ver con el nacionalismo o el socialismo, tal como éstos son comprendidos de ordinario. Y, si parte de las incumplidas promesas del primitivo programa del Partido, redactado en el año 1920, fueron socialistas, sólo tuvieron valor como medio para ganarse el apoyo de las masas. Los nazis fueron socialistas, únicamente en el sentido de que sus ambiciones presuponían el control político de la economía nacional. El igualitarismo y la supresión de la injusticia social y económica eran fines humanitarios indignos de su atención.

Tampoco el nacionalismo estaba concebido partiendo de categorías de fronteras políticas existentes y, ni siquiera, de fronteras pre-existentes. La nación no era, en la teoría nazi, una sociedad de orígenes diversos y unida por unos modos de vida. Los modernos EE. UU. ofrecen un ejemplo de lo que nosotros consideramos una nación. Los americanos, pese a que sus antepasados provienen de todas las partes del mundo, gozan en la actualidad de un fuerte sentido de solidaridad nacional. A ojos de Rosenberg, una sociedad así no hubiera sido otra cosa que un burdo conglomerado. Los nazis exaltaban el *Volk* o *etnos,* un pueblo de orígenes raciales puros que estaba unido místicamente en una primitiva comunidad de sangre y tierra y que no reconocía fronteras artificiales; en gran parte, un concepto emocional en desacuerdo con las realidades políticas de la Europa posterior a 1918.

La *weltanschauung* nazi, tal como fue expresada por Hitler, se mueve en un contexto de conflicto. *Mein Kampf* significa «Mi lucha» y lucha es una palabra a la que se recurre una y otra vez en los escritos y discursos del líder nazi:

«Toda la obra de la naturaleza es como una lucha entre la fuerza y la debilidad... Los Estados que violan esta ley elemental, sucumben».

Hitler consideraba esta lucha como la base de todo lo alcanzado por el hombre, y sin ella «... los individuos nunca... conseguirían nada». Por ello, el humanitarismo era una debilidad disfrazada, y «la

grandeza del hombre, en una paz perpetua, forzosamente declinaría». Las ideas del derecho natural, aplicadas éstas a los hombres o a las naciones, eran a su entender inválidas, lo que debía considerarse acorde con la divina justicia:

«... no puede darse un milagro... que conceda al hombre algo que no haya ganado por sí mismo. Los cielos, en todas las épocas, sólo han ayudado al hombre que se ha esforzado».

El aspecto más característico de la *weltanschauung* era su insistencia en la raza, y la interpretación histórica de Rosenberg estaba estructurada a partir de categorías de una lucha interracial. Rosenberg no pasó de ser una figura periférica en los momentos culminantes del movimiento; sin embargo, se había afiliado al Partido Nacional Socialista poco después de su fundación y ostentó en un tiempo el *status* de filósofo semioficial del movimiento. En 1921, llegó a ser el director del periódico portavoz del movimiento, el *Voelkischer Beobachter,*

La lucha que Rosenberg había creído percibir a lo largo de la historia, había tenido lugar entre la super-raza nórdica o aria y otras razas menores de la humanidad. La palabra «raza», utilizada sin un significado biológico preciso, y la espúrea pretensión de descender de una pretendida raza superior aria, tienen, quizás, origen en el Conde de Gobineau. Este último, en su *Desigualdad de las razas humanas,* había sustentado la idea, a mediados del siglo XIX, para sostener la aristocracia en contra de la democracia. A principios del siglo XX, Chamberlain, un inglés que se casó con la hija de Ricardo Wagner y que adoptó la nacionalidad alemana, popularizó el mito ario en una obra pseudocientífica, *Los fundamentos del siglo XIX,* La vital contribución de Chamberlain consistió en elevar el existente culto al germanismo a reivindicaciones de superioridad nacional. Gobineau había afirmado la superioridad de una clase social; Chamberlain la superioridad de un pueblo sobre el resto del género humano.

Rosenberg sostenía que la raza aria provenía del norte de Europa, donde se había expandido a Egipto, Persia, India, Grecia y Roma. Esta raza, la única apta para crear cultura, había remodelado las antiguas civilizaciones que florecían en aquellas áreas. El colapso de estas civilizaciones, sostenía, había obedecido a la degeneración

provocada por la mezcla de los arios con las razas inferiores. En Europa, la caída del Imperio Romano había dejado tras de sí la confusión racial, y la lucha entre aquél y los arios teutónicos había engendrado cuanto había de valor en el arte moderno, la filosofía, la ciencia y las instituciones políticas. La Cristiandad estaba corrompida —Rosenberg era un virulento anticatólico— pero Cristo era ario y, cuanto merecía la pena conservar del Cristianismo era, al entender de Rosenberg, reflejo de ideales arios.

La filosofía en la que se basaba esta comprensión de la historia hacía a ésta inatacable desde el punto de vista del autor. Rechazaba radicalmente la idea de una verdad absoluta, pretendiendo que su mensaje esencial persistiría «... aun si la totalidad de la prueba histórica tuviera que ser refutada punto por punto». Para él, todas las facultades mentales y morales eran raciales, por lo que los arios conocían intuitivamente cuál era su verdad esencial. «Pensamos con nuestra sangre» era la respuesta a cualquier argumento convincente de crítica analítica, basado consistentemente en la evidencia de los hechos.

Rosenberg caracterizaba «su» raza aria como rubia, de ojos azules, alta y de cráneo alargado. Entre sus características personales incluía el honor, el valor, el amor a la libertad *y* un espíritu de investigación científica. No obstante, los aspectos mentales y físicos no siempre correspondían y los límites exactos de la raza no quedaban demasiado claros. Una vez que los nazis se hicieron con el poder, la teoría fue ascendida al rango de antropología «científica», aunque ignorando determinados datos antropológicos, como el color de la piel y el cabello.

La anti-raza y gran parte de la causa de lo que, para Rosenberg, era «degenerado», era la raza judía. La inhumana persecución de los judíos por parte de los nazis estaba firmemente basada en su actitud ante la vida. El hecho de que fueran capaces de predicar un antisemitismo tan abierto antes de su subida al poder, indica cuan arraigado estaba este prejuicio social en la Europa central. Lo verdaderamente patético en Rosenberg es la creencia en su teoría racial. Hitler, por lo contrario, era consciente de que carecía de base científica, pero no ignoraba su valor como mito utilizable. Como reconoció a Hermann Rauschning:

«La concepción de la nación carece de sentido. Tenemos que terminar con esta falsa concepción y sustituirla por la concepción de la raza. El nuevo orden no puede concebirse en términos de fronteras naturales de los pueblos con un pasado histórico, sino en términos de raza que trascienda estas fronteras... Sé perfectamente bien que no existe tal raza en el sentido científico, pero tú, como granjero, no puedes criar buenos ejemplares sin la concepción de raza. Yo, por mi parte, como político, necesito de una concepción que permita abolir el orden que ha existido hasta el momento con una base histórica y que facilite una base intelectual para un orden totalmente nuevo y antihistórico... El Nacional Socialismo, con la concepción de la raza, llevará a cabo su revolución más allá de nuestras fronteras y trazará una nueva división del mundo».

En esta concepción de la raza, los arios constituían una parte tan sólo de la misma nación alemana y su misión estaba en formar una élite con la función de hacer extensiva su *weltanschauung* a la nación, dándole así un carácter ario. Este mítico concepto justificaba el derecho de los nazis a dirigir a los alemanes y el de los alemanes a dirigir a los eslavos. Esto implicaba, asimismo (lo que para Hitler era una norma natural inquebrantable), que no hubiera una igualdad entre razas o individuos humanos.

De aceptar la comprensión de la historia como una lucha entre razas a la exaltación del *Volk,* sólo había un paso, y esta entelequia constituiría el núcleo de la ideología de Hitler. Para él, era de importancia esencial «emplazar adecuadamente al *Volk.* El Estado era un organismo artificial, destinado a preservar el *Volk* más que ninguna otra cosa». Así es como se justificaron los primeros ataques nazis al gobierno de Weimar, al que se acusó de no proteger al *Volk,* cuando «la misión del gobierno está en mantener el pueblo, proteger la raza... y todas sus demás tareas se hallan condicionadas por este deber primordial». Esta situación axial del *Volk,* determinaba asimismo la función principal del Partido, en cuanto expresión de sus deseos, y justificaba la subordinación de los deseos y libertades individuales a su servicio. La verdad y la justicia eran consideradas simples instrumentos que permitirían proveer a las necesidades del pueblo. Para Hitler, «la justicia es un medio para gobernar. La conciencia es una invención judía.

Es una ignominia...». Hitler sostenía que los verdaderos intereses del *Volk* no podían alcanzarse a través de formas democráticas de gobierno. Las votaciones secretas, las decisiones de la mayoría y otros procesos semejantes, debilitaban la responsabilidad del individuo ante el *Volk,* destruyendo las heroicas cualidades características de la raza aria. La libertad de expresión y de discusión sólo podía engendrar gérmenes de duda en la mentalidad de las masas, a las que Hitler desdeñaba en realidad. El natural instinto de éstas, creía, era seguir los dictámenes de su líder, quien manifestaría sus verdaderos deseos. La democracia distorsionaba todo esto, obstaculizando la actualización de los deseos y destruyendo la unidad de acción. Por contra, todo lo que conducía a la fuerza, la unidad y la acción, era bueno y, en la práctica, Hitler tomó como modelo la organización militar tradicional. De aquí, el desarrollo de su *Führerprinzip,* «principio de liderazgo», que fue aplicado por primera vez a la organización del Partido y, después de 1933, al gobierno del Estado. La función del Führer en el Partido, resulta clara de las propias palabras de Hitler:

«El funcionario en el cargo... escucha las distintas expresiones de opinión, y luego, por su parte, otorga su decisión. No cabe decisión posible en la que un hombre no asuma responsabilidad. Éste es el principio que guía nuestro movimiento».

Teóricamente, el Führer se suponía ser la personificación del espíritu del *Volk,* espíritu que podía estar dormido, o ser ignorado durante siglos, pero que, ocasionalmente, podía manifestarse en la persona de su líder. No es extraño, pues, que el Dr. Hans Frank, un destacado abogado nazi, escribiera en 1936 en el *Voelkischer Beobachter* que: «nuestra Constitución es la voluntad del Führer», Semejantes asertos no necesitaban siquiera de justificación racional para los nazis, quienes aceptaban el concepto místico de líder como encarnación de la unidad del *Volk.* Hitler comprendió claramente, y no sin razones, que su poder estaba más firmemente arraigado en el pueblo que lo había estado el de los Kaisers entre 1871 y 1918.

El *Führerprinzip* recogía la idea de Hitler de que los grandes acontecimientos y realizaciones de la historia eran obra de grandes hombres, aunque, en determinadas circunstancias, cabía atribuirlas, además, a un grupo aristocrático o élite. En el contexto nazi, el papel

de élite correspondía al Partido. No era un partido, en el sentido usual de la palabra, como no lo es el partido comunista. No se trataba de un grupo de «partidarios» sino de un organismo electo, disciplinado y con funciones específicas. Servía de vínculo entre el Führer y el *Volk,* lo que permitió a Hitler negar, al menos para su propia satisfacción, que fuera un dictador. Además, era su competencia educar al *Volk* en el *weltanschauung* nazi, aunque «educar» es una palabra demasiado suave para describir las inflexibles técnicas aplicadas por la élite para cumplir su misión característica.

Unida a la idea de comunidad racial, iba la del *Lebensraum,* o espacio vital. Fue elaborada a partir de ideas conocidas hacía tiempo en Europa y, fundamentalmente, pretendía una Alemania poderosa en la Europa central y oriental que se extendería en tanto lo permitiera el poder militar. Rudolf Kjellen, un teórico político sueco, había estructurado el plan de expansión en una filosofía a la que llamó *Geopolitik,* nombre con el que la doctrina sería popularizada por los nazis y, en particular, por Karl Haushofer.

El elemento distintivo de la *geopolitik* nazi fue tomado de la obra de un geógrafo inglés, Sir H. J. Mackinder. Éste había sostenido que gran parte de la historia europea podía explicarse desde categorías de presión ejercida por los habitantes de las áreas puramente continentales de la Europa oriental y Asia central sobre los pueblos costeros. Las «tierras-adentro» (Heartland), como denominaba a esta área, eran el núcleo de la «isla mundial» (World-Isknd), que constaba de Europa, África y Asia; a Australia y las Américas las consideraba islas exteriores. Resumía su propio argumento así: «Quien gobierna en Europa oriental, manda en la Heartland. Quien gobierna la Heartland manda en la World-Island. Quien gobierna la World-Island, manda en el Mundo». Mackinder había abogado por una alianza con Rusia ante estadistas de la Inglaterra eduardina, pero su mensaje pareció igualmente válido para la Alemania de 1918. Resolvía el conflicto entre el énfasis prusiano oriental, cargado en el poderío de la tierra, y el énfasis de los industriales de Alemania occidental en el poderío marítimo. Ambos eran importantes, pero la expansión territorial por el este alcanzó prioridad. En la práctica, el problema era Rusia; y el problema podía ser resuelto, bien por una alianza en la que Alemania fuera parte dominante, bien por la

conquista.

El apoyo pseudo-científico que se otorgó a la *geopolitik,* estaba en gran parte basado en el concepto de lucha. Se mantenía la idea de un proceso natural de selección que destruiría el Estado débil o no expansivo. Los Estados vigorosos realizarían su expansión de un modo natural, por lo que las fronteras estáticas apenas tenían significado; nunca pasarían de ser avanzadas de un ejército desplegado. En realidad, estos demoledores sentimientos serían usados, principalmente, como propaganda para provocar en los alemanes una «conciencia espacial».

El razonamiento más eficaz, presente en la *geopolitik,* descansaba en la sutil apreciación de Hitler de la primacía del poder político sobre la prosperidad económica. El desarrollo económico, sostenía, está basado en un control político y uno y otro dependen del poderío militar. El espacio como tal, era una realidad que carecía de importancia, pero las amplias áreas contiguas a Alemania, una vez conquistadas y controladas eficazmente, proveerían de materias primas y otras exigencias económicas en cantidades bastantes para convertir a Alemania en autosuficiente, factor vital para un estado de guerra o de tregua armada. Los pueblos sometidos de las regiones conquistadas estaban destinados a servir de medio a la raza alemana para mantener un alto *standard* de vida, mientras el suyo propio permanecería perpetuamente bajo.

Todo este conjunto de aspectos de la *weltanschauung,* trajo el conflicto del movimiento con otras actitudes más generosas ante la vida y que encontraban su razón de ser en las dolorosas secuencias de la guerra de 1914-1918. Continuar la lucha era un supuesto, rehuido por los millares de seres que habían luchado sin un propósito claro, excepto el de terminar el conflicto en el fango de Flandes o los ardores de Mesopotamia. La Sociedad de Naciones existía como un medio potestativo para regular las cuestiones internacionales, aunque su primera actitud de excluir a Alemania de sus consejos estaba en marcada discordancia con sus ideales. Las injusticias del colonialismo encontraban un frente en la India, pero la igualdad de las naciones era a todas luces incompatible con las teorías raciales del *Mito del Siglo XX,* y el complejo del *Volk,* la élite y el Führer, era, en su totalidad, enemigo de la democracia. Asi-

mismo, era implacablemente hostil al marxismo, pues la teoría de la inevitable lucha de clases resultaba incompatible con la imagen monolítica constituida por el *Volk*. Este último punto tendría más tarde su importancia, cuando se justificó la tolerancia del nazismo, con base de que servía de barrera entre el comunismo y la Europa occidental. Para sus fieles, la *geopolitik* invalidaba el derecho internacional y los acuerdos internacionales. Estos últimos, en un estado de conflicto incesante, servirían, como máximo, de engorroso sermoneo.

Todo lo que los nazis odiaban estaba para ellos simbolizado en los judíos. Su antisemitismo era sentido profundamente y encontraría expresión en *pogroms* de ferocidad inigualada. Las páginas de *Mein Kampf* están plagadas de semejantes denuncias a los judíos, como prueba de una mentalidad enfermiza. Hitler veía en ellos los pilares de la democracia, los agentes del marxismo, los líderes sindicales y los especuladores de las finanzas internacionales. Eran culpables de adulterar la pureza racial del pueblo alemán y abogaban por el uso del esperanto para así destruir el orgullo de la lengua nativa. Esta aversión irracional alcanzó, a veces, intolerables y frenéticas expresiones:

«El judío es... un parásito, una esponja... un bacilo pernicioso... su presencia es también semejante a la de un vampiro; dondequiera que se establece, la gente... corre el riesgo de ser desangrada hasta la muerte...»

Sostener que estas ideas tuvieron aceptación en Alemania gracias a que los alemanes eran víctimas de una cierta falta de percepción intelectual, supondría dar entrada a una cierta posibilidad de verdad en la teoría racial. Las causas de que su aceptación alcanzara semejantes extremos, pueden ser explicadas, en parte, por las condiciones sociales y económicas de la postguerra que más adelante estudiaremos. Sin embargo, parte de la explicación descansa en el clima intelectual de opinión que había existido antes de la guerra y que la confusión de la derrota intensificaría seguramente.

El nombre *Nacional Socialismo* recogía la idea, familiar y ya conocida, de que los recursos de la nación debían ser consolidados para objetivos nacionales. Una buena parte de las tesis socialistas de

la Alemania del siglo XIX se habían apartado del marxismo, suplantando el internacionalismo por el socialismo estatal y la lucha entre capital y trabajo por la cooperación. Después de 1918, Oswald Spengler hizo reaparecer esta idea. También él veía el mundo desde categorías de lucha y conflicto racial, y sostenía que el socialismo debería librarse del internacionalismo y la lucha de clases, e incorporar los elementos restantes a las tradiciones prusianas de autoridad y disciplina. Su concepto de sociedad incluía una clase terrateniente-industrial, una economía rural basada en los pequeños cultivadores, una industria suficiente para permitir un adecuado poderío militar y una clase obrera disciplinada. Semejante programa tenía los naturales atractivos para los «junkers» y los industriales; por si fuera poco, se había apuntado que la propaganda nazi atraería a la clase obrera a su seno, utilizando la nación como utópico reemplazo de la sociedad sin clases.

También el nacionalismo, como ya se ha mencionado, había sido expresado en diversas modalidades en los decenios anteriores a 1914. Durante siglos, había existido en Europa central un virulento antisemitismo, causa de malestar social; incluso la insignia judía y el impuesto personal, exigidos a todos los judíos en las tierras de los Habsburgo antes de las reformas de José II, en el siglo XVIII, eran precursores de los métodos nazis. Para los demagogos, explotar este odio irracional era relativamente fácil.

El culto del *Volk* había alcanzado ya en el siglo XVIII una gran intensidad en la literatura romántica alemana cuando Herder opuso al racionalismo francés el «pensamiento genuino del pueblo». El romanticismo tendió también a exaltar la figura del héroe que surge ocasionalmente del alma del *Volk* para realizar hazañas de gran valor. Más remota todavía es la leyenda del *heimliche Kaiser,* el emperador escondido, Federico Barbarroja, el mayor gobernante del Imperio medieval. Todavía perduraba la tradición pagana de que yacía dormido y volvería cuando Alemania comenzara a decaer para llevarla de nuevo a la gloria. En 1925, Cari Burckhardt, el historiador suizo, escribió a un amigo refiriéndole un encuentro con un antiguo conocido de sus días de estudiante en la Universidad de Göttingen; éste, entre los treinta y cuarenta años, todavía le había hablado con verdadero fanatismo de la vuelta del *heimliche Kaiser,*

quien barrería toda huella de decadencia occidental del pueblo alemán.

La idea del *Lebensraum* poseía el natural atractivo para los partidarios del pan-germanismo. Antes de 1914, era sentimiento común que el imperio austriaco había sacrificado los intereses del pueblo alemán a los intereses dinásticos de los Habsburgo. Estos últimos habían aceptado a los magiares en 1867 como *partenaires* prácticamente iguales y parecía difícil resistir por mucho tiempo las demandas de los pueblos eslavos dentro de sus fronteras. La memoria histórica del imperio medieval en los días gloriosos de la dinastía Hohenstaufen había sido siempre atractiva y el programa de los nacionalistas pan-germánicos de George von Schoenerer sugestionó a muchos en la Viena de antes de la Gran Guerra y, entre ellos, a Adolf Hitler.

Finalmente, el mismo irracionalismo de los argumentos nazis tenía una llamada irresistible. Libraba a muchos de la responsabilidad de pensar y armonizaba estrechamente con una escuela de pensamiento existente.

Los primeros oponentes del movimiento lo describieron como una «revuelta contra la razón» y los nazis reconocían orgullosamente que así era. Frecuentemente afirmaban que la vida controla la razón, que las grandes proezas son producto, no de la inteligencia, sino de la voluntad heroica, y que el pueblo está a salvo y florece gracias a la intuición racial. El liberalismo y el marxismo fueron barridos a una, despectivamente, en cuanto productos del pensamiento racional.

El irracionalismo había sido una corriente persistente en el pensamiento del siglo XIX. Originalmente, reflejaba probablemente la frustración ante la sociedad industrial, pues era especialmente popular entre artistas y místicos, para quienes semejante sociedad podría difícilmente considerarse congénita. En esta escuela de pensamiento, las figuras más descollantes eran Arthur Schopenhauer y Friedrich Nietzsche. El primero de éstos vio lo que él llamaba «voluntad», inspirando toda la vida humana. La lucha de esta fuerza era continua y sin sentido. Podía crear y destruir, pero nunca alcanzar su meta, pues nada podía satisfacerla. En esta confusión, la racionalidad establecida por la mente humana es sólo aparente. Así,

todo logro es ilusorio y Schopenhauer consideraba como única esperanza para la humanidad una cierta forma de ascetismo espiritual. Nietzsche aceptó la «voluntad» de Schopenhauer, pero sostuvo que, si los logros suponían realmente tan sólo el empeño del hombre en la lucha, el hombre debía aceptar la lucha con alegría. Claramente, no era ésta filosofía para las masas, cuya misión estaba en seguir la figura heroica de su líder a través del conflicto de la vida.

Había una segunda corriente de irracionalismo más estrechamente ligada a la ciencia. Derivaba de los descubrimientos biológicos, de que la razón tenía un origen natural en la evolución orgánica y de que el método científico podía hacer uso de presunciones que, aunque no aparecían racionalmente, podían servir de hipótesis en las cuales basar experimentos posteriores.

Un francés, Henri Bergson, combinaría las dos creencias. Se aplicó a demostrar que la inteligencia es servidora de la «fuerza vital», un oscuro elemento, como la «voluntad» de Schopenhauer. Sólo la intuición, sostenía, puede percibir la realidad. Creía que los seres humanos están suficientemente dotados de esta intuición, pero que ésta se había visto contrarrestada al depender el hombre de la inteligencia.

El irracionalismo fue directamente aplicado por primera vez a la sociedad y a la política por el socialista francés George Sorel, en sus *Reflexiones sobre la violencia,* publicadas en 1908. Pretendió desacreditar el marxismo y se sirvió de la «fuerza vital» de Bergson para apartar de él toda teoría de cambio social motivado por causas racionales, y utilizó el concepto de intuición para construir una filosofía de la revolución. Para Sorel, la filosofía social se convirtió en un mito, cuyo concepto no llegó nunca a definir completamente. En efecto, los partidarios de una causa se verían inspirados por una especie de visión. Fue este sentido el que aplicó Rosenberg a la palabra mito y el contenido del *weltanschauung* de Hitler es, virtualmente, lo mismo. Es una visión, una comprensión de la vida, que es absolutamente incompatible con cualquier otra y que combate a sus oponentes duramente y sin escrúpulos. Tal era, en esencia, la idea del nazismo.

II. El Führer

Adolf Hitler es una de las pocas figuras históricas cuyo nombre se ha convertido, por así decirlo, en verdaderamente corriente. Nacido el 20 de abril de 1889, de una oscura familia de la baja clase media, murió 56 años más tarde, por su propia mano, en la abrasada capital del Reich que él había creado.

El papel del Führer tuvo importancia fundamental en el movimiento nazi. El nazismo, sin Hitler, no hubiera tenido la fuerza que alcanzó, por lo que se impone un cierto conocimiento de su carácter y años de formación para comprender el movimiento que dirigió.

Su ascendencia y los primeros años de su vida estuvieron, por un tiempo, oscurecidos por la tendenciosa información autobiográfica de su *Mein Kampf,* así como por la flamante figura de héroe pincelada por sus biógrafos nazis. Se desconocen todavía algunos datos, pero las investigaciones de Alan Bullock, Franz Jetzienger y otros, han concretado su perfil dentro de los límites de lo verosímil.

La abuela paterna de Hitler fue Maria Anne Shickelgruber, quien dio a luz en 1837 a un hijo ilegítimo, Alois. Este niño sería el padre de Adolf Hitler. Se ha pretendido que el padre de Alois fue Johann Hiedler, quien se casó con Maria-Anne Shickelgruber en 1842. En 1876, mucho después de que ambos hubieron muerto, la inscripción del registro parroquial de Dollersheim fue modificada para legitimar a Alois como Hiedler, o Hitler, nombre que él escogió. En realidad, este cambio fue seguramente un arreglo ideado por Nepomuk Hiedler, hermano del padre putativo, quien había llevado a Alois a su casa después de la muerte de su madre, y que probablemente deseaba favorecer su carrera. Así, pues, la ascendencia de Hitler continúa siendo poco clara. Es posible que su abuelo paterno fuera el hijo de un antiguo patrono de su abuela, la familia Frankenberger de Graz. Irónicamente, los Frankenberger eran judíos.

Bastante antes de ser legitimado, Alois Shickelgruber trabajó duramente para remontar su nivel de promoción, primero en la policía de fronteras de Austria y, luego, en los servicios de aduana. En 1895,

se jubiló de estos últimos, habiendo alcanzado el máximo puesto posible para su educación limitada, viviendo hasta 1903. Este hombre, una de las primeras influencias en Adolfo Hitler, resultó ser un funcionario responsable. Sin embargo, varios signos de inestabilidad aparecen en su vida. Se casó tres veces y se separó una. Una de sus mujeres tenía once años más que él, y la tercera, la madre de Adolf, era veintitrés años más joven. Tuvo ocho hijos, tres de los cuales fueron concebidos fuera del matrimonio. Posiblemente fue un padre duro y poco agradable, pero el obituario que le dedicó a su muerte el *Linzer Tagespost* indica que fue hombre popular en el distrito, aunque de temperamento acalorado. Seguramente, fue, en líneas generales, el típico *pater-familias* de finales del siglo XIX, y los conflictos entre él y su hijo serían, en gran parte, culpa de este último.

Durante los primeros seis años de su vida, en que su padre era todavía funcionario en activo, Adolf vivió con sus padres, primero en Branau y, luego, en Passau. A su jubilación, el padre compró una pequeña propiedad en Fischlhalm, donde Adolf siguió los cursos de la escuela municipal. La familia, después de vender la pequeña propiedad, se trasladó a Lambach, donde Adolf siguió estudios primarios y, finalmente, se estableció cerca de Linz, donde Adolf simultaneó los estudios primarios con la escuela comercial técnica, hasta 1905. Los dos años siguientes permaneció completamente ocioso y, cuando heredó su parte de la herencia paterna, se trasladó a Viena. Ésta sería la primera etapa de su vida.

En estos primeros años estuvo rodeado de confort material. En el momento de su nacimiento, el salario paterno era más alto que el de un director de escuela secundaria austriaco, retirándose con media paga y recibiendo su familia, a su muerte, una aceptable pensión. El mismo hecho de que Adolf estuviera durante dos años sin trabajar después de que dejó la escuela, ya indica que los Hitler tenían una situación económica desahogada. La pobreza de que fue víctima más tarde, fue únicamente culpa suya.

Jetzinger concede una importancia psicológica considerable a los años de Passau, en los que Hitler estuvo en contacto con niños de ambientes nacionalistas de la Baviera del sur, que celebraban la *Sedanfeier,* el aniversario de la victoria alemana sobre Francia en

1871. El maestro de la escuela municipal de Fischlhalm le recordaba como un muchacho despejado, inteligente y prometedor, pero sus calificaciones en la escuela comercial técnica eran regularmente malas. Tuvo que repetir el primer curso y sus profesores estaban de acuerdo en que, aunque bastante inteligente, era notablemente perezoso. En años posteriores, Hitler despreciaría la educación y, al único de sus profesores al que recordara favorablemente, sería a un tal Dr. Poetsch, cuyas lecciones de historia resultaron haber sido furibunda propaganda nacionalista. Por descontado, el punto de vista nazi sobre las calificaciones de Hitler en la escuela, es que éstas se debieron en gran parte a enfermedad. Por lo demás, no es difícil que fuera precisamente su fracaso la causa de la querella con su padre que Hitler describió en *Mein Kampf*. De acuerdo con esta versión, el padre de Hitler se opuso al propósito de su hijo de seguir una carrera artística, insistiendo en que debería entrar en los servicios de aduanas.

Es indiscutible que la época de pubertad de Hitler se vio afectada por disturbios de mayor calibre. Fue un niño agradable pero, en su adolescencia, cambió radicalmente. Se volvió pálido, de aspecto casi tuberculoso, solitario y sin amigos, dogmático, rebelde y propenso a la fantasía. Ninguno de estos síntomas es anormal en la adolescencia pero, en Hitler, adoptaron una forma extremada y nunca se liberó de ellos. En esta etapa crucial perdió a su padre, y su madre se volcó irremisiblemente en él, satisfaciendo el menor de sus caprichos. Entre 1905 y 1908, Hitler intimó más que nunca con un tal Augustus Kubizek. Éste, más joven que Hitler, y de no muchas más dotes, sirvió de auditorio en el que Hitler derramó sus precoces puntos de vista del arte y la vida. Todavía no se había desarrollado en el joven Hitler una toma de conciencia política.

En abril de 1907, a los dieciocho años, Hitler heredó su parte de la herencia paterna estimada en doscientas coronas y se trasladó a Viena donde no consiguió ser admitido en la Academia de las Artes. A la muerte de su madre, regresó a Linz, donde permaneció el tiempo suficiente para obtener una pensión de huérfano basándose en que era estudiante, volviendo después a Viena y llevándose con él a Kubizek. Mientras duró el dinero, no hizo nada pero, a finales de 1908, su pequeño capital estaba liquidado, había roto con Ku-

bizek y fracasado una vez más en el examen de admisión en la Academia de las Artes y en el de la Escuela de Arquitectura.

En el verano de 1909 durmió en los bancos de los parques públicos y, durante el invierno, se refugió en el asilo para los desamparados donde hizo amistad con un vagabundo, Reinhold Hanisch. Durante un año fueron socios. Hitler pintaba postales de paisajes de Viena, que Hanisch vendía por las calles. La sociedad se disolvió cuando Hitler puso un pleito a Hanisch por estafa, por el que fue condenado a una semana de prisión. Desde entonces hasta 1914, arrastró su existencia por Viena y luego Munich, pintando postales baratas y anuncios para tiendas pequeñas. En 1911, las autoridades, y no sin razón, pusieron fin a su pensión de huérfano y, en 1913, pasó a Munich para evitar hacer el servicio militar en el ejército Habsburgo. Circunstancialmente, las autoridades austriacas le obligaron a pasar un examen médico en el que fue declarado no apto, librándose así, de paso, del servicio militar. Continuó en Munich hasta 1914 y, a la declaración de guerra, se alistó como voluntario, siendo aceptado y destinado a un regimiento de infantería bávaro.

Cabe imaginar que el aspecto de Hitler no sería demasiado atractivo en aquellos días en que escogió vivir a salto de mata. En 1910, según Hanisch, su rostro era fino, con grandes ojeras, descuidada barba, pelo largo que sobrepasaba el cuello de la chaqueta y llevaba desgarbados trajes de segunda mano. Era, decía Hanisch, «una aparición que rara vez se da entre los cristianos». Era perezoso y antojadizo, características que le acompañaron durante toda su vida. No bebía ni fumaba y manifestaba indiferencia hacia las mujeres. A veces, era acometido por el entusiasmo de un nuevo invento, o de alguna oscura rama de la ciencia, pero su interés pronto decaía. Su pasión por la política se desarrollaría indiscutiblemente durante este período y ésta, por contra, no decayó. Durante días interminables vagó por guariches de mala muerte, discutiendo de política y perdiendo con frecuencia los estribos. También capturaría su imaginación el poder de la palabra hablada y Hanisch cuenta cómo Hitler fue a un cine —Hitler sería toda su vida un apasionado del cine— a ver «El Túnel» de Kellermann. En esta película aparecía un agitador que levantaba a las masas con su oratoria y durante los días siguientes Hitler no hablaría de otra cosa.

Las ideas que Hitler acumuló en Viena han sido, en parte, consideradas. En su mundo social, la lucha era la filosofía normal. Entre hombres que vivían al margen de la ley, en constante temor de la policía o de su pasado, la deslealtad y deshonestidad eran comunes. A lo largo de su vida, Hitler no demostró la menor lealtad a sus compañeros, actuando con una falta de escrúpulos que haría palidecer a hombres orgullosos de su bribonería. Era un mentiroso empedernido y creía que los hombres obedecían a motivaciones invariablemente innobles.

Llegó a advertir que era posible manipular a la gente, tanto en cuanto individuos como en cuanto masa, jugando con su debilidad. No mucho antes de llegar al poder, en conversaciones privadas, confesó que las masas desean sólo *panem et circenses* y fue precisamente en Viena donde fraguó su desprecio por la clase obrera. Odiaba a los políticos social-demócratas y a los líderes sindicales, que predicaban la igualdad de los hombres y la solidaridad de la clase obrera, y odiaba a toda su ideología, que le era ajena. También le impresionaron los temores y esperanzas de la baja clase media. Eran estas gentes de miras estrechas, preocupadas por su sentido de la respetabilidad, prestas a conformarse y a aceptar sin crítica alguna cualquier líder que defendiera sus intereses materiales, despreciando, al mismo tiempo, a los inferiores en la escala social y temerosos de descender a ese nivel. Hitler nunca perdió su toma de conciencia de semejante estrato, que se unió a su clientela en los años treinta.

Las instituciones democráticas ganaron también su desaprobación durante su época de Viena y el punto de vista de Hitler sobre éstas, determinado de una vez y para siempre, data de aquella época. También de esta época proviene su disgusto por las nociones del desarrollo igualitario de las razas. Hitler quedó horrorizado por el fracaso de los alemanes del Imperio Habsburgo para someter a la población eslava. Comenzó a soñar en un Gran Reich unido, sueño que haría realidad en 1938 cuando se presentó la oportunidad.

Fue en la capital austriaca, asimismo, donde apercibió los cimientos de «La Solución Final». Nada original había en la opinión de Hitler sobre los judíos. El antisemitismo era algo endémico en Viena y, cuanto escribió sobre los judíos, era cosa común en los periódicos y

panfletos antisemitas que había leído allí, antes de 1914, El antisemitismo vienes estaba incidido por el factor sexual y Hitler habló en *Mein Kampf* de «la visión nocturna de la seducción de miles de muchachas por repulsivos, garrosos, bastardos judíos». Se ha apuntado que una infortunada experiencia sexual, quizás una enfermedad venérea, fue la raíz del antisemitismo de Hitler. Fuera cual fuere la causa, ésta iba a tener un terrible significado.

Por lo demás, aunque Hitler no tomó parte activa en la política antes de 1914, aprendió al parecer no poco con la observación de las tácticas políticas. En particular, aprendió cómo crear un movimiento de masas y cómo alcanzar poder con la base de las deshilvanadas ideas que había ido acumulando. Los tres partidos que, sin ellos saberlo, le sirvieron de maestros, fueron: el social-demócrata austriaco, el de los nacionalistas pan-germánicos de Georg von Schoenerer y el partido cristiano-social de Karl Lueger.

Pese a que odiaba a los social-demócratas, Hitler sentíase impresionado por ellos y por su potencial en cuanto partido de masas y propaganda de masas. En *Mein Kampf* escribiría:

«... Las masas populares prefieren el gobernante al suplicante y están saturadas de un fuerte sentido de seguridad mental que les hace preferir un liderazgo que no admita rival a uno que permita una alternativa liberal. Tienen apenas idea de qué alternativa escoger y... se encuentran... desamparadas... Sienten poca o ninguna vergüenza de ser distorsionadas intelectualmente y difícilmente son conscientes de que se abusa de su libertad. La intimidación física tiene también su relevancia en las masas, así como en el individuo».

De los nacionalistas pan-germánicos, Hitler aprendería lo qué debía evitarse. Su fracaso, pensaba, obedecía a que no sabían utilizar las masas y malgastaban sus energías en conflictos parlamentarios, desaprovechando un partidario potencial con sus gratuitos ataques a la Iglesia. De nuevo, en *Mein Kampf,* escribiría:

«El arte del liderazgo consiste en centrar la atención del pueblo contra un solo adversario, teniendo cuidado de que nada disperse esta atención... El líder de genio debe tener la habilidad de presentar a distintos oponentes como si pertenecieran a una sola categoría».

Hitler veía en Karl Lueger, líder cristiano-social, el éxito de las

técnicas que Schoenerer descuidaba. Su fuerza radicaba en el apoyo de la baja clase media vienesa. Había hecho además de la Iglesia su aliada. En un pasaje de los más significativos, Hitler comentaría:

«Estaba al tanto para adoptar cuantos medios a su alcance tenía para ganarse el apoyo de instituciones establecidas hacía tiempo, así como para ingeniárselas en derivar la mayor ventaja posible para su movimiento de aquellas antiguas fuentes de poder».

Y, comparando el liderazgo de Schoenerer con el de Lueger:

«Si el partido cristiano-social, junto con su sagaz comprensión de la valía de las masas populares, hubiera tan sólo calibrado en su punto la importancia de los problemas raciales —que fue adecuadamente manejada por el movimiento pan-germánico— y, si este partido hubiera sido realmente nacionalista o si, dicho de otro modo, los líderes pan-germánicos, además de su correcto enjuiciamiento del problema judío y de la idea nacional, hubieran adoptado la orientación práctica del partido cristiano-social y, en particular, su actitud ante el socialismo, entonces habría surgido un movimiento que bien pudiera haber alterado victoriosamente el rumbo del destino alemán».

Encontramos aquí la idea de un partido que debería aunar el nacionalismo y el socialismo. Estas palabras fueron escritas algunos años después de que Hitler marchó de Viena, y es difícilmente imaginable que sus ideas estuvieran tan claramente formuladas ya antes de 1914. Pero los años intermedios fueron años de gestación y, hablando de su época de Viena... Hitler, sin faltar a la verdad, confesaría:

«Durante estos años..., se perfiló en mí una actitud ante la vida... nada he cambiado de ésta... Viena... me enseñó las lecciones más profundas de mi vida».

No aparece claro por qué Hitler se alistó como voluntario en 1914 y los años precedentes no indican que una vida regular y metódica pudiera atraerle. Probablemente su ardor nacionalista, la oportunidad de escapar a sus fracasos y la histeria bélica que asoló Europa, todo ello jugó su papel. Por primera vez en su vida estaba dispuesto a aceptar órdenes, llevar una existencia disciplinada y hacer un trabajo.

Sirvió en el regimiento de List y, al parecer, fue un soldado ejemplar. Actuó de enlace entre el frente y los cuarteles del regimiento, desplazándose por líneas de comunicación, objetivo frecuente de fuegos incendiarios. Fue recompensado con la codiciada cruz de hierro, aunque se desconocen las circunstancias de su hazaña. En 1916 fue herido, siendo ascendido a cabo al año siguiente. En 1918 fue víctima de un ataque con gases, quedando temporalmente ciego. A finales de la guerra continuaba en el hospital.

Es curioso, en semejantes circunstancias, que Hitler no fuera ascendido más de lo que fue. Cabría imaginar, incluso, que le fuera concedido un destino, en vista de la falta de oficiales a finales de la guerra. Quizá su excentricidad le perjudicara. Ciertamente, sus compañeros le encontraban extraño, aunque no dejaban de apreciarle. A veces no hablaba a ninguno y otras se desbocaba en arengas antisemitas sin otra previa provocación que las propias evoluciones de su pensamiento. Aparentemente, carecía de contactos de hogar, no añoraba nada y no participaba en los interminables parloteos sobre la vida militar. Quizás es verdad que Hitler descubrió en la guerra, con todos sus peligros e incomodidades, una excitante experiencia en contraste con la vida civil. Y no es que a este respecto fuera único; había después de la guerra en toda Europa ex-soldados desplazados y algunos de éstos fueron, en Alemania, de los primeros atraídos por el nazismo. Asimismo, como la mayor parte de los hombres de todos los ejércitos que participaron en la Gran Guerra, Hitler era implacablemente despectivo para los que evadían el servicio militar, los traficantes del mercado negro, los políticos y los periodistas. A todos los catalogaba como judíos y la propaganda nazi hizo a éstos responsables de la derrota del ejército alemán.

La derrota supuso, sin lugar a dudas, un tremendo choque para Hitler. Ya recobrado, decidió, según su versión, entrar en la vida política. El camino, según sostuvo más tarde, le había aparecido claro. Esto quizá no pasó de ser una racionalización de lo ocurrido después, aunque ello no nos autoriza a negar el interés de Hitler por la política.

Una vez recobrada la vista, Hitler fue dado de alta del hospital militar de Pasewalk y se reincorporó a su regimiento de Munich,

donde fue destinado como guardián a un campo de prisioneros, hasta enero de 1919. Por aquel entonces, sus puntos de vista políticos habían llegado a oídos de sus superiores. Había sido seleccionado para un curso de conferencias militares, organizado con el propósito de adoctrinamiento político. Durante una discusión, alguien defendió a los judíos y Hitler le replicó vigorosamente. Sus implacables sentimientos no escaparon al oficial de mando, el comandante Giehrl, y fue nombrado oficial instructor afecto al gabinete de prensa y noticias del departamento político del mando del distrito de Munich del ejército alemán. Su tarea consistía en adoctrinar a los hombres contra el socialismo, el pacifismo y la democracia, de lo que Hitler y el ejército alemán, sin demasiadas sutilezas, hacían un todo.

En septiembre de 1919 le fue encomendada una investigación sobre un pequeño grupo, que se autodenominaba Partido Obrero Alemán. Éste sería el germen del que haría surgir el movimiento nazi. A resultas de su intervención en el *meeting* al que se le había ordenado acudir, Hitler fue invitado a formar parte de la junta, convirtiéndose rápidamente en el miembro más destacado. En 1920 fue desmovilizado, pasando a ser un profesional de la vida política. En julio de 1921, después de un conflicto entre él y otros miembros de la junta, le fueron concedidos poderes dictatoriales en el Partido. Fue así como se estableció el principio de liderazgo, la primera norma del partido nazi y, más tarde, del III Reich. El Führer había hecho su entrada en la política alemana.

III. La élite

Cuando Hitler tuvo contacto por vez primera el 12 de septiembre de 1919 con el Partido Obrero Alemán en una sórdida cervecería de Munich, la Sternukerbrau, aquel tenía alrededor de cincuenta miembros. Para 1931, el número de miembros superaba los 800.000 y su ala para-militar era cuatro veces mayor que el ejército alemán.

El Partido fue fundado en 1918 por Antón Drexler, un herrero de Munich, quien organizó un comité de obreros independientes para combatir el marxismo dentro del movimiento sindical. En 1919, se unió con un grupo semejante dirigido por un periodista, Karl Harrer. Su objetivo consistía en orientar el apoyo de la clase obrera a un movimiento nacionalista, que canalizara el resentimiento alemán por el Tratado de Paz de Versalles.

No era éste único u original. En la misma Baviera, dirigían grupos semejantes Julius Streicher, en Nüremberg y Orto Dickel, en Augsburgo. En Austria se habían dado varios intentos para formar un partido así, incluso antes de la guerra. El más próspero, dirigido por Walther Riehl, un abogado y Rudolf Jung, un ferroviario, formulaba un programa marcadamente nacionalista y antisemita, adoptando en 1918 el nombre de Partido Obrero Nacional-Socialista Alemán, con ramificaciones en Viena y en Checoslovaquia, en los Sudetes. Durante una época, estos grupos mantuvieron contacto con Baviera, pero eran contactos insignificantes y cesaron en 1923. El nazismo permaneció activo en Austria y los Sudetes, pero su corriente principal estaba en Alemania.

Hitler dominó rápidamente el comité del Partido. Organizó *meetings* más ambiciosos, insertando propaganda en la prensa y enviando convocatorias ciclostiladas. Durante 1920 adoptaría el nombre de Partido Obrero Alemán Nacional-Socialista y, con él, un programa oficial. Este programa pedía la unión de todo el pueblo alemán para formar una Gran Alemania (en contraste con la pequeña Alemania formada por Bismarck en 1871) y la abolición del Tratado de Versalles, así como la cesión a Alemania de «colonias» para permitir

la expansión de la población. Los ciudadanos del Estado serían iguales, pero sólo podrían ser ciudadanos los súbditos de sangre alemana, los únicos que gozarían de derechos políticos y cargos oficiales. El primer deber de todo ciudadano consistiría en trabajar para el bien del Estado. La educación sería accesible a todos pero su función primera consistiría en enseñar sociología del Estado. Los *standards* de salud pública serían elevados mediante medidas protectoras a las madres y a los niños, y por la prescripción obligatoria de la gimnasia. Se permitiría la libertad de prensa y el Cristianismo, dentro de un contexto de bien común y adecuación al sentido moral de la raza alemana. Los extranjeros gozarían de pocos derechos y los judíos, en particular, volverían a ser discriminados. Se preveía la formación de un ejército nacional. El artículo 16, por su parte, dirigido a la baja clase media, subrayaba la necesidad de reforzar aquel sector de la comunidad. Entre las medidas socialistas se hallaban la abolición de los beneficios no ganados, la confiscación del enriquecimiento de guerra, nacionalización de los *trusts,* participación de los beneficios en la industria, seguridad social en jubilación y retiro, reforma agraria y la pena de muerte para los que hicieren ganancias ilícitas. Finalmente, se establecería una fuerte autoridad central, en forma parlamentaria, aunque el programa implicaba duras críticas al sistema parlamentario. Está claro que esta propaganda era pura demagogia, pero fue declarada inalterable y ocasionalmente cumplida en buena parte.

El *führerprinzip* fue establecido en el verano de 1921. Durante la visita de Hitler al norte de Alemania, donde había ido a conectar con otros elementos nacionalistas, un grupo del comité de Munich hizo frente a sus pretensiones de liderazgo. De vuelta a Baviera, Hitler presentó su dimisión, que el comité no aceptó, deseoso de no perder a su más hábil orador y colector de fondos. Hitler pidió entonces que se le invistiera de poder absoluto. El comité, al principio, resistió, haciendo circular un panfleto en el que se le acusaba de propósitos inmorales, pero Hitler demandó a los autores por difamación y Drexler fue obligado a repudiar el escrito. La oposición se vino abajo y los estatutos del partido fueron alterados para conceder a Hitler poderes dictatoriales como presidente.

Entretanto, en 1920, fue organizada la «División de Gimnasia y

Deportes» del Partido. Originalmente la formaban bandas de fanáticos dirigidas por un ex-presidario. En octubre de 1921, fue rebautizada como la *Sturmabteilung,* las SA. Sus miembros llevaban uniformes marrones y su función consistía en mantener el orden en las reuniones nazis y en crear disturbios en las de sus contrarios. Hitler pasaría un mes en la prisión en 1921, de resultáis de un ataque a una concentración política que dirigió él mismo.

La bandera del Partido fue adoptada, con la svástica como enseña. El fondo rojo indicaba la idea social del movimiento, el círculo blanco su nacionalismo y la svástica su «misión de lucha por la victoria del hombre ario». La svástica es de origen antiguo y se ha encontrado en ruinas de Troya, Grecia, India y China. Algunas unidades *Freikorps* *(*Véase página*)* la llevaban y fue adoptada por los nacional-socialistas austriacos. Serían los nazis alemanes, sin embargo, quienes harían de ésta un símbolo de terror en toda Europa. Más tarde, Hitler dibujaría los estandartes nazis que serían llevados a las concentraciones del Partido. Basados en los de las legiones romanas, consistían en una svástica de metal negro en lo alto con una guirnalda de plata coronada por un águila y, debajo, las iniciales NSDAP, en un rectángulo metálico del que colgaban unos cordones con flecos y borlas, y una bandera cuadrada con una svástica con la leyenda «Deutschland Erwache!». No debe minimizarse el significado de tales símbolos. Las insignias y símbolos dramáticos, en efecto, tienen un poderoso efecto en las mentes de los hombres. Napoleón instituyó la Legión de Honor, porque creía que la Humanidad podía ser gobernada por estandartes.

En diciembre de 1920, el Partido compró un periódico antisemita decadente, el *Voelkischer Beobachter,* condición indispensable para montar en Alemania una propaganda, pues todos los partidos políticos importantes tenían su propio periódico. De publicación semanal al principio, pasó en 1923 a ser diario.

Asimismo, se abrieron oficinas permanentes en el número 12 de Corneliusstrasse, en Munich, siendo incorporados, paulatinamente, muebles de oficina, archivos, una máquina de escribir, teléfono y una secretaria a sueldo.

Como es lógico, todo ello suponía gran cantidad de gastos. Las

suscripciones de los miembros, las colectas en los *meetings,* los honorarios de Hitler como orador de otras entidades y los derechos del *Mein Kampf,* fueron un grano en el granero. El ejército ayudó a comprar el *Voelkischer Beobachter.* Ernst Roehm, organizador de las SA, y todavía oficial del *Reichswehr,* persuadió al general Ritter von Epp, otro miembro del Partido, a proporcionar parte de los sesenta mil marcos necesarios y una cantidad de su aportación provino de fondos secretos del ejército. El ejército abasteció, asimismo, a las SA de armas cortas, les prestó rifles, les proporcionó una instrucción táctica y bélica y les permitió participar en las maniobras.

Algunos miembros del Partido, como Dietricht Eckart y Hermann Goering, eran opulentos y contribuyeron con considerables sumas. Eckart consiguió la mitad del dinero para comprar el *Voelkischer Beobachter,* e introdujo a Hitler en círculos financieros e influyentes. Entre éstos estaban los Bechstein, ricos fabricantes de pianos; Helene Bechstein organizó fiestas para que sus amigos conocieran a Hitler, en las que se colectaba dinero para el Partido. Ernst Hanfstaengl, cuya familia poseía un negocio de publicaciones artísticas, prestó al partido mil dólares, con garantía hipotecaria sobre el *Voelkischer Beobachter,* una suma astronómica para los días inflacionistas de 1923. Gertrud von Seydlitz, que poseía acciones en las papeleras finlandesas, también contribuyó. Hermann Aust, hombre de negocios, recogió donaciones después de que Hitler hablara en el Herrenklub de Munich y, un tal Dr. Gansser, puso a Hitler en contacto con varios hombres de negocios de Berlín. Se recibieron en ocasiones espléndidas donaciones, como por ejemplo la de Fritz Thyssen, de Aceros Unidos, quien, en 1923, entregó 100.000 marcos oro.

No han sido probados los rumores afirmando que el nazismo fue financiado por Francia, aunque es posible que parte del dinero proviniera de Suiza. Entre unas cosas y otras, el movimiento arrancó con recursos más bien escasos y una reducida renta segura.

El Partido ganó extensión, alcanzando unos 20.000 miembros, aproximadamente. En líneas generales, está claro quiénes eran estos individuos. A no dudar, muchos de los SA fueron reclutados entre los *Freikorps.* Eran éstas, bandas armadas de mercenarios-bandoleros que surgieron a finales de la Guerra. El ejército se

sirvió de ellos para defender la frontera oriental contra Polonia y fueron empleados con consentimiento del gobierno para reprimir las revueltas de los spartakistas de 1918-1919. Después de 1920 fueron obligados a desbandarse y muchos de ellos acudieron a Baviera, que era un volcán de deslealtad para el nuevo gobierno republicano de Berlín. Eran hombres que, al menos retrospectivamente, habían disfrutado con la guerra y muchos de los cuales no habían conocido otra ocupación de adultos. Por más de cuatro años, su disposición para la lucha había sido considerada como una virtud, pero 1918 representó una vuelta a los valores civiles. Hombres inadaptados de esta clase eran comunes en toda Europa. El gobierno inglés no tuvo dificultad en reclutar los *«Black and Tans»,* cuya indisciplina se hizo notoria durante los disturbios de Irlanda de los primeros años veinte.

La propaganda nazi atraía a todos los insatisfechos. Ex-oficiales como Hess, que había perdido su *status* de militar, intelectuales amargados como Rosenberg, pequeños comerciantes que odiaban los almacenes en cadena controlados por judíos; cualquiera con una ofensa pretendida o real, sentíase atraído por el Partido.

Estos fueron los auténticos fieles, los que se afiliaron al nazismo mucho antes de ser presionados a hacerlo, y eran, en conjunto, una pequeña proporción de la población alemana. Debe subrayarse que la mayoría de los alemanes no fueron nazis en este sentido. Ciertamente, la mayoría terminó por aceptar el nazismo, pero las circunstancias que obligaron a millones de alemanes a votar por el Partido y a miles a ingresar en sus filas, serán consideradas más tarde. La élite nazi ha sido descrita, con absoluta justificación, como «asesinos, charlatanes, pervertidos, homosexuales, adictos a las drogas o, simplemente, como unos alborotadores»[1].

Antón Drexler, aunque fundador del Partido, era una nulidad. Herrero de aspecto enfermizo, con gafas, y una escasa educación, representaba la mentalidad estrecha de la baja clase media que se sintió atraída por los nazis. Después de su choque con Hitler, en 1921, su estrella declinó. Dejó el Partido en 1923 y, aunque se reconcilió en 1930, nunca volvió a tomar parte activa en la política.

[1] The Rise and Fall of the Third Reich, por W. L. Shirer (Secker and Warburg, 1960).

Dietrich Eckart era periodista, poeta y dramaturgo menor y, como demostró en su tiempo, un borracho y un adicto a las drogas. Sus servicios al nazismo terminaron en 1923, cuando falleció por abusos etílicos. Ernst Roehm era un soldado profesional de humildes orígenes y un notorio homosexual. En su condición de capitán, mantenía varios contactos con el ejército, siendo un destacado organizador de las SA. Era uno de los pocos nazis capaces de desafiar a Hitler abiertamente y veía en las SA una fuerza militar «oculta» que podría en su día absorber la *Reichswehr,* mientras Hitler intentaba mantenerlas como un ala subordinada al Partido. De ahí, el asesinato de Roehm en 1934.

Alfred Rosenberg fue un alemán del Báltico, nacido en Estonia e hijo de un zapatero. Quizá su diploma en arquitectura por la Universidad de Moscú, impresionó a Hitler, quien le consideraba un intelectual. Inepto sin remedio para la política, sirvió al movimiento en distintos papeles y, entre ellos, el de director del *Voelkischer Beobachter.*

Gottfried Peder era ingeniero y un economista mediocre. Uno de los primeros miembros del Partido, ayudó a redactar el programa y esperaba cumplir los puntos socialistas de éste, nada menos que en 1933.

Hermann Goering había mandado el famoso escuadrón Richthofen durante la guerra, haciéndose acreedor de la «Pour le Mérite». Después de la guerra, esposó a una rica divorciada sueca, y asistió con irregularidad a cursos en la Universidad de Munich. Además de ayudar al Partido económicamente, colaboró con Rohem en organizar las SA.

Rudolf Hess era hijo de un comerciante alemán establecido en Egipto, donde había vivido durante varios años. Durante la guerra, sirvió, como Hitler, en el regimiento List y, más tarde, como guía. Después de la guerra, se dedicó al estudio en Munich, donde se afilió al Partido. Era un amargado antisemita e inició a Hitler en geopolítica. Permaneció casi hasta el fin como uno de los más leales adictos al Führer, y fue uno de los pocos líderes nazis no dominados por la ambición personal.

Julius Streicher era un maestro de escuela, un sádico que llevaba consigo un látigo y un individuo pornográfico con una escandalosa

vida promiscua. Dirigió uno de los primeros grupos «nazis» de Nüremberg, pero Hitler le convenció para que se afiliara al partido principal. Dirigió *Der Stuermer,* un obsceno semanario antisemita, y fue un destacado dirigente nazi, hasta 1939, fecha en que su influencia se desvaneció. El director de los negocios del Partido y del periódico era Max Ammán. Inteligencia típicamente cerrada fue Emil Maurice, así como Christian Weber, un conocido camorrista; Max Hoffmann, criado de Hitler y Ulrich Graf, un practicante amateur de lucha libre y guardaespaldas del Führer. Ya en el Partido, en 1923, aunque en segundo término, por entonces, estaban Gregor Strasser, Joseph Goebbels y Heinrich Himmler.

En 1923, el partido nazi era todavía desconocido fuera de Baviera; incluso allí, no era el grupo político más descollante. Sin embargo, sería en 1923 cuando los nazis marcaron su primer tanto hacia el poder: el *Putsch* de la cervecería.

Las circunstancias parecían propicias. La Constitución de Weimar de 1919 estaba resultando de difícil funcionamiento, debiendo enfrentarse con la hostilidad de poderosos intereses como los de los industriales, mientras que el Tratado de Versalles era desaprobado universalmente. La inflación alcanzó el punto máximo en 1923 con el hundimiento del mercado, coincidiendo con la reocupación del Ruhr por Francia a principios de año para garantizarse los pagos de las reparaciones. Este factor militó contra los nazis. Era intención de Hitler terminar con los «criminales de noviembre», como habitualmente describía al gobierno de Berlín que se había sometido a los aliados en noviembre de 1918, pero la política francesa llevó la opinión pública al lado del Gobierno. En la atmósfera bávara, la hostilidad a Berlín era común. Hitler no valoró en su justo medio la situación e ideó vagos planes de una marcha sobre la capital, con el apoyo de otros grupos disidentes. Posiblemente, estaba inspirado por la victoriosa marcha de Mussolini sobre Roma del año anterior.

En septiembre de 1923, el canciller Gustav Stresemann adoptó la prudente, aunque impopular política, de acabar con la resistencia pasiva en el Ruhr y hacerse cargo del pago de las reparaciones. Inmediatamente, el gobierno debió enfrentarse con disturbios en todas partes. En Sajonia y en el Ruhr se temían revueltas de los comunistas; en las tierras del Rhin floreció un movimiento separa-

tista, en el norte se intentaron revueltas por parte de la organización paramilitar *Reichswehr, Negra,* dirigida por el comandante Buchrucker y, en Baviera, surgió la *Deutscher Kampfbund,* una alianza de partidos nacionalistas. El mismo gobierno del Estado bávaro estaba en trance de secesión. Declaró el estado de emergencia, nombrando como comisario estatal con poderes dictatoriales a Gustav von Kahr. Fue ayudado por Otto von Lossow, comandante jefe de la *Reichswehr* de Baviera y Hans von Seisser, jefe de la policía estatal. El triunvirato decidió desconocer las órdenes procedentes de Berlín y, entre ellas, la sustitución de Lossow por el general von Kressenstein.

En tanto, el gobierno del Reich había concedido plenos poderes ejecutivos a Otto Gessler, el Ministro de Defensa, por lo que la competencia práctica en la cuestión de la crisis quedaba en manos de Hans von Seeckt, comandante en jefe de la *Reichswehr.* Seeckt, después de aplastar a los insurrectos comunistas, patentizó que haría lo mismo con los bávaros. El triunvirato, frente al poder del ejército, se descorazonó, y Hitler comprendió que sin su ayuda su causa estaba perdida.

A instigación de Alfred Rosenberg y Max Erwin von Scheubner-Richter, otro alemán del Báltico de dudosa reputación, Hitler decidió secuestrar al triunvirato y obligarle a ejercer autoridad a instancias suyas. Un intento de secuestro fue abortado, siendo planeado otro, pero, entretanto, el 8 de noviembre, se llevó a efecto un plan improvisado.

Se anunció en la prensa que en la tarde de aquel día Kahr, en unión de sus compañeros, dirigiría un *meeting* público en el *Buergerbraükeller,* en las afueras de Munich. Hitler estaba seguro de que Kahr anunciaría la secesión de Baviera y la restauración de la monarquía Wittelsbach, de la que se sabía era partidario.

Poco después de que comenzara la reunión, las SA rodearon el edificio. Hitler entró, disparó con una pistola para atraer la atención y empujó al triunvirato a una habitación contigua amenazándoles con el arma, dejando a Goering que exhortara a la atónita audiencia a que permaneciera en calma y bebiera su cerveza. El triunvirato rehusó allanarse a las pretensiones de Hitler, el cual los encerró y,

volviendo a la sala principal, declaró que habían formado un gobierno provisional del Reich junto con él. El aplauso con que fue acogida esta falaz declaración impresionó momentáneamente al triunvirato. Entretanto, un mensajero había traído a escena al general Ludendorff, uno de los héroes de guerra más populares de Alemania que, por entonces, vivía en Baviera y que participaba activamente en la política antirrepublicana. Ludendorff, aunque enojado de la absoluta falta de agudeza política de la precipitada acción de Hitler, aconsejó al triunvirato que cooperara. Los cinco hombres, de vuelta al estrado, juraron públicamente lealtad mutua y lealtad a su nuevo régimen, disolviéndose el *meeting* a continuación. En este momento, Hitler fue llamado al vestíbulo y, cuando volvió, el triunvirato se había ido. Kahr había trasladado rápidamente la sede del gobierno a Regensburg, dejando órdenes de que se fijaran carteles en Munich denunciando el *putsch*. Durante la confusa noche que siguió, resultó evidente que ni las unidades de la *Reichswehr* local ni la policía se pasarían a los nazis aunque no se intentó desalojar a las SA de los jardines de *Buergerbraükeller*. A la mañana siguiente, Ludendorff propuso marchar al centro de la ciudad y tomarla, seguro de que ni los soldados ni la policía dispararía contra figura tan legendaria como él. A falta de un plan mejor, Hitler accedió.

La columna nazi se abrió paso a través de una unidad de policía armada, pero encontró su camino cortado donde la estrecha Residenzstrasse desemboca en la Odeonsplaz. No está claro cuál de los dos bandos disparó primero pero, a la primera descarga de fusilería, los nazis se disolvieron dándose a la fuga y sin que nadie fuera más ligero a poner pies en polvorosa que el Führer, quien fue conducido en un coche que le aguardaba a la casa de campo de los Hanfstaengls, donde fue arrestado a los dos días.

El juicio de los conspiradores arroja una sombra de descrédito en la administración de justicia de la Alemania de Weimar. La influencia de Franz Guertner, Ministro de Justicia bávaro, logró que el tribunal fuera tolerante y se permitió así a Hitler interrumpir y contrapreguntar a los testigos casi a su voluntad. Aunque fueron varios los procesados, fue el Führer quien monopolizó la atención del público. Arrogante, afirmó que no había cometido ningún delito, que el

gobierno republicano que había sucedido a los aliados en 1918 era el verdadero criminal y que su *putsch* era un justificable intento de restaurar el honor alemán. Fuese cual fuese el veredicto del tribunal, dijo, la historia le rendiría justicia. Fueron pronunciadas sentencias absurdamente benévolas, siendo Ludendorff declarado no culpable y Hitler condenado a cinco años de prisión, con la garantía de que sería propuesto para la libertad provisional dentro de seis meses.

Hitler fue encerrado en la prisión fortaleza de Landsberg, en donde vivió con algunos de sus compañeros en relativo confort. Empezó a dictar su *Mein Kampf,* obra que, cuando fue puesto en libertad, aún no estaba acabada. El Partido Nazi fue prohibido y suprimida su prensa en todo el Reich; Hitler nombró en su ausencia a Rosenberg para dirigir el movimiento, que empezó a ser víctima de luchas intestinas. En las elecciones del Reichstag de mayo de 1924, los nazis, en combinación con otros grupos semejantes, ganaron treinta y dos escaños pero, en diciembre, su número descendió a catorce. La República, por el contrario, estaba amainando el temporal. Bajo la dirección de Hjalmar Schacht, un financiero de excepcionales dotes, se estabilizó la moneda, mientras que el plan Dawes mitigó el complejo de sanciones reparatorias. Francia se retiró del Ruhr y la política de Stresemann facilitó el camino al Pacto de Locarno y la entrada de Alemania en la Sociedad de Naciones. El capital americano comenzó a afluir a Alemania y una era de prosperidad se abrió. Cuando Hitler fue puesto en libertad provisional en diciembre de 1924, el nazismo parecía estar en trance de extinción.

Si sobrevivió, se debe en gran parte a Hitler. El Führer, convencido todavía de su destino, había aprendido una valiosa lección política. Estaba claro que la rebelión armada era una técnica revolucionaria pasada de moda. Sería necesario hacerse con el poder dentro del contexto de la constitución vigente, utilizando después todo el poder del Estado para terminar con él. A esto se refería Hitler con su «política de legalidad» que impuso al Partido una vez puesto en libertad. Revestido con esta máscara de respetabilidad, apenas tuvo dificultad para persuadir al gobierno del Estado bávaro para que levantara la prohibición y, en febrero de 1925, el Partido fue reformado, reapareciendo además el *Voelkiscber Beobachter.* Sin embargo, las palabras de Hitler le traicionarían pronto y en su

primer discurso ante el Partido fue tan desorbitado, que pronto se le prohibió hablar en público en todo el Reich. En Prusia, la prohibición permaneció hasta 1928, siendo éste un serio *handicap* para un hombre que tenía en la oratoria su arma principal.

Tanto la era de prosperidad inaugurada en 1924, como la elección del presidente Hindenburg en 1925, que reconcilió temporalmente a muchos elementos derechistas con la República, hizo de la causa nazi una causa perdida; sin embargo, Hitler se aplicó a construir un partido inmensurablemente más formidable de lo que había sido en 1923. Varios años duraría este proceso y la descripción que sigue da una idea de su complejidad cuando, en 1933, los nazis llegaron al poder. Para entonces, se habían convertido en un Estado dentro del Estado. A su cabeza estaba Hitler, «líder-supremo del Partido y de las SA y presidente de la organización laboral nacional-socialista». Directamente dependiente de este cargo, estaba el directorio para el Reich, que reunía a los hombres más importantes del Partido. Los cuarteles generales del Partido estaban en la Casa Parda, una antigua mansión de Munich que fue suntuosamente acondicionada. Una gran escalera llevaba a una sala de conferencias recubierta de terciopelo rojo y a una amplia habitación en la que Hitler recibía a sus visitantes bajo un retrato de Federico II el Grande, cuyo desprecio por un cabo austriaco advenedizo resulta fácil de imaginar.

El país fue dividido en áreas denominadas *Gaue,* una anticuada palabra alemana, con alusiones raciales, y que podría ser traducida como «subdivisión de la tribu». Estos *Gaue* se correspondían con los 34 distritos electorales del Reichstag y eran dirigidos por un *Gauleiter* nombrado por Hitler. Estas áreas estaban subdivididas en *kreise* que reunían a su vez una serie de agrupamientos locales u *ortsgruppen,* que se subdividían, en las grandes ciudades, en células de calle y de bloques. Siete *Gaue* fueron establecidas para Austria, Danzig, el Sarre y los Sudetes.

La organización del Partido fue dividida en dos secciones principales. Una estaba dirigida por Gregor Strasser y tenía por misión minar el Estado existente; reunía los departamentos de asuntos extranjeros, prensa y el de creación de células del Partido. Poco antes de 1933, a resultas de la querella de Hitler con Strasser, la sección fue dividida en dos bajo la dirección de Robert Ley y

Goebbels. La segunda sección de la organización del Partido tenía por misión instaurar un Estado dentro del Estado. Bajo la dirección de Constantin Hierl, tenía departamentos de agricultura, política económica, raza y cultura, interior, cuestiones legales, trabajo e ingeniería. Además, Martin Bormann administraba una fundación para asistir a los incapacitados o a las familias de los miembros muertos al servicio del Partido.

La propaganda estaba constituida en departamento aparte, que se encargó de organizar Joseph Goebbels, un genio en la materia. Era éste oriundo de una piadosa familia obrera católica de las tierras del Rhin y había recibido una educación universitaria. A los siete años, a consecuencia de una osteomielitis, quedó paralítico de la pierna izquierda, que se le desarrolló menos que la derecha y, el hecho de que fuera consciente de su defecto, incidió, seguramente, en su mentalidad neurótica. Goebbels era un galanteador incorregible e, inevitablemente, insatisfecho y frustrado en su vida emocional. Estaba próximo, en cierto modo, el socialismo, y ayudó a Strasser en su primer ataque contra Hitler en 1925, pero pronto se reconcilió con el Führer, quien le hizo *Gauleiter* de Berlín, encargándole de los servicios de propaganda.

El carácter de los nazis hizo algo endémico de las querellas e intrigas intestinas, siendo establecido un tribunal del Partido, el *Uschla,* para mantener la disciplina y la autoridad del líder. Constituido por Walther Buch, Ulrich Graf, y un joven abogado, Hans Frank, ninguna atención prestó al delito o a la inmoralidad, salvo cuando éstos afectaban la unidad del Partido.

Las SA escaparían a todo control. (Incluso Goebbels llegó a tener que pedir ayuda a la policía para hacerlas desalojar de los cuarteles del Partido en Berlín, donde se habían amotinado en septiembre de 1930). Y, como consecuencia, Hitler persuadió a Roehm para que volviera de Bolivia, donde estaba trabajando como oficial mercenario, para reorganizarlas. Hitler dividió Alemania en 21 distritos, con un grupo SA en cada uno al mando de un *Obergruppenführer.* Las SA tenían su propio cuartel general y sus propios mandos, independientes de los del Partido, y una escuela en Munich para la formación de sus líderes. Tenían también cuerpos auxiliares, como las unidades motorizadas, una escuadrilla aérea y, en 1932, sumaban

300.000 individuos.

Hitler, en la tumultuosa época de las SA, había fundado un grupo más estrechamente vinculado a él: el *Schutzstaffel* (las SS). Los miembros de las SS llevaban uniformes negros con insignias fúnebres y prestaban juramento de lealtad a Hitler. En 1929, Heinrich Himmler llegó a comandante de las SS. Por entonces, eran poco más que una guardia personal de Hitler y, en 1931, fueron subordinadas a Roehm.

Varias organizaciones dependientes fueron, además, creadas. Las Juventudes Hitlerianas agrupaban a los jóvenes de 15 a 18 años y la Liga de Escolares a los de 10 en adelante. Las mujeres, los estudiantes, maestros, funcionarios, doctores y abogados, tenían sus propias organizaciones, y la *Kulturbund,* por su parte, estaba destinada a intelectuales y artistas.

El costo que suponía dirigir semejante organización era astronómico. Faltan cuentas detalladas, pero se ha estimado que sólo las SA costaban cerca de 3.000.000 de marcos por semana. El mismo Hitler dijo que, en los días anteriores a su subida al poder, la cuenta semanal de él y su personal de mando por la estancia en el Kairserhof de Berlín (que frecuentemente hacían), ascendía a 10.000 marcos. Además de los gastos normales de mantenimiento, vastas sumas de dinero fueron invertidas en las campañas electorales posteriores a 1930.

Una buena parte del dinero provenía del Partido. Las cuotas de los miembros eran de un marco al mes, pero sólo el 10 % de esta suma estaba destinada a la organización central. Había, además, las ganancias procedentes de los periódicos del Partido y otras publicaciones, así como las cuotas de admisión y las colectas de las grandes concentraciones. Ocasionalmente, se exigió a los miembros cuantiosas aportaciones y, los parados, que formaban el núcleo más importante de las SA, fueron obligados a entregar su subsidio a cambio de manutención y alojamiento en los cuarteles.

También de benefactores con intereses a defender provenían donativos de los que falta una información rigurosa. Otto Dietrich, un miembro del Partido, tenía contactos de familia con la industria del Ruhr y fue él quien facilitó el encuentro de Hitler con Emil Kirdorf,

que tanto disfrutó en 1929 como huésped de honor en el día de la fiesta del Partido en Nüremberg. Kirdorf era el principal accionista de la compañía minera Gelsenkirchen, fundador del Sindicato del Carbón del Ruhr y el que controlaba los fondos políticos de la Unión Minera y de la Asociación Noroeste. Otro miembro nazi con contactos en el mundo industrial fue Walther Funk, antiguo director de un importante periódico financiero. Después de la guerra, con pruebas en contra suya, dio una lista *grosso modo* de los suscriptores de la industria del acero, minas de carbón, banca, industrias potásicas y astilleros. Fritz Thyssen, en sus memorias *«Yo pagué a Hitler»* da informaciones semejantes, pero es incierta la cantidad, en términos de dinero, que estas diversas entregas alcanzaron. Funk juró que la industria nunca suministró más de un total de 2.000.000 de marcos a los nazis antes de su subida al poder y Thyssen menciona 2.000.000 de marcos anuales sin concretar en qué período. Podría ser cierto que los industriales estuvieran suscritos en mayor proporción al partido nacional de Hugenberg y que el dinero que el partido nazi llegó a conseguir por sus propios medios haya sido subestimado. El número de miembros pagando cuota fue aumentando considerablemente: 49.000 en 1926, 72.000 en 1927, 108.000 en 1928, 178.000 en 1929, 210.000 en marzo de 1930 y a casi 400.000 a finales de este mismo año. Semejante alza repentina se dio, asimismo, en el apoyo popular. En 1928, doce diputados nazis fueron reelegidos para el Reichstag y 107 en septiembre de 1930, recogiendo más de seis millones de votos.

Las discordias personales y desacuerdos sobre política eran el inevitable resultado de un movimiento sin posibilidades inmediatas de poder. En dos momentos sería desafiada la autoridad de Hitler entre los años 1919 y 1929. Roehm difería de su líder respecto a la misión de las SA, pero su marcha a Sudamérica por algunos años zanjó la cuestión. Un desafío más directo provendría de Gregor Strasser, un antiguo oficial, condecorado con la Cruz de Hierro, que se adhirió al nazismo en 1920 y que dirigía una droguería como medio de vida. Hombre macizo y hábil orador, con una acusada personalidad, subrayaba el socialismo del programa del Partido siendo poco propenso a someterse al liderazgo autoritario de Hitler.

Durante la prisión de Hitler, tomó parte en campañas electorales en

cooperación con otros partidos nacionalistas y antisemitas, incurriendo así en la ira del Führer, pese a que tales actividades fueron resultado lógico de una política de legalidad. Hitler terminó por sosegar a Strasser, persuadiéndole para que organizara el movimiento en el norte de Alemania, donde prácticamente no existía.

Con ayuda de Otto, su hermano, y de Joseph Goebbels, a quien nombró su secretario, Strasser creó un movimiento radical con su propia prensa y que apenas reconocía la autoridad de Hitler. Predicó la nacionalización y un sistema de gobierno descentralizado, aspectos éstos que no atraían a Hitler. Los puntos de vista económicos de Strasser, ciertamente obstaculizaban el apoyo económico de la industria.

El choque entre las dos alas del movimiento cristalizaría en 1925 con el pretexto de la cuestión, candente en toda Alemania, de si las antiguas casas reales alemanas deberían ser despojadas de sus propiedades o no. Hitler recibía regularmente tres cuartos de sus ingresos de la duquesa de Sachsen-Anhalt, mientras que Strasser, por su parte, habló de expropiación, siendo adoptada su línea en noviembre en un *meeting* de líderes norteños del Partido en Hannover. En febrero del año siguiente, Hitler convocó una conferencia del Partido en Bamberg, en la Alemania del sur. En aquella época, los *Gauleiters* sureños eran trabajadores a pleno empleo, asalariados del Partido y acólitos de Hitler, y acudieron en masa a su favor. Strasser y Goebbels sólo pudieron asistir desde el norte a una conferencia a mitad de semana, siendo definitivamente derrotados. Se pactó una especie de tregua y, en lo futuro, Strasser se mostró incapaz de ponerse frente a Hitler. De este modo, el f*ührerprinzip* fue conservado.

Los años en el desierto tocaron a su fin en 1929. La primera señal la dio la publicación del plan Young para reducir los pagos de las reparaciones. Stresemann aceptó las propuestas a cambio del acuerdo francés de una retirada más rápida de las tierras del Rhin. Hugenberg, líder del partido nacionalista, desencadenó en Alemania una dura campaña contra la aceptación del plan, ganándose el apoyo nazi. La campaña fracasó, pero Hitler había irrumpido en la política nacional y atraído la atención de los que controlaban los fondos políticos de los grandes negocios y, en aquellos días, la Casa

Parda fue amueblada. Más importante fue la crisis de la Bolsa. En 1930, Alemania se enfrentó con el desastre económico. Una vez más se había puesto de manifiesto la debilidad de la Constitución de Weimar y la desilusión y los múltiples agravios al pueblo alemán emergieron a la superficie. En septiembre, los nazis alcanzaron su primer gran éxito electoral. El momento de su triunfo había llegado.

IV. La crisis de la democracia alemana

Poco después del mediodía del 30 de enero de 1933, una clamorosa ovación sacudió a las masas que se apiñaban desde primeras horas de la mañana a las puertas de la Cancillería en Berlín. Aclamaban a Adolf Hitler al aparecer en las escalinatas del edificio, después de haber sido investido Canciller de Alemania por el Presidente. Aquella noche, millares de soldados de asalto, con sus altas botas, recorrieron las calles tumultuosamente cantando sus canciones de marcha y portando antorchas encendidas, formando un cuadro que inspiró al embajador francés la imagen de «un río de llamas». El nazismo había llegado al poder.

Pese a las pretensiones de sus propagandistas, no había sido conducido al poder por una oleada de entusiasmo popular. El Führer se había abierto paso hacia el cargo de Canciller, por medio de intrigas, con la convivencia de la «vieja banda» a la que despreciaba y el consentimiento del pueblo alemán, que había apoyado al Partido Nazi en las últimas elecciones del Reichstag, con no más de un tercio de sus votos.

Las raíces de esta situación se remontan, en buena parte, a un pasado ya distante de Alemania, pero están principalmente originadas por acontecimientos más recientes. Alemania, a diferencia de Gran Bretaña, no había gozado de largos siglos de unidad política que hubieran permitido a la democracia liberal arraigar lenta pero segura. La Constitución de Weimar, su primera experiencia democrática, resultó ser tan defectuosa como inoperante. Los partidos políticos y otros poderosos grupos de presión, fracasaron en resolver sus diferentes puntos conceptuales en la manera de hacer de la democracia una fuerza vital, compartiendo como único móvil común su odio hacia el Pacto de Versalles de 1919, que engendró un sentimiento general de furibundo nacionalismo. Las masas estaban desbordadas por el cariz de los acontecimientos, despreciando a los políticos, quienes sustituían la política por intrigas, y amargados por las dificultades sociales y económicas.

En 1648, la Paz de Westfalia había asestado el golpe de gracia a la Alemania medieval desintegrándola en más de trescientos Estados independientes. Durante el siglo XVIII, había dado comienzo la lucha austro-prusiana por la supremacía alemana, resuelta por Bismarck en 1871, cuando unió Alemania bajo el liderazgo prusiano, con exclusión de Austria y de su ruinoso imperio de la Europa suroriental. El segundo Reich, que Bismarck había fraguado «a sangre y fuego», fue revestido de una constitución democrática pero, en la práctica, era una autarquía. Los emperadores Hohenzollern y sus consejeros gobernaron Alemania hasta la revolución de 1918. En el año siguiente, la Constitución de Weimar fue aplicada a gente sin experiencia (y sin maduros sentimientos) en el espíritu de tolerancia y compromiso, esencial en el funcionamiento de la democracia parlamentaria.

La Constitución de 1919 fue un instrumento democrático de gobierno, que impedía teóricamente el abuso de poder por algunas de sus partes componentes. Se implantó el sufragio universal y se eligió un Reichstag con la base de la representación proporcional. El Presidente era nombrado por elección popular y, a su vez, nombraba y separaba al Canciller y su gabinete y podía disolver el Reichstag. Se estableció el principio de responsabilidad ministerial ante el Reichstag, así como una serie de disposiciones para la celebración de plebiscitos en determinadas circunstancias. Se mantuvo la estructura federal, aunque los poderes de los distintos Estados eran inferiores a los de cualquiera de los reinos semiautónomos del Imperio. Todo este sistema estaba basado en apreciaciones intelectuales del funcionamiento de la democracia parlamentaria en otras partes del mundo. No había nacido, ni hubiera podido hacerlo, de la experiencia acumulada por el pueblo alemán.

En la práctica, el sistema de la representación proporcional, según el cual los distintos partidos partícipes en una elección enviaban un miembro al Reichstag por cada 60.000 votos recogidos, trajo como consecuencia que tuvieran representación todas las facetas de interés, pero no que alcanzara nunca la mayoría un partido único. En 1930, por ejemplo, diez partidos recogieron cada uno poco más de un millón de votos. Las coaliciones eran imprescindibles para el funcionamiento de un gobierno parlamentario, pero el motivo de las

mismas era, en realidad, la necesidad administrativa.

Un gobierno de coalición no tenía por qué ser un gobierno débil. En el Parlamento del Estado Prusiano, los social-demócratas y el partido centrista alcanzaron una clara mayoría que hizo de Prusia el punto fuerte de la democracia alemana. Pero, después de 1919, nunca volvería a tener mayoría en el Reichstag la coalición de los social-demócratas, centristas y demócratas, que habían sido los responsables de la Constitución. Sólo llegaron a formar un Ministerio que controló una mayoría del Reichstag, aunándose con otros partidos, que fueron temporalmente ganados por tratados que hicieron difícil la firmeza de la política. Ninguno de los partidos más importantes de la oposición, el partido nacional y el comunista, fueron capaces de construir alternativamente una coalición.

Los líderes llegaron a estar tan absortos por politiqueos de camarilla, que la misma debilidad del gobierno se ajustaba a sus manejos en la medida en que hacía a los del poder víctimas de las presiones de partido. Entre los miembros había un escaso sentido de lealtad para con sus representantes de gabinete y ningún ministro estaba a salvo del peligro de ser traicionado por sus propios adictos.

Quizá, sólo la habilidad e integridad de una administración apolítica podrían haber impedido la quiebra de la maquinaria gubernamental. Pero los funcionarios sentíanse frustrados en su misión, debido a las maniobras de los políticos para alcanzar el poder. En 1924, durante el juicio de Hitler, la Secretaría de Estado del Ministerio del Interior informó al tribunal de que su oficina había acumulado considerables pruebas de las actividades de traición del Partido Nazi, pero que no se había iniciado ninguna acción. En 1930, nuevas recomendaciones para el desmantelamiento del movimiento nazi fueron hechas por las autoridades de la policía sin resultado apetecible.

Las dificultades del gobierno parlamentario, agravadas por la crisis económica que comenzó en 1929, eran tales, que se hacían probablemente inevitables algunas modificaciones del modelo existente. Los que habían dado cuerpo a la Constitución, posiblemente por una falta de confianza en la capacidad de la sociedad democrática para superar sus crisis, habían previsto un remedio temporal en el Artículo 48, permitiendo una acción legislativa por medio de

decretos presidenciales. En julio de 1930 la administración de Heinrich Bruening, que tuvo que formar penosamente una nueva coalición para cada paso legislativo, se encontró con parte de su programa fiscal rechazado por el Reichstag. Bruening, con el consentimiento del Presidente Hindenburg, hizo uso del Artículo 48 que, en la práctica, dio al traste con el gobierno parlamentario. No es cuestión de determinar a quién correspondió la responsabilidad mayor de esto, si al mismo Bruening o a sus oponentes.

Ciertamente, no hubo partido político importante de Alemania que no hubiera contribuido en cierta medida a esta situación y todos tuvieron su parte de responsabilidad en la solución a que se abocó en enero de 1933.

Quizá los menos culpables fueron los social-demócratas. Ellos, al menos, permanecieron fieles a la República que habían fundado, aunque les faltara una política coherente y un liderazgo firme. Bastante antes de 1918, los servicios de asistencia social establecidos bajo los Hohenzollern, habían atraído las iras del socialismo militante. Al igual que muchos líderes ingleses posteriores a 1918, la mayoría de los social-demócratas estaban deseosos de ser catalogados como hombres moderados, responsables y, ante todo, respetables. Desde el principio, les acompañó el odio por haber sucedido en 1918 en el poder a los aliados, así como aceptar la paz dictada en 1919. En tales circunstancias no tenían ninguna alternativa, como el Alto Mando Militar admitió en privado, pero, tanto el ejército como los demás habían hecho de ellos los cabezas de turco de estos desastres. Es más, el gobierno provisional de Fritz Ebert había suprimido la revolución alemana de 1918-1919 únicamente gracias a la ayuda del ejército. Los Consejos de Soldados y de Obreros fueron neutralizados y destruidos los espartaquistas y, en compensación, Ebert permitió al cuerpo de oficiales conservar gran parte de su prestigio de antes de la guerra, dándoles pie para convertirse una vez más en uno de los más poderosos factores de la política alemana.

El poderío potencial del partido fue ilustrado dramáticamente con su respuesta al *Putsch* Kapp, un extremado intento en 1920 del ala derecha por derrocar a la República, dirigido por Wolfgang Kapp y el general von Luttwitz y apoyado por varios de los *Freikorps*. El

ejército no llegó a implicarse y una huelga general, proclamada por el gobierno, y lealmente apoyada por los sindicatos, fue el instrumento que permitió restaurar la Constitución. Pero, a medida que el país entraba en los años veinte, los social-demócratas fueron constituyéndose menos como una fuerza dinámica y más como un partido sindical conservador. Se oponían al nazismo y eran conscientes de su alcance. Pero, la falta de un liderazgo efectivo se hizo sentir en el penoso fracaso de 1932, cuando el gobierno Papen suprimió en Prusia el gobierno democrático. Karl Severing apenas esbozó un gesto nominal de despecho cuando una huelga general podría haber operado como lo hizo en 1920. Finalmente, en 1933, hicieron un valeroso y último arranque. Para entonces era demasiado tarde, pero, al menos, habían conservado su dignidad y respeto propio, que es más de lo que cabe decir de los demás partidos.

El Partido Católico del Centro, ávido de encontrar acomodo en cualquier gobierno para conservar así sus particulares intereses, tan interesado estaba en mantener las escuelas católicas como en un gobierno parlamentario eficaz. En 1932 demostró cierta independencia al rehusar apoyar a Franz von Papen, uno de sus miembros, cuando cínicamente reemplazó a Bruening, también miembro del partido, en el cargo de Canciller. No obstante, le faltó tiempo para llegar a un compromiso con el nazismo, y fue lo bastante ciego para continuar las negociaciones a este respecto, aunque nada quedaba por ser negociado.

Los votos del Partido del Centro en el Reichstag, acudieron incluso a la Ley de Poderes, que confirió poder absoluto a Hitler después de haber sido nombrado Canciller.

La falta de un fuerte partido liberal fue uno de los múltiples desastres de la Alemania de Weimar. Pero el liberalismo estaba haciendo de las suyas en la Europa de entreguerras, por lo que quizá sea más descriptivo decir que Alemania fue uno de tantos países en los que la libertad se truncó en favor de una cierta forma de dictadura. El Partido del Pueblo y los Demócratas, que podían haber asumido en Alemania el papel liberal, fueron los partidos que sufrieron una pérdida más importante de votos a beneficio de los nazis, lo que basta para demostrar cuan incapaces eran como fuente de oposición

al totalitarismo.

El Partido Comunista Alemán (KPD), aunque participó en las elecciones y envió miembros al Reichstag, era inevitablemente irreconciliable con un gobierno parlamentario, por lo que hizo cuatro intentos abortivos por el poder entre 1918 y 1923. Su suerte declinó durante los años de prosperidad 1924-1929 pero, con la depresión, revivió hasta alcanzar seis millones de votos en 1932. Bastante antes se había convertido ya en dócil instrumento del Komintern. Su política era eco de las exigencias rusas y mantenía escasa relación con la realidad de la política alemana. Está fuera de duda la falta de clarividencia política de Ernst Thaelmann y de los otros líderes del partido.

Siguiendo los dictámenes de Stalin, el KPD llegó a creer que desde el punto de vista de la clase obrera no había elección posible entre democracia burguesa y dictadura nazi. Los social-demócratas, por ejemplo, eran acusados de traición a la clase obrera por su adhesión a esta democracia. Cuando el régimen de Weimar fuera reemplazado por el nazismo, la fraudulenta y engañosa atracción de la social-democracia desaparecería e, inevitablemente, los trabajadores se unirían en las filas del KPD para establecer la dictadura del proletariado. Las algaradas callejeras del Frente Rojo con las SA, fueron, por ello, de escaso significado político; el hecho de que los nazis fueran el partido de masas más importante después de 1930, fue algo que los unilaterales marxistas rehusaron reconocer.

La misma existencia de un fuerte partido comunista dio fundamento a la propaganda de los nazis cuando éstos pretendieron ser la protección de Alemania contra el bolchevismo, votando muchos alemanes, que veían sólo una elección entre dos males, por el nazismo como el más leve de los dos. Es más, el KPD, al crear desórdenes públicos, atacando a los sociales-demócratas y minando la estructura de Weimar a cualquier posibilidad a su alcance, estaba simplemente ayudando al nazismo en su marcha hacia el poder. Las pretensiones posteriores de que el comunismo dirigió la lucha contra el nacional-socialismo, no están respaldadas por pruebas.

No debe, sin embargo, exagerarse la influencia del comunismo, siendo el más culpable de todos los partidos alemanes el Partido

Nacional.

Aunque pretendía ser un partido conservador, abandonó su verdadero papel favoreciendo a la reacción y se vio profundamente implicado en el apoyo otorgado a la consumación de la revolución nazi.

Nunca perdonó la pérdida de la guerra y la desaparición de la monarquía. Partido rico y apoyado por poderosos intereses de la tierra y la industria, rehusó, excepto durante dos breves períodos, compartir la responsabilidad del gobierno, prefiriendo la irresponsabilidad y la oposición desleal, en la creencia (y en eso coincidía con el KPD), de que cuando la República de Weimar quebrara, el poder pasaría a sus manos. Su líder, Alfred Hugenberg, el magnate de la prensa y el cine, era el peor tipo imaginable de mandamás político y se asoció con la poderosa organización nacionalista de ex-funcionarios *Stalhelm*. Las actividades políticas de los nacionalistas incluían la incitación al asesinato y el envío por correo a sus oponentes de paquetes con excremento humano. En 1930, estaban decididos a pactar con Hitler. Ya entonces, Hugenberg había financiado a los nazis para ganarse así su apoyo activo en su campaña contra el plan Young para modificar las sanciones reparatorias.

Con la quiebra del gobierno parlamentario normal, recayó en el Presidente una considerable responsabilidad. Sin una mayoría en el Reichstag que le guiara, el único criterio posible para elegir Canciller y Ministros era su propio juicio de los méritos de éstos, así como su confianza en las posibilidades de contar con el adecuado apoyo. Siempre pendiente de éste, estaba obligado a decidir con qué frecuencia y propósitos debería usar sus poderes excepcionales.

Se había esperado en 1919 que un Presidente de elección popular podría actuar como control sobre el Reichstag. La historia francesa fue alegada para mostrar que los presidentes elegidos por el Parlamento eran casi invariablemente unas mediocridades, en tanto que la experiencia americana demostraba el mérito de un presidente popular. Pero una mediocridad con experiencia política es mejor que una figura popular sin experiencia. Esta última contingencia está contrarrestada en Estados Unidos por la existencia de un

maduro sistema bipartido; sin embargo, Alemania carecía de semejante salvaguarda. En 1925, el mariscal de campo von Hindenburg fue elegido. Hindenburg no era hombre para vérselas con crisis políticas. En la noche del 9 de noviembre de 1918, mientras el general Groener había emprendido la ardua tarea de llegar a un acuerdo en beneficio del ejército con el nuevo gobierno republicano establecido en Berlín, Hindenburg descansaba a varios kilómetros, dormido, emocionalmente postrado y dejando a su nominal subordinado negociar por teléfono el futuro del ejército y, quizá, del mismo Reich.

Durante casi cinco años su ineptitud política no tuvo efectos perniciosos. Es más, el hecho de que fuera cabeza del Estado y comandante supremo del ejército contribuyó, en gran manera, a reconciliar a los conservadores alemanes con la República y su respeto a la Constitución, desarmó a los que atacaban a la República como traidora a los intereses nacionales. Pero éstos eran años de prosperidad. Cuando la depresión económica resucitó la crisis política, después de 1930, la verdadera calidad de Hindenburg salió a la luz. Se volvió senil, propenso a creer lo que le dijera la última persona con quien hablaba y, su falta de habilidad para juzgar los respectivos méritos de los que a su alrededor se disputaban el poder, fue fatal.

Mientras el gobierno de Berlín se tambaleaba, la estructura federal de Alemania agravó, más que suavizó, las dificultades. En 1919, Hugo Preuss había propuesto un Estado unitario centralizado. Por contra, 17 *Lanas,* que iban desde Prusia, con una población de casi cuarenta millones, a Schaumburg-Lippe, con sólo 48.000, conservaban determinados poderes independientes y, entre ellos, el control de la policía. Cada *Land* tenía su *Landtag,* que tendía a ser un microcosmos del Reichstag con todos sus defectos.

El particularismo local era fuerte en Baviera, donde, desde la unificación de Alemania, se había dado una marcada repudiación del gobierno de Berlín, habiendo, después de 1918, corrientes secesionistas y pro una unión sur-alemana con Austria. En 1920, alcanzó el poder un fuerte gobierno derechista y Baviera se convirtió en la Meca de todos aquellos que se oponían a la República. Aquí se dieron cita los remanentes de los *Freikorps* y surgieron una serie de

organizaciones nacionalistas. No fue casual que el Partido Nacional-Socialista naciera en Munich y que un Ministro bávaro de Justicia, Franz Guertner, fuera uno de sus primeros protectores en puestos de altura.

El pequeño tamaño de varios *Lanas* hacía posible que un partido decidido concentrara todos sus recursos en uno para ganar el poder, constitucionalmente hablando. Esto hicieron los nazis en Brunswick, adquiriendo de este modo una útil experiencia administrativa, así como un trampolín para sus actividades. Fue el gobierno estatal de Brunswick quien hizo de Hitler un ciudadano alemán, sin posibilidad de discusión, cuando decidió optar a la Presidencia del Reich en 1932.

Como en cualquier democracia, existían en la Alemania de Weimar poderosos intereses implicados, cuyas funciones no eran primordialmente políticas, pero que actuaban como grupos de presión para persuadir a los políticos a que satisficieran sus específicas exigencias. En general, estos grupos de interés eran hostiles a la República. Sólo los sindicatos estaban decididos a apoyarla pero, en líneas generales, acusaban los mismos defectos que los social-demócratas. Las depresiones económicas debilitaron a sus miembros y, aunque resistieron la infiltración comunista después de 1930, no llegaron a advertir la amenaza del nazismo. Hasta que no se vieron con el *fait accompli,* sus líderes presumieron que, en ningún caso, arriesgarían los nazis un ataque abierto a una institución tan bien establecida.

El mundo de la industria y los grandes negocios fue, desde el principio, hostil a la República y a la democracia. Frite Thyssen, de United Steel; I. G. Farben, el gran *trust* de colorantes; Krupp, la firma de armamentos, y otros, fueron propicios a financiar partidos hostiles a ésta. Al principio, el Partido Nacional acaparó la mayor parte de sus donativos pero, con el tiempo, éstos fueron a parar a las arcas nazis.

Tampoco los terratenientes estaban bien dispuestos al nuevo orden posterior a la guerra. Pese al apoyo otorgado a los propietarios de Prusia Oriental, que se convertiría en un escándalo financiero, los Junkers continuaron irreconciliables con la República, y su Liga de

Terratenientes, dirigida por el .conde Kalkreuth, fue siempre uno de los elementos de oposición a la democracia. Estos grupos de la sociedad alemana, a semejanza del Partido Nacional, al que generalmente apoyaron, se atuvieron al procedimiento inmoral de buscar poder, evitando, al mismo tiempo, responsabilidades.

El más poderoso de estos intereses creados fue la *Reichswehr,* el ejército alemán, el único grupo capaz, en última instancia, de haber podido salvar a Alemania del nazismo, incluso en los momentos más difíciles. El cuerpo de oficiales, esculpido en la tradición autocrática prusiana, había gozado de una posición de inmenso privilegio y prestigio en la Alemania Imperial. Elegía a sus propios miembros, que no podían ser llevados a responder de sus actos ante ningún tribunal civil, sino únicamente ante sus propios tribunales de honor, Teóricamente, la República disminuyó su poder, pero, en la práctica, el ejército continuó siendo, en bastante grado, su propio arbitro. El que la República hubiera superado sus primeras dificultades, se debió en parte al ejército, quien, a cambio, recibió un amplio margen de acción en sus asuntos, fuera de interferencias civiles.

Después de haber insistido en que el armisticio era inevitable, e imposibles de rechazar las condiciones de paz de los aliados, el ejército alemán volvió al país en buen orden —un triunfo de la lógica y un tributo a la habilidad profesional de sus oficiales— y emprendió la tarea de racionalizar su derrota. Como explicación conveniente, se adujo que había sido víctima de una- «puñalada por la espalda» de las autoridades civiles. Es más, no fue un militar, sino el mismo Presidente Ebert, quien saludó la vuelta del ejército con las palabras: «Os saludo, a vosotros, que habéis vuelto invictos del campo de batalla».

La *Reichswehr,* humillada por las limitaciones que le fueron impuestas en Versalles en el número de hombres y cantidad de equipo, se replegó para prepararse para la rendición de cuentas. Hans von Seeckt, su segundo comandante en jefe de la postguerra, hizo mucho, con la connivencia del gobierno, por evadir las restricciones impuestas por los aliados. El reclutamiento selectivo creó un ejército potencial de oficiales y de suboficiales de reserva. Las fuerzas de policía del Estado y las organizaciones para-militares, como las SA, recibieron armas cortas, siendo consideradas verdaderos depósitos

de material humano. Ciertos acuerdos con la Rusia soviética posibilitaron el rearme clandestino.

Políticamente, el ejército no era partidario de la República. Seeckt vio en la *Reichswehr* un Estado dentro del Estado, enunciando el principio de que debería estar por encima de la política para así cumplir su función primordial de guardián del Estado. Su lealtad no estaba en la República sino en el Reich, como patentizó su equívoca actitud en el *Putsch* Kapp. Mientras fuera necesario mantener la República, para la defensa del Reich, el ejército la apoyaría, pero, en caso necesario, la abandonaría sin pesar.

La política de Seeckt se puso de manifiesto en 1923. Enfrentado con la peligrosa situación bávara, el gobierno del Reich no pudo encontrar otra solución que transferir el poder ejecutivo a manos del Ministro de Defensa, lo que, en la práctica, equivalía a ponerlo en las de Seeckt. Los disidentes bávaros fueron encarcelados y el ejército pasó a ser el indiscutible árbitro de la política nacional y el garantizador de la unidad alemana. Pero Seeckt no había actuado para defender la democracia. Si hubiera creído que el movimiento nacionalista ofrecía un remedio auténtico para los males de Alemania, no habría dudado en orientar a su favor el poder de la *Reichswehr*. Con Seeckt, hombre íntegro y de gran claridad de miras, el ejército, aún sin mantener indefinidamente la Constitución de Weimar, bien hubiera podido haber salvado a Alemania y Europa del nazismo. Por desgracia, el poder de Seeckt declinó después de la elección de Hindenburg como Presidente en 1925, y una imprudencia, en 1926, fue motivo y excusa para su retirada. Durante un tiempo, Hindenburg estrecharía los lazos entre el ejército y la República; sin embargo, con el tiempo, aquel hombre demostró ser un auténtico pelele.

Poco a poco, el verdadero poder del ejército fue cayendo en manos de Kurt von Schleicher. Schleicher, un afortunado oficial por méritos, se convertiría, en 1928, en la mano derecha del general Groener, cuando éste fue nombrado Ministro de Defensa. Era un palaciego e intrigante nato y predicó reformas constitucionales en pro de un gobierno estable. A este fin, contaba con poder montar una coalición del ala derecha, en la que entrarían a formar parte los nazis, cuyo atractivo en cuanto movimiento de masas no se le escapaba.

Las intrigas que urdió a este respecto jugaron un papel no pequeño en la subida de Hitler al poder.

Schleicher había lanzado el ejército a la arena política, adhiriéndolo a un solo bando con fatales resultados. Fue en 1930, al utilizar su influencia para conseguir el nombramiento de Bruening como Canciller, cuando abandonó por vez primera el principio de Seeckt. El efecto de esta implicación política apareció en 1932 con claridad prístina, cuando Schleicher confesó que el ejército era incapaz —en realidad no quería— de disparar contra las SA, pues ello hubiera supuesto la guerra civil.

En los primeros años treinta, casi todos los intereses implicados con el poder estaban dispuestos a liquidar el sistema existente a cambio de uno que cumplimentara sus fines particulares. Para conseguir este propósito, la mayoría de ellos estaban prestos a servirse del nazismo. Y no porque su actitud fuera nazi; tampoco eran antisemitas furibundos y, en muchos casos, desaprobaban los métodos de fuerza bruta de las SA, desconfiando asimismo del ala radical del movimiento dirigida por Strasser. No obstante, estaban prestos a pasar por alto estas menudencias en la errónea creencia de que los nazis, una vez se les hubiera dado una parte del poder, resultarían más tratables. Tenían una cierta comunidad de intereses con el nacional-socialismo, en cuanto no se veían obligados a conservar la constitución necesariamente y unos y otros desaprobaban el Tratado de Versalles. Pero, lo que realmente les acercó al nazismo, fue el apoyo de masas que éste comenzaba a ganar.

El pueblo alemán, a resultas de que los representantes por ellos elegidos resultaron incapaces de un liderazgo claro, fue desilusionándose más y más con el experimento democrático y, en particular, por el fracaso de éste en resolver sus acuciantes problemas materiales. Por todo ello, aumentó el apoyo popular al Partido Nacional-Socialista. Durante la primera guerra, Alemania padeció una explotación excesiva de sus recursos económicos, una reducción de población, así como una disminución de los *standards* de salud. Los acuerdos de Versalles la habían privado de tierras cultivables y recursos mineros, mientras que las sanciones la habían impuesto una pesada carga para el futuro. Había pasado de nación acreedora a nación deudora.

Durante la guerra, una insatisfactoria política basada más en préstamos que en la imposición, creó tendencias inflacionistas, que no fueron contrarrestadas después de la contienda y, durante 1922, el marco se devaluó sensiblemente. En 1923, quebró absolutamente y el cambio alcanzó la equivalencia de 4.200 billones de marcos por dólar.

A resultas de esto, propiedades de pequeño y medio tamaño en forma de depósitos bancarios y garantías e hipotecas, fueron liquidadas. En el futuro, la clase media, con sus ahorros terminados, se vería obligada a depender de las rentas de su trabajo, por lo que la imposición pequeña y media tardaría en ser restablecida, Con el aniquilamiento del efectivo, el mundo de los grandes negocios pudo acabar con sus deudas mediante el pago de marcos sin valor, por lo que muchos grandes industriales y terratenientes emergieron de la crisis económicamente más fuertes. Así se creó un abismo entre el rico y las masas sin propiedad. Cómo había llegado esto a suceder no fue muy bien comprendido, pero el contraste humano entre ricos y pobres era evidente y se culpó al gobierno, y con razón.

La espiral inflacionista hubiera podido ser neutralizada equilibrando el presupuesto, lo que, aunque difícil, no hubiera sido imposible de haber mediado una adecuada imposición sobre aquéllos capaces de pagar. Pero, en realidad, se dio a la inflación vía libre (en parte para evadir las sanciones pecuniarias y para distorsionar a Francia que había reocupado el Ruhr con ánimo de exigirlas) con desastrosas consecuencias sociales.

Esta situación dio pie, asimismo, a que afluyeran los extranjeros a la vida económica alemana, ya que un pequeño capital de dólares en efectivo representaba una gran suma de dinero. De ahí derivaría una intensificación del odio al capitalismo (lo que pasaría por socialismo) y del nacionalismo, basado éste en la hostilidad al extranjero.

El renacer económico entre 1924 y 1930 fue, en realidad, una prosperidad superficial que obedeció a préstamos a corto plazo con elevados intereses. En todo caso, no borró el recuerdo de los ahorros perdidos, o el temor al paro y, para 1931, estas pesadillas serían de nuevo una realidad palpable para miles de alemanes.

La quiebra de la Bolsa de Nueva York en 1929, repercutiría pronto

en Alemania en forma de crisis bancaria que abocaría a una situación de verdadera emergencia en la industria. Los plazos a corto término fueron reclamados por los acreedores extranjeros, mientras una rápida contracción del comercio mundial hacía más y más difícil para Alemania —como para otras naciones acuciadas por problemas semejantes— el pago de sus deudas con el incremento de la exportación.

La consecuencia social más significativa de la crisis económica fue el alza de la tasa de desempleo, de 1.320.000 parados en septiembre de 1929 a unos 6.000.000 a primeros de 1932. Estas estadísticas, en términos humanos, eran jóvenes recién salidos de la escuela sin posibilidad de empleo, hombres que permanecían en las esquinas sin objeto alguno y mujeres desesperadas por la falta de alimentos y calor en sus hogares. La clase media, con sus ahorros ya muy recortados en 1923, se encontró con la perspectiva más aterradora aún que en la clase trabajadora de perder su *modus vivendi*. Para los primeros, suponía la desgracia social de descender al *status* de artesanos y obreros y, acuciados por esta angustia, muchos oscilaron al movimiento nazi, dirigido como estaba por un hombre que había compartido su *snobismo* social en la Viena de la preguerra.

La depresión dio a los nazis su verdadera oportunidad, más que ningún otro factor considerado por sí solo. En 1928, lograron en el Reichstag doce escaños; en 1930, ganaron 107 y, en julio de 1932, 230. A partir de entonces, el apoyo popular iría en declive, pero continuó siendo considerable, quedando definidos ciertamente como un partido político de importancia. De ahí la buena disposición de los que ejercían el poder, para llegar a un compromiso con ellos.

En la búsqueda de una válvula de escape para sus desastres, los alemanes encontraron varias respuestas, todas ellas rimando adecuadamente con lo que los nazis venían diciendo desde hacía una década. En primer lugar, estaba la corrupción y la incapacidad del gobierno parlamentario, males ambos que resultaban demasiado patentes. Había, además, el odiado *Diktat* de Versalles que engendró universal resentimiento en Alemania. El territorio europeo perdido, incluía una buena parte que había sido adquirida por la fuerza bruta, pero había también áreas con elevada proporción

germánica. El principio de autodeterminación nacional del Presidente Wilson, podía argumentarse, había sido aplicado sólo allá donde convino a los aliados. El corredor polaco, para no olvidar uno de los tradicionales enemigos de Alemania, cortaba el Reich en dos. Las colonias de Ultramar habían sido asignadas en mandato a varios de los aliados, pero también ello podía interpretarse como acción del imperialismo franco-británico. El ejército estaba reducido a 10.000 hombres, su Alto Mando había sido recortado y se le había privado de aviación y tanques. Las sanciones eran exigidas en marcos, oro, carbón, barcos, madera, ganado y otros conceptos. Estas cargas podían o no ser pagables, pero la implicación de «delito de guerra alemán» que éstas acarreaban, ponían al rojo a toda la nación y, ni el plan de Dawes, en 1924, ni el plan Young, en 1929, sirvieron de paliativos. Es más, los gobiernos que los aceptaron fueron causa de nuevos odios hacia la República, que había cedido a las primitivas demandas.

Hoy, después de más de cuarenta años, parece ser que los estadistas aliados hubieran hecho bien moderando sus demandas de 1919, pero el espíritu de la época estaba contra ellos. Aunque no sin fundamento, los alemanes protestaban de haber sido tratados duramente; la evidencia existente sugiere que, de haber resultado vencedores, no habrían sido más generosos. La abortiva paz de Brest-Litovsk, impuesta en 1918 a la Rusia derrotada, la privaba de casi un tercio de su población, un tercio de su tendido de líneas de ferrocarril, un 73 % del mineral de hierro, un 89 % del carbón y más de 5.000 establecimientos industriales. Además, Rusia debía pagar una indemnización de seis billones de marcos. El Tratado de Versalles, por contra, había dejado el Reich geográficamente intacto, políticamente unido y con la mayor parte de su poderío potencial de gran nación.

El odio a una paz impuesta por extranjeros engendró una desconfianza al extranjero, por la que corría una vena de antisemitismo. Antes de 1914, el odio a los judíos había sido una característica más austriaca que alemana. Los judíos alemanes habían sido trabajadores infatigables, inteligentes y patriotas. Después de 1918, acudió del este un incontrolado aflujo de judíos extranjeros. Los recién llegados estaban habituados a un *standard* de vida más bajo y dispuestos a

aceptar salarios inferiores. Sus costumbres, indumentaria y frecuente ignorancia del idioma, así como su tendencia a agruparse en colonias destartaladas, aumentó la repulsa, no sólo de ellos, sino de todos los otros judíos. Varios de los especuladores extranjeros que hicieron su agosto en 1923 eran judíos y varios de los más espectaculares escándalos financieros de la Alemania de Weimar implicaban a hombres de negocios judíos. Igualmente, gran parte de las industrias de publicaciones y diversiones y, en particular las no demasiado limpias, estuvieron también en manos judías.

Con la República en evidente fase de desintegración, los nazis podían ya hacerse con su por tan largo tiempo esperada oportunidad. Hitler había creído, como sólo un monomaníaco puede hacerlo, que su momento llegaría. Su lucha por el poder y la habilidad con la que el nazismo explotó y enfocó los incoherentes resentimientos de un pueblo perplejo y desilusionado, son factores de mayor importancia para explicar la sustitución de la democracia por el totalitarismo.

Desde el principio, Hitler no había ahorrado esfuerzo en sus ataques contra la República, el Tratado de Versalles, las fuerzas de la reacción y los judíos. Sagazmente, apreciaba la importancia del ejército y, ya en su mismo juicio de 1924, aprovechó la oportunidad para subrayar que la *Reichswehr* tenía, en la creación de una Alemania más grande, un objetivo común con el nazismo. También a los industriales supo dirigir palabras halagadoras. En enero de 1932, Fritz Thyssen se las ingenió para que Hitler hablara en el Club de la Industria de Dusseldorf. Enfáticamente, afirmó a su auditorio su «inexorable decisión de destruir el marxismo en Alemania», con tal persuasión, que aquellos magnates de la industria, duros de roer, que le habían acogido con frialdad, le concedieron una calurosa ovación cuando acabó su discurso. La oposición del nazismo al comunismo era el elemento más fuerte de su llamada a las clases propietarias.

Los oradores nazis, con aguda demagogia, alimentaron y dirigieron los resentimientos del pueblo alemán. La República estaba corrompida; Francia se aplicaba a esclavizarles; los especuladores prosperaban a expensas de la clase obrera; los marxistas predicaban el odio de clases para dividir a la nación y, por todas partes, los

judíos medraban a costa de la madre patria. Los partidos y los políticos existentes estaban teñidos del «sistema» y Alemania debía poner sus miras en nuevos hombres para recobrar su lugar en el Sol.

En este tipo de agitación, los nazis no tenían rival. Sólo los comunistas podían equiparárseles en estilo, pero sus rígidas doctrinas limitaban su llamada, mientras que los nazis, independientes de cualquier principio o doctrina salvo su inherente derecho al poder, cambiaban de estribillo al gusto del auditorio. El radicalismo era la carta fuerte del comunismo, ya que Hitler no podía conceder a sus propios radicales demasiado margen de acción por miedo a los industriales. Pero los nazis tenían en sus manos los triunfos del antisemitismo y el nacionalismo.

Para el otoño de 1931 el gobierno democrático estaba virtualmente muerto en Alemania. El poder descansaba en el Presidente Hindenburg y en los hombres que le rodeaban. Todos ellos sabían que no era posible prolongar el gobierno indefinidamente mediante un decreto de emergencia y que se imponía algún reajuste permanente. No estaba definida la forma que este reajuste debería adoptar; no tenía necesariamente que ser parlamentario, pero, al menos, debía contarse con la aquiescencia del pueblo alemán. Las recientes elecciones apuntaron que Hitler podía ofrecer esto, caso de ser incorporado al gobierno como socio de segunda línea. No se había comprendido la naturaleza del nazismo y se había minimizado la habilidad táctica de su Führer. En estas circunstancias, comenzarían a intercalarse las secuencias de acontecimientos e intrigas que llevarían el nazismo al poder.

V. La tortuosa senda al poder

Los hombres que disponían de poder en el declinar de la República de Weimar eran el Presidente Hindenburg y su hijo y ayudante Oskar; Orto Meissener, el jefe de la Cancillería presidencial; el general von Schleicher, que dirigía un gabinete en el Ministerio de la Defensa que abarcaba los asuntos políticos y de prensa del ejército y la marina; Heinrich Bruening y, después de la caída de éste, Franz von Papen, que le sucedió en la Cancillería.

Todos aquellos hombres buscaban un gobierno capaz de una acción resuelta ante la acuciante crisis política y económica y que, al mismo tiempo, supiera ganarse un cierto apoyo de masas, preferentemente una mayoría en el Reichstag. Bruening (esto resultaría claro), no iba a responder a estas características y Schleicher pensó que Hitler bien podía ser considerado como socio. Además de sus seis millones de votos, había de por medio la amenaza de revolución armada de las SA si las reivindicaciones nazis al poder no encontraban eco.

Las tácticas de Hitler utilizaron la amenaza de rebelión (que deseaba evitar) y la promesa de un apoyo de masas (que, al parecer, era incapaz de transformar en una mayoría abrumadora) como medio para persuadir al grupo presidencial de la conveniencia de darle paso al poder. En el fondo de su mente, el Führer continuaba albergando la posibilidad de una coalición con el Partido Nacional o, incluso, el Partido del Centro; o, preferentemente, la de ganarse una abrumadora mayoría en las próximas elecciones. Cada vez que las negociaciones con el grupo presidencial se venían abajo, Hitler tornaba a estas alternativas. Pero, evidentemente, su principal propósito para obrar así residía en la necesidad de proseguir las conversaciones, y las medidas que adoptó estaban encaminadas a presionar, a este respecto, al grupo gobernante. La primera serie de negociaciones fue un intento abortivo por lograr un cierto acuerdo entre Bruening y Hitler. Bruening no tenía demasiadas ilusiones en el nazismo y fue Schleicher, quien estaba convencido de que podría

ser utilizado y controlado, el que dio los primeros pasos.

Schleicher se reunió oficiosamente con Hitler en el otoño de 1931, por mediación de Ernst Roehm, y utilizó sus considerables poderes de persuasión para preparar una entrevista de Hitler con Bruening y Hindenburg.

Bruening pidió el apoyo de Hitler hasta que hubiera solucionado la cuestión de las sanciones y asegurado la reelección de Hindenburg como Presidente. A cambio, prometió, dimitiría para permitir que alguien más adepto a los partidos de derecha le sustituyera. La contestación de Hitler fue vaga y las conversaciones se cerraron inconclusas. Lo que sucedió precisamente poco después en la entrevista del Führer con Hindenburg se desconoce, pero resulta aceptable que Hitler hablara demasiado y que el Presidente no quedara muy bien impresionado, advirtiendo, acto seguido, que Hitler podría ser un buen Ministro de Correos pero nunca un Canciller. Inmediatamente, Hitler allanó el terreno para participar en el denominado «Frente de Harzburg» el 11 de octubre de 1931. Se trataba de una reunión de intereses del ala derecha. Entre los presentes estaban Hugenberg, Seldte y Deusterberg, los líderes del *Stalhelm* Dr. Schacht, Hans von Seeckt, el conde Kalkreuth y los representantes de las industrias del Ruhr y de la cuenca del Rhin. Se aprobó una solemne resolución que unificaba todos los partidos de derechas en la que se pedía que dimitieran Bruening y Braun, el primer ministro de Prusia, permitiendo así que se hicieran elecciones en el Reich y en Prusia.

La presencia de Hitler no pasaba de ser una maniobra táctica. No se encontraba a gusto en la concentración de Harzburg, formada por la «vieja banda» a la que tan frecuentemente había criticado. Una asociación demasiado cerrada con ellos le llevaría a perder el apoyo de las masas. Hitler abandonó incluso el *meeting* antes de su final, irritado a no dudar porque los destacamentos *Stalhelm* presentes sobrepasaban con mucho en número a las SA.

Para más subrayar su ira por haber sido rechazado por los poderosos, Hitler desencadenó una serie de ataques insidiosos contra Bruening, como personificación del «sistema» bajo el que Alemania había sido gobernada desde 1918. Estas críticas encontraron su

respaldo en las elecciones provinciales de Hesse, en noviembre de 1931, en las que los nazis alcanzaron un éxito rotundo, indicando que habían ganado un marcado aumento del apoyo popular desde las elecciones para el Reichstag de septiembre de 1930, que había hecho de ellos, por primera vez, un partido significativo.

El ininterrumpido éxito electoral del nazismo confirmó una vez más a Schleicher en sus puntos de vista, por lo que continuó las conversaciones con Hitler durante el invierno, llegando, incluso, según una autoridad en la materia, a convencer al general Groener, su jefe en el Ministerio de la Defensa, de los objetivos de su política.

Bruening, aunque más realista, necesitaba asimismo del apoyo nazi. Su interés se centraba en conseguir la reelección de Hindenburg como Presidente, en la idea de que sólo Hindenburg continuaría firmando los decretos puestos ante él, permitiendo así al Canciller continuar en el cargo hasta que mejoraran las condiciones económicas o se consiguiera algún éxito en el campo de la política internacional. Hindenburg no era un entusiasta de proseguir en el cargo. Era un hombre anciano, sin ilusiones sobre el cariz que le aportaría una campaña electoral. No obstante, consintió en continuar siempre que Bruening garantizara la prolongación de su cargo mediante el permisible sistema de obtener el acuerdo de los dos tercios del Reichstag. Bruening estaba decidido a intentarlo; el hombre que había abandonado la búsqueda de una mayoría parlamentaria a favor de un gobierno por decreto, estaba dispuesto a perseguir una nueva mayoría para poder continuar gobernando por decreto. Para conseguir su coalición *ad hoc* necesitaba a los nazis. Cómo llegó a imaginar que éstos podrían ayudarle a reforzar temporalmente su propia posición, aún permanece oscuro.

En enero de 1932 fueron hechas a Hitler y Hugenberg ofertas simultáneas. En términos generales, eran las propuestas a Hitler hechas el octubre anterior, aunque no es difícil que Bruening prometiera apoyar a Hitler para la Cancillería. Hugenberg rechazó las ofertas presurosamente y Hitler, eventualmente, hizo lo mismo, después de algunas discusiones en el seno del Partido, que quizás influyeran en su decisión.

El Führer, en su réplica al gobierno, hizo una oferta directa a

Hindenburg de apoyar la prolongación de su mandato si daba el cese a Bruening y celebraba elecciones para el Reichstag y la Dieta prusiana. Hindenburg rechazó inmediatamente esta oferta, por lo que Hitler desencadenó otro furioso ataque contra Bruening en dos cartas abiertas. Por dos veces ya había rozado el poder sin alcanzarlo, en gran parte a resultas de su férrea determinación de obtenerlo con sus propias condiciones.

La nueva etapa de acontecimientos sería dictada por la situación de Bruening ante el poder. Para conservar éste, necesitaba de Hindenburg y su única alternativa se reducía a que éste saliera triunfante de las próximas elecciones. En esto gozaba del apoyo temporal de Schleicher, quien sentía también el imperativo de conservar el viejo mariscal de campo allá donde estaba, en tanto maduraban sus propios planes. El mismo Hindenburg, airado por la negativa de las derechas a apoyar la prolongación de su mandato, accedió a presentarse.

Después de ciertas vacilaciones, agudamente reflejadas en el diario de Goebels de la época, Hitler, a su vez, decidió presentarse como candidato. El Partido Nacional apoyaba a Duesterberg, el segundo al mando del *Stalhelm,* y los comunistas a Ernst Thaelmann.

Con las elecciones fijadas para el 13 de marzo de 1932, los diversos partidos se lanzaron a una campaña de marcada agresividad. Bruening, que no albergaba ninguna duda sobre lo que se estaba fraguando, reservó sin miramiento alguno todas las emisiones de radio de las cadenas controladas por el gobierno para su propio bando. Los comunistas, siguiendo la línea dictada por Moscú, concentraron sus ataques en los social-demócratas y los sindicatos.

Pero todos los esfuerzos palidecieron ante la campaña nazi. Subsiguiente al discurso de Hitler en enero ante el Club de la Industria de Dusseldorf, se disponía de fondos suficientes. Todos los distritos electorales sufrieron el impacto de sus campañas. Los muros de las ciudades fueron invadidos de carteles chillones. Se sacaron fotos de Hitler y Goebels, que fueron exhibidas por toda Alemania. Se grabaron discos que fueron enviados por correo y reproducidos por altavoces emplazados en camiones. Se distribuyeron ocho millones de panfletos y doce millones de ejemplares extraordinarios de los

periódicos del Partido. En un solo día llegaron a celebrarse 3.000 *meetings* y gastarse en una sola semana en propaganda 200.000 marcos. De acuerdo con la fe de Hitler en la palabra hablada, él y su lugarteniente se dirigieron a gran cantidad de muchedumbres en toda Alemania, en los más desatados términos. Se ha reconstruido el programa de Goebbels por su diario; entre el 22 de febrero y el 12 de marzo, pronunció 19 discursos en Berlín y dirigió *meetings* de masas en 9 grandes ciudades repartidas por toda Alemania,

Por contra, Hindenburg sólo habló una vez y en un discurso radiado. Su compostura cuando dijo: «no pido los votos de los que no desean votarme» seguramente le ganó muchos miles de votos.

Las preferencias de los partidos, en marzo de 1932, ofrecen un claro ejemplo del confuso estado de la política en Alemania. Hindenburg, un prusiano, perteneciente por derecho propio al Partido Nacional, protestante y monárquico de corazón, contaba, como núcleo de sus partidarios, a los social-demócratas, los sindicatos, los católico-centristas y otros pequeños partidos democráticos; para todos éstos se había convertido en la personificación de la Constitución de Weimar. Las privilegiadas clases conservadoras del norte protestante votaron, bien por Duesterberg, bien por Hitler y, ciertos votos de la clase obrera, fueron a parar al candidato comunista. La tensión no resultó aliviada cuando fueron anunciados los resultados de unas urnas muy densas. La votación popular por el nazismo apareció haber aumentado desde otoño anterior en un 86 %, aunque iba siete millones a la zaga de Hindenburg. A este último, sin embargo, le habían faltado menos de 200.000 votos para alcanzar la necesaria mayoría sobre sus tres oponentes, por lo que hubo de celebrarse una segunda elección. Para la segunda campaña, el ingenioso Goebbels acertó con la nueva ocurrencia del Führer, recorriendo Alemania en aeroplano. En una ocasión, lo hizo para acudir a un compromiso en Dusseldorf, entre violentas tormentas que, teóricamente, habían impedido todo tráfico aéreo en Alemania occidental. No desaprovechó la prensa nazi la oportunidad para dramatizar el incidente, como un ejemplo claro de las cualidades de líder de Hitler. De hecho, la osadía del Führer fue vana. Aumentó una vez más los votos populares hasta bastante más de trece millones, pero Hindenburg continuó confortablemente instalado con

el 53 % de las urnas.

Inmediatamente después de las elecciones presidenciales, habían de celebrarse en abril elecciones estatales en Prusia y otros Estados. Prusia era de importancia vital por su tamaño. De nuevo se puso en acción la maquinaria propagandista nazi, con Hitler víctima de una segunda serie de vuelos, que fueron ampliamente difundidos. En Prusia, los nazis se convirtieron en el mayor partido sin coalición, aunque fueron incapaces de formar siquiera una coalición mayoritaria con los nacionalistas. En las otras elecciones provinciales se obtuvieron ganancias similares, pero con idénticos resultados. La llamada al pueblo del nazismo, aunque insuficiente, había sido notable. Por si fuera poco, el gobierno se sentía lo bastante fuerte como para emprender una acción en contra y surgieron tensiones en las filas del movimiento. Para 1931, aparecieron en Hesse pruebas irrefutables de que las SA tenían ideados planes detallados para derrotar un levantamiento comunista —si éste se diera— y establecer un gobierno nazi provisional. Estas revelaciones crearon una atmósfera densa, azorando a Hitler que nada conocía de ello. Como de costumbre, el gobierno del Reich rehusó actuar, pero fueron descubiertas nuevas pruebas de maquinaciones de un *putsch* SA en la época de las elecciones presidenciales y los gobiernos estatales enfrentaron a Groener, el Ministro del Interior, con el ultimátum de actuar o lo harían ellos por su propia cuenta. Groener, ante esto, pasó por alto la incomprensible posición de Bruening y, el 14 de abril de 1932, un decreto del Reich disolvió las SA y las SS. Hitler contravino el instintivo impulso de Roehm a resistirse y las camisas pardas desaparecieron. No es que fueran disueltas; su organización permaneció intacta, pero con sus miembros enmascarados como miembros ordinarios del Partido.

Los disidentes del Partido, frustrados por las elecciones, empezaron a mostrar su descontento. Roehm, antes de que su organización fuera subrepticia, estaba ya dispuesto a arriesgar la rebelión armada. A nivel local, sus hombres se tornaron más y más inquietos. En un plano más sofisticado, Gregor Strasser volvió a los argumentos que había adoptado antes de las elecciones, de que Hitler debería estar dispuesto a un compromiso con los que estaban en el poder y que su política «de legalidad» se estaba yendo a pique por su negativa a

hacerlo. De momento, Hitler no tenía otra respuesta a mano que su propia intuición política, que le llevaría a obrar con acierto. Es posible que en esta coyuntura el gobierno todavía hubiera podido salvar a Alemania de los nazis, pero había empezado una tercera fase en la lucha por el poder, iniciada por la *eminence grise* de la política alemana de 1932: Kurt von Schleicher.

El «intrigante», como su mismo nombre significa, había continuado la mayor parte de la primavera en contacto con el movimiento nazi a través de Roehm, con quien discutió unos cuantos planes. Ninguno de estos planes se vería favorecido por la orden sobre las SA, a la que se opuso, decidiendo terminar con el hombre responsable. Persuadió a Hindenburg para que escribiera a Groener, aludiendo que la orden era injusta, dado que la *Reichsbanner,* la organización social-demócrata (que de hecho estaba desarmada), no había sido tocada. Una maliciosa campaña viperina fue desatada contra el Ministro de Defensa, a la que colaboraron los furibundos ataques de los diputados nazis en el Reichstag. Fue el mismo Schleicher quien administró el *coup de grâce* al informar a su jefe de que el ejército no tenía ya confianza en él. Pese al leal apoyo de Bruening, Groener fue obligado a dimitir y su partida fue un golpe más para la República. Fue él quien había negociado entre el ejército y el gobierno en 1918. Había prometido el apoyo del ejército al nuevo régimen y, por lo que a él respecta, había mantenido su palabra. Ya no quedaba ningún general capaz de reemplazarle.

Acto seguido Schleicher vio en Bruening un obstáculo más para llegar a un acuerdo con los nazis y decidió deshacerse de él. La posición de Bruening, para entonces, era ya débil. La depresión continuaba siendo de importancia. La posposición de la Conferencia de Lausanne impedía el arreglo de la cuestión de las sanciones y la posición francesa en Ginebra había, hasta el momento, frustrado sus intentos por conseguir la igualdad de armamentos para Alemania. Los industriales rechazaban las medidas para restringir los precios y sus planes para utilizar las propiedades en bancarrota de la Alemania oriental para la colonización agrícola, fueron denunciadas por los Junkers como «bolchevismo agrario». Irónicamente, su éxito al conseguir la reelección de Hindenburg le resultó pernicioso. El Presidente comenzó a catalogarle como el hombre que le había

forzado a una campaña electoral y que sentía por los Junkers, de los que era uno más, sólo simpatía. Schleicher se sirvió de estos sentimientos con su habla persuasiva y, eventualmente, utilizó su insuperable argumento de que el Canciller no gozaba ya de la confianza del ejército. El 30 de mayo, Bruening dimitió a instancias de Hindenburg. Los líderes nazis poco habían hecho para su caída, aunque estaban al tanto de lo que sucedía. Los «honores» de ésta corresponden, casi por entero, a Schleicher.

Esperando su turno entre bastidores, estaba el próximo valido de Schleicher para el cargo de Canciller: Franz von Papen, cuyo período de poder marca una nueva etapa de acontecimientos.

Papen era un antiguo oficial de caballería y un *gentleman* miembro de la aristocracia westfaliana. Sus modales eran impecables y su moralidad política inexistente. Nominalmente, era miembro del Partido Católico del Centro, pero en la dieta prusiana ocupaba un lugar en la oposición a la coalición de su partido con los social-demócratas. Nunca había ocupado un escaño en el Reichstag y personificaba la mentalidad reaccionaria del conservadurismo alemán de postguerra. Schleicher le recomendó al Presidente, en la errónea creencia de que podría ser fácilmente manejado. Hindemburg lo aceptó, ganado sin dificultad por su superficial atractivo.

Públicamente, el nombramiento causó un clamor que los ministros de von Papen nada hicieron por apaciguar. El «gabinete de barones» no contenía ninguna destacada figura política. Siete pertenecían a la aristocracia, dos tenían conexiones con los grandes negocios y el tercero era Franz Guertner, en otro tiempo protector de Hitler en Baviera. No tenía ninguna esperanza de apoyo por parte del Reichstag. Los centristas estaban indignados por la dimisión de Bruening; Hugenberg estaba airado porque no había sido invitado a reemplazar a Bruening y los social-demócratas y comunistas se oponían indefectiblemente a semejante ministerio.

Así, pues, los nazis eran, para Papen, la única esperanza de apoyo de masas y ello sería la clave del trasfondo político de la Cancillería de Papen. Papen y Schleicher creían que Hitler estaría dispuesto a un compromiso con ellos si su partido no lograba hacerse con el poder al no disponer de la mayoría necesaria. La cuestión funda-

mental del período mayo 1932-enero 1933, residía en si podría llegarse a un acuerdo y en qué condiciones. Papen y Schleicher creían que podrían ganarse el apoyo nazi por menos de lo que Hitler pedía y, cuando éste rechazó su oferta, lo ignoraron esperando que la actitud del Partido le obligaría a dar su brazo a torcer. Hitler, por el contrario, estaba decidido a no ceder. A este esquema seguirían nuevas complicaciones por la creciente animosidad entre Papen y Schleicher y el desacuerdo en cuestión de tácticas entre Hitler y Strasser.

Papen compró temporalmente la aquiescencia nazi sobre su gobierno disolviendo el Reichstag, contra el que, en ningún caso se atrevía a enfrentarse, y levantando la prohibición concerniente a las SA. Esto fue descrito certeramente por Thaelmann como una abierta provocación al crimen y, en las próximas semanas, fueron asesinadas varias personas y heridas centenares en algaradas callejeras que alcanzaron su punto culminante en Altona, cerca de Hamburgo, el 17 de julio. En un salvaje encuentro entre nazis y comunistas, murieron diecinueve personas y resultaron heridas 285.

Los tumultos de Altona ofrecieron a Papen una excusa para resolver el punto muerto político de Prusia, donde actuaba una coalición social-demócrata-centrista sin una mayoría en la dieta. Papen, basándose en que el gobierno de Prusia era incapaz de mantener la ley y el orden, lo disolvió por decreto presidencial, nombrándose a sí mismo Comisario del Reich en el Estado.

En tanto, la campaña electoral estaba en su apogeo, con la maquinaria de propaganda nazi en pleno despliegue. De nuevo, los votos recogidos por los nazis aumentaron hasta alcanzar a finales de julio los 230 escaños en el Reichstag.

Indiscutiblemente era el partido más numeroso, aunque no consiguieron una clara mayoría, como siempre les ocurrió en elecciones libres. Las SA, ebrias ante la perspectiva de poder, continuaron con sus violentas actividades y, el 9 de agosto, un minero comunista fue muerto a puntapiés a la vista de su madre en el pueblo silesiano de Potempa.

Hitler, por su parte, se sintió también reconfortado por las elecciones. Cuando se reunió el 5 de agosto con Schleicher para un

arreglo, pidió para sí la Cancillería y para sus lugartenientes otros altos cargos. Convencido de que Schleicher era lo bastante poderoso, salió radiante de la entrevista después de haber sugerido al general que se levantara una placa para conmemorar aquel histórico encuentro.

Sin embargo, Papen también creía su posición más segura. No se le escapaba que, en los círculos industriales, habían decaído las simpatías por el Partido Nazi a resultas de las violentas opiniones socialistas expresadas por Strasser, Peder y otros en la última campaña electoral. Asimismo, Papen juzgaba, y con razón, que la popularidad de masas del nazismo había alcanzado su tope y, a partir de ahí, declinaría. Como la mayoría de los hombres que alcanzan el poder, no tenía prisa por abandonarlo y estaba dispuesto a tratar con Hitler sólo a partir de sus propias condiciones. El 13 de agosto, en una entrevista, Papen y Schleicher le ofrecieron al Führer la vicecancillería. Como respuesta, fueron testigos de una de sus desenfrenadas explosiones de furia desatada que les dejó a ambos horrorizados. El mismo día, Hindenburg mandó buscar al líder nazi y le amonestó severamente por su conducta antes de despedirle. Al mismo tiempo, las demandas de poder absoluto que había hecho fueron comunicadas a la prensa y probablemente valieron al nazismo la pérdida de algunos partidarios.

Ninguno de los bandos había ganado demasiado con estos intercambios. Hitler se había encontrado una vez más con la puerta cerrada ante sus narices y Roehm y sus acólitos se declararon fervientemente por un *putsch*. Pero, el nervio y la determinación de Hitler nunca habían sido tan firmes. Pese a su aparente fracaso, siguió fiel a su «política de legalidad». Era la solución más juiciosa. Papen no era más fuerte de lo que había sido hasta entonces y no le quedaba otra alternativa que disolver el Reichstag y celebrar otras elecciones.

El 6 de noviembre fue la fecha fijada para la que resultaría ser la última elección de importancia de 1932. Esta vez los nazis se enfrentaron a una lucha penosa. La consigna provenía de Papen y el flujo de fondos industriales al Partido Nazi se cortó en seco. Los nazis, para empeorar aún más la situación, se creyeron obligados, unos pocos días antes de la elección, a unirse a los comunistas en el

apoyo de una huelga de transportes en Berlín, por temor de perder los votos de la clase obrera. El Partido ganó solamente 196 escaños, lo que le mantuvo como el grupo único (no coalicionado) más importante del Reichstag. No obstante, era evidente que se habían perdido votos que habían pasado a los comunistas, en la izquierda, y al Partido Nacional, en la derecha. Así, la oposición nazi pareció más débil o, dicho de otro modo, la situación política continuaba idéntica.

Papen encontró, a no dudar, que su situación había mejorado, por lo que intentó imponerse de nuevo. Renovó su oferta a Hitler de la vice-cancillería, que el Führer rechazó. Se había llegado, pues, a un callejón sin salida y Schleicher una vez más se revistió de su por él escogido papel de investidor de reyes. Si se había decidido por Papen había sido en la creencia de que serviría de instrumento maleable para construir una coalición del ala derecha, en la que estarían incluidos los nazis. El Canciller parecía reacio a obrar así, por lo que Schleicher le presionó para que dimitiera y concediera al presidente la oportunidad de consultar a todos los líderes de los partidos y resolver el punto muerto. Papen se indignó, pero consintió en marcharse, seguro de que las conversaciones fracasarían y que sería repuesto con un poder aún mayor. Hindenburg, aunque no deseaba perder a Papen, aceptó su dimisión y su consejo de ir en busca de Hitler.

El 18 de noviembre dieron comienzo las conversaciones entre el Presidente y el Führer. Hindenburg ofreció a Hitler la Cancillería, si se prestaba a construir una mayoría parlamentaria. Evidentemente, ningún sentido tenía sustituir a Papen si el gobierno debía continuar funcionando mediante decretos. Hitler pidió los poderes que Papen había ostentado, prosiguiéndose a continuación una larga correspondencia entre Orto Meissner y él, que no llevó a ningún resultado. Entretanto, las discusiones entre Hindenburg y los otros líderes de partidos nada resolvieron, pero la fecunda mentalidad de Schleicher engendró nuevas variantes de su tesis de una alianza con los nazis.

Esta vez, abordó a Gregor Strasser, sugiriéndole que los nazis podrían entrar en una coalición en la que, él mismo, Schleicher, sería Canciller. Los líderes del Partido discutieron la propuesta en una conferencia en Weimar, el uno de diciembre. Strasser y otros

estaban prestos a aceptar la oferta del general, pero Hitler no se avino a que se le tuviera al margen. Como Goebbels escribió en su diario: «Cualquiera puede comprender que el "sistema" está agonizando y que sería un crimen formar una alianza con él en los momentos actuales».

Aquella misma tarde, se reunieron, asimismo, por su parte, Papen, Schleicher e Hindenburg. Papen propuso que se le reinvistiera; acto seguido prepararía una reforma constitucional, gobernando entretanto por decreto y reprimiente la oposición con la fuerza. Schleicher objetó que aquello iba contra la Constitución, que provocaría una guerra civil y que era innecesario, dado que él, caso de ser nombrado Canciller, podría obtener una mayoría en el Reichstag. Hindenburg, indignado por la sugerencia de Schleicher, encomendó a Papen la formación de un nuevo gobierno, pero en una reunión ministerial celebrada la tarde siguiente, Schleicher utilizó su irrefutable argumento: «El ejército no tenía ya confianza en Papen y no se podía correr el riesgo de una guerra civil». Papen informó al Presidente de esto, e Hindenburg, a su pesar, le pidió su dimisión. Aquella misma tarde, Schleicher salía de su oscuridad para convertirse en Canciller de Alemania.

La Cancillería del general von Schleicher constituye la serie final de acontecimientos que llevarían al nombramiento de Hitler. Su conducta le dejó solo. Nadie le debía lealtad y Papen e Hindenburg le odiaban. Ahora, debería llevar a término su compromiso de que podría formar una mayoría en el Reichstag, pues Hindenburg no estaba dispuesto a hacer uso de sus poderes de emergencia para ayudar a nadie a continuar en el cargo, a no ser Papen. La personalidad de Schleicher estaba irremediablemente marcada; sin embargo, poseía una inteligencia considerable. Desaprobaba radicalmente las intenciones de Papen de gobernar por la fuerza, ya que ello no subsanaría los defectos existentes. No se le escapaba la fuerza popular que animaba al movimiento nazi e intentó aplicar ésta al Estado. Por contra, no supo apreciar cuál era la naturaleza de su *Weltanschauung*

El nuevo Canciller comenzó por ofrecer a Gregor Strasser la vicecancillería, con la esperanza de que atraería consigo algunos de los diputados nazis. Strasser había mantenido durante todo el año una

postura de compromiso, por lo que hizo revivir todos sus argumentos contra las tácticas, aparentemente derrotistas, de Hitler.

Strasser, como jefe que era de la organización del Partido, estaba preocupado por el reciente declinar del apoyo del pueblo y no ignoraba que los elementos radicales estaban filtrándose al campo comunista. De ahí resultaría un amargo conflicto entre el Führer y él, que finalizó en la dimisión de Strasser de todos sus cargos en el Partido, llevando acto seguido a su familia de vacaciones a Italia. No está claro si Strasser hubiera podido sustituir a Hitler en el liderazgo. Ciertamente, el movimiento tenía acuciantes problemas económicos y se encontraba en una tónica desmoralizada y derrotista. El prestigio de Hitler, sin embargo, era enorme y, por medio de una serie de *meetings* por toda Alemania, con los funcionarios del Partido, unificó a sus adictos.

Schleicher, entre tanto, estaba atravesando grandes dificultades. Seguía una política sensata, que intentaba hacerse con la situación económica, pero terminó por caer entre la espada y la pared. Su acercamiento conciliatorio al mundo del trabajo no llegó a superar la desconfianza que los social-demócratas y los sindicatos sentían hacia él. Reconciliar el Centro hubiera sido imposible a causa del trato que había dado a Bruening, a pesar de que sus pretendidos objetivos eran semejantes a los del mismo Bruening. Los industriales estaban disconformes con su trato para con los trabajadores. Los granjeros se oponían a que redujera la protección a la agricultura y los junkers volvieron a servirse de la expresión «bolchevismo agrario» y a rechazar sus planes para subvencionar la colonización agrícola en las tierras del este.

Este callejón sin salida terminaría por ser definitivamente resuelto por Franz von Papen, y sólo por él. El 4 de enero de 1933, Hitler y él —dos hombres motivados exclusivamente por el deseo de poder— se reunieron para llegar a un acuerdo en casa del banquero de Colonia, Kurt von Schroeder. Las circunstancias les permitieron racionalizar su mutua aversión y concentrarse en el odio que compartían por Schleicher. En principio, ambos estaban acordes en formar una coalición nazi-nacionalista y Hitler parecía dispuesto a llegar a un compromiso. Pese a un primer reportaje de su entrevista, que causó cierta desazón, los contactos continuaron y, lo que es

significativo, la industria reanudó una vez más las subvenciones al nazismo.

La mayor parte de la intriga necesaria para acabar con Schleicher partiría de la iniciativa de Papen. Éste se hallaba en una situación estratégica. Mantenía excelentes relaciones con Hindenburg, con el que se reunía regularmente, como amigo Los nazis concentraron sus esfuerzos en las elecciones de la pequeña provincia de Lippe y el sensible incremento alcanzado en la votación popular a su favor, probablemente impresionaría a Hindenburg y Papen.

Para el 21 de enero comenzaron decisivas negociaciones a favor de una alianza nazi-nacionalista en casa de Ribbentrop, en Dahlem, actuando Goering como principal portavoz nazi, siempre aceptado en los círculos financieros. Durante la semana siguiente, Hitler obtuvo un importante avance al ganarse la adhesión de Oskar von Hindenburg. Probablemente se consiguió ésta mediante coacción y quizás Hitler amenazara a Oskar con revelar su participación en la evasión de impuestos de la propiedad presidencial de Neudeck.

Durante las negociaciones, Papen expresó sus deseos de servir con Hitler en un gabinete basado en una mayoría del Reichstag. Pero, para llegar a esto, no ignoraba que debería antes superar la aversión de Hindenburg a Hitler, por lo que, privadamente, jugó con el plan alternativo de ser Canciller con ayuda de Hugenberg, en un gabinete presidencial, y gobernar por decreto. Hitler, por su parte, expresó su disposición a formar coalición, pero continuaba decidido a ser Canciller. Quedaron sin discutir multitud de aspectos referentes a puestos ministeriales, aunque, al parecer, se acordó que algunos, por ejemplo, el Ministerio de Defensa, quedarían reservados al nombramiento presidencial.

Del 23 al 28 de enero, Schleicher pidió al Presidente poderes de emergencia, que Hindenburg rehusó, utilizando exactamente los mismos argumentos que Schleicher había empleado para montar la dimisión de Papen. Para el 28 de enero, las negociaciones de Dahlem estaban lo suficientemente maduras para los propósitos de Papen. Hindenburg rechazó una vez más las instancias de Schleicher de poderes de emergencia, no dejándole otra opción que la de dimitir. Por tercera vez, se encomendaba a Papen la formación de

un gobierno.

La jornada del sábado 29 de enero, los líderes nazis esperaban escuchar que se había llegado a un acuerdo de coalición plena entre Papen, Hitler y Hugenberg. Y esperaban, porque Papen continuaba con sus planes de investirse nuevo Canciller presidencial. Pero, a quien oyeron fue al general von Schleicher, ofreciendo su última propuesta. Su emisario era el general von Hammerstein, comandante en jefe de la *Reichswehr,* quien trajo la noticia de que Papen podría engañar a los nazis con un doble juego y sugirió una coalición Hitler-Schleicher, basada en la adhesión del ejército a los nazis. La réplica de Hitler fue negativa. Al rumor de que Schleicher preparaba un *pustch* militar, su alarma creció aún más. Las SA berlinesas y batallones de policía con oficiales nazis fueron alertados para prevenir cualquier eventualidad, aunque parece difícil que Schleicher hubiera intentado este paso.

En principio, los temores de Hitler estaban justificados. Las cosas se habían puesto de tal manera que todo giraba ahora alrededor de la actitud del ejército. Pero ello no estaba ya determinado por Schleicher. La actitud del ejército dependía de Hindenburg y del general von Blomberg.

El viejo mariscal de campo personificaba la tradición militar y podría fácilmente suprimir un golpe militar. De momento, estaba acorde con la formación de un Ministerio Hitler y había nombrado al general von Blomberg para servir en el mismo como Ministro de Defensa. Blomberg, de ordinario asesor en la delegación alemana de la Conferencia de Desarme, había sido llamado de Ginebra sin conocimiento de Hammerstein ni Schleicher. Si a su vuelta aceptaba el Ministerio de la Defensa, Hitler prácticamente podía estar seguro del apoyo del ejército.

En la madrugada del 30 de enero, Blomberg llegó a la estación de Berlín para encontrar allí al ayudante de Hammerstein ordenándole presentarse al comandante en jefe y a Oskar von Hindenburg ordenándole presentarse al Presidente. Fue esta última orden la que Blomberg obedeció. Estaba dispuesto a aceptar un cargo con Hitler. Poco antes del mediodía, Hitler fue convocado al palacio presidencial. Cuando salió, era Canciller de Alemania.

VI. La revolución nazi

El nazismo era un movimiento revolucionario y su propósito consistía en destruir el orden existente. Qué reemplazaría este orden, era ya menos claro. Strasser y Peder propugnaban un Estado socialista; Roehm pretendía crear un inmenso ejército basado en las SA y bajo su mando. Hitler tenía por empeño obtener el poder y, como su voluntad prevaleció, la revolución nazi fue, simplemente, una lucha por el poder.

Hitler, no satisfecho con la Cancillería, pretendía un poder arbitrario y absoluto. Sólo en términos generales sabía, o le preocupaba, cómo podría utilizar éste y hacerse con él constituía un fin por sí solo. Durante la campaña electoral de febrero de 1933 se apercibió de qué carecía de programa, por lo que los argumentos utilizados a su favor hubieron de basarse en que el sistema existente había fracasado y debía ser reemplazado.

Tampoco tenía el Führer un plan lo bastante estructurado para obtener un poder sin control. Había llegado a Canciller, tanto por las faltas de otros como por su propia estrategia y continuaría observando una política oportunista. Estaba en la adecuada posición para poder destronar el Estado desde dentro, conclusión lógica de su «política de legalidad». Pero su fuerza residía en su inquebrantable convicción de que triunfaría y su absoluta certeza de lo que quería. Los había que esperaban llevar a cabo reformas constitucionales o una estabilidad económica, destruir la unidad sindical, preservar las escuelas católicas o establecer la dictadura del proletariado. Reconocían que el poder era necesario para alcanzar sus objetivos, pero sus deseos o su voluntad de aferrado era una tenue sombra al lado de la voluntad de un hombre que buscaba el poder para su propia satisfacción.

El nombramiento de Hitler había sido condicionado a que ganara una mayoría en el Reichstag y, sólo tres de los once puestos ministeriales, eran ostentados por nazis. Papen, por ello, había presumido reducir las ínfulas del Partido y utilizarlo. Conseguir mayoría,

suponía arrastrar el Centro a la coalición nazi-nacionalista. Monseñor Kaas, líder del Centro, presentó una lista de cuestiones que servirían de base para las conversaciones, pero Hitler las calificó de demandas no negociables y persuadió a sus colegas de que, ante la imposibilidad de acuerdo, se hacían necesarias unas elecciones. Hugenberg advirtió el peligro que suponía permitir a los nazis participar en las elecciones investidos del poder del Estado, como sucedería al permanecer Hitler Canciller *pro tempore* al término de la legislatura. No obstante, como Hugenberg pusiera objeciones a una coalición con el Centro, sugiriendo la alternativa de un régimen autoritario, Hitler pudo sin gran inconveniente hacerle caso omiso con la excusa de que había prometido a Hindenburg intentar para su gobierno un mandato parlamentario.

Los nazis entraron en la campaña electoral seguros de su éxito. La industria entró en juego y las arcas recibieron las contribuciones de Krupp, Aceros Unidos, I. G. Farben y otros. Goering, entonces Ministro del Interior en Prusia, purgó la policía del Estado y nombró para puestos vitales a líderes SA activistas. Se reclutó una fuerza auxiliar de 50.000 hombres, en gran parte entre las SA y las SS, quienes llevaban simplemente brazales blancos en sus uniformes del Partido y ofrecieron una máscara de legalidad cuando se trató de ayudar a sus camaradas a aterrorizar a los judíos y a los oponentes políticos del nazismo. Incluso las cifras oficiales admitieron que 51 personas habían resultado muertas en la campaña. Los nazis monopolizaron las redes de emisoras controladas por el gobierno, mientras que sus líderes oradores, por su parte, acribillaban con desabridos discursos al país. La policía, con ánimo de desorganizar la oposición, hizo una redada en la Casa Karl Liebkrecht de Berlín y un comunicado oficial describió el descubrimiento de planes de una revolución comunista. No se aportaron pruebas concretas ni se necesitó ninguna después de que, en la noche del 27 de febrero, el edificio del Reichstag desapareció pasto de las llamas. Un joven comunista holandés, van der Lubbe, fue acusado del incendio, declarado culpable y ejecutado. El intento de implicar a los líderes comunistas resultó fallido y hubo que ponerlos en libertad.

Muchos supusieron que los nazis habían quemado en secreto el Reichstag para poder contar con una base suficiente para suprimir el

KPD. No obstante, investigaciones recientes dan como probable que el holandés fuera culpable, como siempre confesó.

Sea cual fuera la verdad, Hitler aprovechó la oportunidad para persuadir a Hindenburg de que el 28 de febrero firmara un decreto suspendiendo las garantías de libertad individual, permitiendo al gobierno del Reich asumir en caso necesario plenos poderes en los Estados y aumentando la pena por delitos como traición, sabotaje e, irónicamente, violación grave de la paz.

En tanto, se permitió al KPD continuar en funciones, para poder escindir así la votación del ala izquierda entre este partido y los social-demócratas.

A pesar de los medios a su alcance, en marzo, el Partido Nazi ganó sólo el 43'9 % de los votos. Una mayoría de alemanes había votado en contra, pero en las votaciones a favor superaron las de cualquier otro partido y, como la coalición nazi-nacionalista alcanzaba una mayoría en el Reichstag, es justo afirmar que el pueblo alemán había expresado su aquiescencia a la destrucción del gobierno democrático.

Hitler era ya capaz de llevar a cabo la revolución por vía legal. La base constitucional del régimen nazi la dio una única ley, la «Ley para la supresión de la miseria del pueblo y el Reich», ordinariamente denominada Ley de Poderes. Ésta concedía al gobierno capacidad legislativa para cuatro años sin necesidad del consenso del Reichstag e, incluso, con alcance a desviaciones de la Constitución y tratados internacionales. Estas leyes serían decretadas por el Canciller y entrarían en vigor al día siguiente de su publicación. La Ley de Poderes, por suponer una enmienda a la Constitución, necesitó el acuerdo de dos tercios del Reichstag, pero esto fue fácilmente conseguido. Muchos diputados comunistas fueron arrestados basándose en la Ley del 28 de febrero; los nacionalistas quedaron confortados con una cláusula de la ley que dejaba los poderes presidenciales incólumes y los centristas fueron conformados con pródigas promesas de Hitler y una declaración escrita por Hindenburg, de que el Canciller no haría uso de sus nuevos poderes sin antes consultarlo. Muchos conservadores y oficiales de la *Reichswehr* quedaron deslumbrados por la espléndida ceremonia

celebrada en la iglesia de la guarnición de Potsdam, el 21 de marzo de 1933, en la que Hitler habló fervientemente de su lealtad a la tradición alemana.

Dos días más tarde, se reunía el Reichstag en el Palacio de la Opera de Kroll para confirmar la Ley de Poderes. Los social-demócratas fueron los únicos que votaron en contra ante la evidente furia de Hitler; un acto éste de considerable valor, con las SA fuera del edificio cantando: «Queremos la aprobación o sangre y fuego». Los Cancilleres anteriores habían dependido de que el Presidente quisiera o no firmar decretos de emergencia, pero Hitler ahora detentaba el poder directamente, con derecho a suspender la Constitución.

Con esta nueva arma, los nazis desencadenaron la política de «coordinación» *(Gleichschaltung),* gracias a la cual las instituciones vitales pasarían al control del Partido.

Ya para el 9 de marzo, los nazis habían tomado el poder por la fuerza en Baviera, donde la *Reichswehr* permaneció neutral por orden de Berlín. Goering controlaba Prusia desde hacía algún tiempo y, con la base de la Ley del 28 de febrero, fueron nombrados comisarios de policía nazis en Badén, Sajonia y Württemberg. En abril se nombraron gobernadores del Reich, *Reichsstatthaelters,* en los diversos Estados con poder para nombrar y separar gobernadores y funcionarios, disolver las Dietas y publicar leyes. Hitler reemplazó a Papen en sus funciones de *Reichsstatthaelter* de Prusia. En enero de 1934 fueron abolidas las Dietas en todos los Estados y los poderes soberanos de los Estados fueron transferidos al Reich. Los Estados conservarían una existencia formal, pero el sistema dual, que se remontaba a 1871, había sido barrido.

Los partidos políticos rivales fueron rápidamente suprimidos. La policía estatal prusiana de Goering, la Gestapo, entró en acción, y se inauguraron campos de concentración en Dachau y en otros lugares para recibir a los indeseables políticos. Los Demócratas y el Partido del Pueblo, que habían perdido la mayor parte de sus adictos a favor del nazismo, se disolvieron por propia iniciativa. Los Social-Demócratas, Centristas y el KPD se encontraron con sus edificios, periódicos y fondos confiscados y sus líderes arrestados.

Incluso las oficinas del Partido Nacionalista fueron ocupadas y Hugenberg, previendo el temporal, disolvió su partido. El 14 de julio, una nueva ley declaró al Partido Nazi el único partido legal de Alemania y tipificó sanciones por intentar organizar otro. Papen, Hugenberg y los otros que auparon a Hitler al poder habían mantenido sus intrigas en un contexto convencional. No estaban preparados, ni mucho menos, para un movimiento que, armado con una ley única, aplicaba los métodos del gangsterismo a la vida política.

Mientras el Führer proseguía con su revolución política, los miembros «rasos» perseguían sus objetivos personales. La violencia fue empleada flagrantemente por las SA, que establecieron celdas de castigo («carboneras») en los sótanos y almacenes de las grandes ciudades, en las que se maltrataba a la gente o se les exigía una suma a cambio de su libertad por cualquier causa perversa, desde la gula al sadismo. Simultáneamente, surgió una desenfrenada competencia por empleos y cargos de alcalde, altos funcionarios, directores de sociedades, etc. Muchos de los que saltaron al foso de la orquesta en el último momento eran oportunistas, los *Maerzgefaliene,* que se afiliaron al Partido sólo a la hora del triunfo.

El ala radical renovó sus ataques al capitalismo. Otro Wagener, jefe del Departamento Económico, pretendía controlar las asociaciones de patronos; Adrián von Renteln, líder de la Liga Combatiente de los Comerciantes de la Clase Media, intentó debilitar el poder de los grandes almacenes; Walther Darré, en aquel momento Ministro de Agricultura, pidió se redujeran las deudas agrarias de las tasas de interés y Peder abogó por que se cumplimentaran los puntos socialistas del programa del Partido. Roehm y sus acólitos se vieron implicados en una disputa con el ejército, que veía su predominio amenazado por las bandas callejeras venidas al poder.

Parecía posible que esta ola revolucionaria no se aplacaría hasta que todas y cada una de las instituciones hubieran sido remodeladas. Sin embargo, ello amenazaba la revolución del poder de Hitler, el cual estaba decidido a no dejar traspasar ciertos límites. No tenía Hitler simpatía por el socialismo y no era economista, pero sabía lo bastante para no echar a pique los fundamentos económicos del Estado y el 6 de julio, sin demasiadas delicadezas, comunicaría: «...

no debemos separar a un buen hombre de negocios... sobre todo si el nacional-socialista que va a reemplazarle nada sabe de negocios». Menos aún podía arriesgarse a ofender al ejército. Su habilidad profesional sería imprescindible para el rearme y, probablemente, la guerra. Más importante era todavía el hecho de que éste mantenía su promesa de lealtad al Presidente y, en aquel significativo aspecto, el poder de Hitler no era todavía absoluto. Hindenburg estaba agonizando y, cuando muriera, Hitler intentaría absorber su poder y, con él, el vasallaje del ejército. Para hacerlo, no tenía otra solución que apoyar a los generales contra las SA. El problema se haría más urgente después de abril del 1934, cuando Hitler y Blomberg fueron informados confidencialmente de que al Presidente le quedaba poco tiempo de vida. Muchos oficiales estaban por una restauración de la monarquía, Hindenburg incluido. Era indudable que llevarían ésta a cabo a no ser que Hitler diera satisfacción a sus requerimientos.

La economía fue puesta bajo una dirección de confianza y ortodoxia: el Dr. Schacht, ardiente simpatizante nazi, que era ya presidente del Reichsbank, El director de la mayor compañía de seguros alemana, el Dr. Schmitt, pasó a ser Ministro de Economía y Comercio. Krupp, von Bohlen y Thyssen, mantenían el control de las asociaciones patronales; la Liga Combatiente fue disuelta, y nunca más volvió a hablarse de los proyectos de Darré. Se suprimieron en el Partido las conversaciones sobre desarrollo económico corporativo.

Más tiempo llevaría entendérselas con las SA. Roehm describió el impulso popular en pro del cambio como la «Segunda Revolución» y él representaba a todos los elementos descontentos de que ésta se componía. Las SA eran los *Alte Kämpfer,* los viejos luchadores, que no habían conseguido sus esperadas recompensas. Roehm simpatizaba con los radicales, criticaba la supresión de los sindicatos de 1933 y desaprobaba la ambición tiránica de Hitler. Antes que nada, estaba decidido a que la fuerza paramilitar que había creado se convirtiera en el núcleo de un ejército expansivo que él mandaría.

Posiblemente, Hitler no decidiera cómo resolver el problema hasta el último momento. Durante varios meses intentaría reconciliar ambos bandos. Poco después de llegar a Canciller, confirmó a los generales su intención de reforzar su posición y, el 20 de julio, fue

anulada la supremacía de la jurisdicción civil sobre la militar. Durante la segunda mitad de 1933, Hitler intentaría tranquilizar al ejército con varios recursos. Por otra parte, Roehm entró a formar parte del gabinete, como jefe de personal de las SA que era y, en febrero de 1934, se concederían pensiones del Estado a los miembros del Partido lesionados en la «lucha nacional». Pero, cuando Roehm predicó la fusión de todas las fuerzas armadas, con él como ministro responsable del Estado, Hitler rehusó apoyarle contra la implacable oposición de los generales.

Hitler seguramente no ignoraba qué lado debería apoyar si se hiciera inevitable elegir, a medida que las relaciones entre los líderes SA y el alto mando empeoraran. El ejército era esencial para aumentar su poder; las SA tan sólo podrían socavarlo. A primeros de 1934, los líderes militares acordaron que Hitler sucediera a Hindenburg a cambio de la promesa del monopolio de la fuerza armada. No está claro si este pacto fue concluido en febrero en el Ministerio de la Guerra o negociado en el *Deutschland* durante unas maniobras; es obvio, sin embargo, que el pacto se cerró.

Nunca se sabrá con certeza lo que sucedió en los consejos de las SA, de los líderes nazis y de los generales, en los meses de abril, mayo y junio de 1934. Está fuera de dudas que las pruebas documentales fueron destruidas y que, indiscutiblemente, muchos de los protagonistas lo fueron también. La versión oficial dada por Hitler el 13 de julio, contaba que Roehm había hablado con Schleicher y que ambos acordaron llevar a cabo un *putsch* que haría Vice-Canciller a Schleicher y obligaría a Hitler a consumar la «Segunda Revolución». Se pretendió que Gregor Strasser y el general von Bredow estaban implicados y que se hicieron gestiones cerca del embajador francés en busca de ayuda. El *putsch* era inminente para el 30 de junio y sólo podría ser atajado con las drásticas medidas que se tomaron en aquel día. Es muy probable que esto fuera una apología de exageraciones, medias verdades y mentiras.

Para principios de junio, Hitler posiblemente continuaría con su política conciliadora o intentaría arrullar a Roehm en el sentido de una falsa seguridad. Mantuvo una larga conversación con Roehm, de la que se sabe poco, acordando acudir a una conferencia de líderes SA para discutir el futuro del movimiento que tendría lugar

en Wiessee, cerca de Munich, el 30 de junio. Se ordenó a las SA tomarse un permiso durante todo el mes de julio y el mismo Roehm partió en permiso por enfermedad el 7 de junio. Hasta mediados de mes, Goebbels celebró entrevistas furtivas con Roehm, de las que, al parecer, informó a Hitler, mientras éste haría seguramente un último esfuerzo por atraer de nuevo a Strasser a la vida política.

Entre tanto, los enemigos declarados de Roehm eran, indiscutiblemente, más decisivos. Goering, para entonces general de la *Reichswehr* para su gran deleite, hacía bando con el ejército con la esperanza de convertirse en su supremo jefe, considerando por ello a Roehm como rival, mientras Himmler, resentido por la subordinación de las SS a las SA, y ambicioso por crear un imperio policial, estaba asimismo dispuesto a ir contra Roehm. En abril, Goering nombró inesperadamente a Himmler jefe de los efectivos de la Gestapo. El general von Reichenau, un gran simpatizante nazi y fuerza de choque dentro del Ministerio de la Guerra, se reunió varias veces con Himmler y no es arriesgado imaginar que planearan un golpe de gracia a la «Segunda Revolución».

Si Hitler dudaba todavía sobre si conceder a Himmler y Goering carta blanca, posiblemente los acontecimientos del 17-21 de junio le ayudaron a decidirse. Inesperadamente, Papen dio señales de vida pronunciando un discurso el 17 de junio en la Universidad de Marburg, que era una abierta crítica de la «Segunda Revolución» y del abuso de la propaganda nazi. El discurso fue redactado por Edgar Jung y Herbert von Bose, que trabajaban en la Vice-cancillería y Erich Klausener, que representaba al cristianismo y al elemento honrado del conservadurismo alemán. Aunque Goebbels destruyó apresuradamente las copias impresas del discurso, éste circuló ampliamente y Papen fue aclamado en su siguiente aparición en público. Las relaciones de Hitler con las derechas alemanas tradicionales se encontraban en una encrucijada y, el 21 de junio, cuando visitó a Hindenburg en Neudeck, Blomberg le informó que, a menos que fuera aflojada la actual tensión, el Presidente declararía la ley marcial y entregaría el poder al ejército. El futuro del régimen nazi estaba en entredicho.

Entre tanto, circularon rumores de un *putsch* SA, sin que hubiera pruebas. Sepp Dietrich, jefe del cuerpo de guardia SS de Hitler,

preparó una lista de personas a las que las SA intentaban fusilar. Que esto es cierto, parece evidente por el hecho de que los generales Fritsch y Beck, a quienes enseñó la lista, estaban encabezándola. Circunstanciales pruebas sugieren que los líderes SA distaban de intentar un *putsch* para el 30 de junio, la fecha presunta. Karl Ernst, el líder berlinés, inició aquel día su luna de miel y Roehm se encontraba en Baviera de vacaciones con su «círculo de jóvenes», en espera de la llegada del Führer a Wiessee.

Había ciertamente malestar en las SA, pero estaba ocasionado, en parte, por temor a que el ejército se lanzara contra ellos. Semejante sospecha no carecía de fundamento. En la última semana de junio se cancelaron todos los permisos del ejército, Roehm fue expulsado de la liga de oficiales y apareció un artículo, firmado por Blomberg, en la *Volkischer Beobachter,* presentando clara la oposición del ejército.

Es casi seguro que las SS maquinaron lanzar al ejército y las SA las unas contra el otro, en tanto que hacían sus preparativos para eliminar a sus enemigos. Hitler sabía seguramente lo que se preparaba, pero es ya cuestión de opinión saber si animó a Goering y a Himmler a la acción del 30 de junio o fueron éstos quienes le persuadieron. Varios generales sabían también lo que se fraguaba pero, con su equívoco código del honor, se limitaron a facilitar armas, transporte y barracones para los escuadrones asesinos de las SS. Para el 29 de junio, el período de gestación o indecisión de Hitler, fuera lo que fuese, terminó. Voló de las tierras del Rhin a Munich, donde llegó a las cuatro de la tarde. Una columna de coches se dirigió a Wiessee. Roehm y sus lugartenientes fueron arrancados de la cama y conducidos a la prisión de Stadelheim, donde los hombres de Dietrich sirvieron de pelotones de fusilamiento.

En Berlín, Goering y Himmler habían entrado en acción el 29 de junio y, durante la semana, continuarían las ejecuciones. Karl Ernst fue atrapado cerca de Bremen y otros líderes SA fueron ejecutados en la academia militar de Lichterfelde, donde estaba acuartelada la policía personal de Goering. Schleicher fue acribillado en su propia casa y Bredow en el umbral de la suya. Strasser fue ejecutado en la prisión y Bose, Junk y Klausener fueron fusilados, en sustitución de Papen, cuya amistad con Hindenburg le salvó incluso de Goering.

Aquella semana fueron liquidados una buena parte de los primeros componentes. Gustav von Kahr de 73 años y en retiro, fue encontrado en una zanja, hecho pedazos. El padre Bernhard Stempfle fue muerto «cuando intentaba escapar». Como única posibilidad imaginable, su crimen consistiría en saber demasiado acerca de la enigmática cuestión de los amores de Hitler con su sobrina, Geli Raubal, en los años veinte. En Munich, Willi Schmid, un crítico musical, fue asesinado, confundido con un miembro de las SA. Su viuda, a resultas de esto, recibió una pensión del Estado, con el consejo de Rudolf Hess, el lugarteniente del Führer, de llorar a su marido como a un mártir de una gran causa.

El 3 de julio, una declaración en el *Voelkischer Beobachter* redactada por Reichenau, dio, en esencia, la misma explicación de lo sucedido, que daría Hitler diez días más tarde. De este modo, el ejército falseaba la justificación de lo que había sucedido, incluyendo el asesinato de dos de sus miembros. Se ha argüido que los generales pagaron sus graves faltas en 1934, pero el cuerpo de oficiales sobrevivió, como no lo hubiera hecho si Roehm hubiera llegado al poder. Las SS, fuera cuales fuesen las aspiraciones de Himmler, nunca consiguieron lo que Roehm había intentado y no llegaron a infiltrarse en el Alto Mando. Se permitió un establecimiento militar SS, pero éste continuaría reducido y disperso hasta 1942. Sólo después, en la derrota, se encontró el Alto Mando coartado ante una expansión de las SS *Wajjen* y entonces era ya demasiado tarde para que las SS se convirtieran en un rival de consideración, que sólo ocurrió en cuestiones internas de administración y disciplina, mientras que los generales del ejército, por su parte, continuaron manteniendo el control de las divisiones SS en el campo de batalla. El error del ejército había consistido en aceptar a Hitler en primer lugar y sus humillaciones posteriores no obedecieron a la purga sangrienta de 1934, sino a acontecimientos que, por entonces, eran imprevisibles.

Himmler salió más poderoso de la purga Roehm. Era un paso importante en la obtención del control de los órganos de policía en Alemania por parte de las SS. Viktor Lutze, sucesor nominal de Roehm, se acomodó gustosamente a un papel subordinado y las SS comenzaron a establecerse como un Estado dentro del Estado.

El Führer había alcanzado el poder absoluto. El 3 de julio decretó que las medidas adoptadas para suprimir el *putsch* pasaban a ser ley para la defensa del Estado en caso de emergencia. De ahí en adelante, cualquier delito cometido por los nazis sería, *ipso facto,* legal. Nueve días más tarde, los funcionarios legales del Reich fueron informados de que, a partir de aquel momento, su ley sería la voluntad del Führer.

El 2 de agosto murió Hindenburg y el ejército cumplió su palabra. Hitler pasó a ser Presidente y todos los grados juraron: «Juro por Dios este santo juramento: otorgaré mi incondicional obediencia al Führer del Reich del pueblo alemán, Adolf Hitler, Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, y estaré dispuesto como un bravo soldado a entregar mi vida en cualquier momento por este juramento». Hitler había ya roto su promesa permitiendo la formación de una división armada SS, obediente a Himmler.

El 19 de agosto, el pueblo alemán fue invitado a aprobar mediante plebiscito la subida al poder de Hitler como Führer y Canciller del Reich. De los 45 millones y medio de votantes, el 95'7 % fueron a las urnas. 38 millones, o sea, el 89*9 % de los votos recogidos, dijeron «sí». Cuatro millones y medio dijeron «no» y 870.000 papeletas fueron invalidadas. Aunque no hay que olvidar estos cuatro millones y medio, la mayoría fue impresionante. La revolución nazi había recibido la confirmación popular.

VII. La Alemania nazi

La República de Weimar tenía sus defectos, pero estaba fundamentada en una constitución racional y un modelo administrativo coherente. Apenas merece descripción el gobierno del III Reich. Con interferencias entre autoridades, se duplica ron funciones, estando todo el sistema viciado por las interminables intrigas e insaciables ambiciones de los líderes nazis

Presidiendo por encima de la confusión, sustentado por el terror, estaba Hitler. Físicamente era inexpresivo, con su tupé montándole sobre la frente y su bigote a lo Charlie Chaplin. «Sigo», decía, «el camino que dicta la providencia con la confianza ciega de un sonámbulo». No cabría sintetizar mejor su enfoque intuitivo de la política, pero fue maestro en saber servirse de los acontecimientos, siendo verdaderamente notable su sentido de la oportunidad. Falto de todo escrúpulo, no confió en nadie, rechazando toda opinión experta que chocara con la suya propia, seguro de que la voluntad insuperable allanaría todos los obstáculos a su paso.

Actor talentudo, dominaba las relaciones personales y el arte de la entrevista. Era capaz de representar multitud de papeles, posando como alguien indignamente vejado o justificándose a sí mismo en una explosión de decorosa indignación. Aún ganado en apariencia por una rabia ciega, en un instante podía sosegarse y continuar la conversación en tono normal. En ocasiones, dio prueba de un gran encanto personal y muchos testigos no han olvidado la magnífica cualidad de su personalidad, que se servía, al parecer, de un poder casi hipnótico.

Poseía una memoria notable, aunque con fallos, capaz de recordar los detalles, que utilizó para impresionar a sus generales cuando vertía torrentes de estadísticas en las conferencias militares. Aunque muchas de éstas demostraran más tarde ser inexactas, la primera impresión de concentración mental, que era lo que Hitler pretendía, no faltaba.

Fue uno de los oradores más eficaces de todos los tiempos. Su voz

era áspera, frecuentemente se repetía y divagaba, pero su entrega arrastraba tal impacto emocional, que las audiencias alemanas se le abrían e, incluso, escépticos periodistas extranjeros quedaban impresionados.

El Führer apenas tenía vida personal y Eva Braun, su amante desde 1932, era casi ignorada en la misma Alemania y, ni ella ni ninguna otra mujer fue la Pompadour del III Reich. No fumaba ni bebía y se hizo vegetariano. Sin embargo, no hacía ejercicio y tenía pasión por los buñuelos de crema y los caramelos. Como hipocondríaco que era, sufría indigestiones e insomnios, por lo que sus circundantes se veían regularmente obligados a sentarse a escuchar las reminiscencias del Führer de sus años de lucha, hasta altas horas de la madrugada, o sus conferencias sobre el primer tema que se le antojara.

Dos de sus características predominantes eran su capacidad para un odio intenso y duradero y su vanidad. Los palaciegos de su corte halagaban su observación más trivial y, únicamente Roehm y Gregor Strasser, rehusaron acceder a tales exigencias. Hacia el final, llegó a convencerse de su propia infalibilidad y se convirtió en un megalómano y, en este sentido, era realmente loco. Ningún otro ejemplo mejor para ilustrar la verdad del dicho de Acton, de que el poder absoluto tiende a corromper absolutamente.

Los decretos que Hitler promulgó fueron, hasta el último momento, «legales». La Constitución de 1919 no fue nunca formalmente abrogada y los nuevos decretos estaban basados en la ley para la protección del pueblo y el Estado, del 28 de febrero de 1933, y la Ley de Poderes que fue promulgada cuatro años por un Reichstag especialmente convocado al efecto. Hitler promulgó sus decretos a través de cuatro cancillerías o departamentos administrativos: los de Presidente, Canciller, Partido y Führer. Los dos últimos, dirigidos por Martin Bormann y Hans Lammers, fueron los más importantes.

Las discusiones de gabinete de cierta seriedad finalizaron en 1933 y, después de febrero de 1938, el gabinete no se reuniría nunca. No obstante, los miembros individuales poseían ya autoridad para dictar decretos que, con la sanción de Hitler, adquirían fuerza de ley. Muchas competencias del gabinete fueron delegadas a oficinas

especiales. Así, Schacht pasó a plenipotenciario de Economía de Guerra, y Goering, a Delegado para el Plan Cuatrienal. Unos cuarenta y dos organismos ejecutivos estancos más funcionaban bajo la autoridad del Führer.

Las cuestiones rutinarias de gobierno se le hacían intolerables a Hitler, cuyo temperamento no soportaba largas y regulares horas de trabajo, por lo que sus lugartenientes quedaban libres de construir sus propios imperios, mientras no se enfrentaran a la voluntad de su Führer. Es más, incluso éste les animaba a ello, como había hecho en los años veinte, como I medio para impedir complots en contra suya. Así, hasta 1938, Neurath fue, oficialmente, Ministro de Asuntos Exteriores, mientras Rosenberg dirigía un paralelo Departamento del Partido para Asuntos Exteriores y Ribbentrop su Gabinete Personal de Asuntos Exteriores. La situación en la *intelligentzia Y* militar, en la que coexistieron en yuxtaposición varias agencias hasta 1944, era aún peor.

El más poderoso de estos imperios era el de las SS de Himmler. La minúscula fuerza que comenzó como guardia personal de Hitler, nunca llegó a ser un Estado dentro del Estado, como pretendía su líder pero, en 1944, sus ramificaciones eran inmensas. Las SS *Waffen* funcionaban como soldados; las Unidades de la Calavera dirigían los campos de concentración; Himmler, como *Reichsführer* de las SS, controlaba las complejas fuerzas de policía de Alemania y, las SD, originalmente Servicio de Seguridad de las SS, absorbieron el control de toda la *intelligentzia* militar. Millares de funcionarios pertenecían a las SS general y cientos de altos funcionarios a las SS honorarias. Entre sus actividades contaban: la arqueología alemana, la investigación de los antepasados, el coleccionar calaveras de comisarios judío-bolcheviques, dirigir granjas infantiles, investigar en astrología y cultivar plantas medicinales. Dirigían escuelas, una factoría de agua mineral, *Night Clubs* extranjeros, una editorial y una fábrica de porcelanas. La mayor parte de estas actividades no tenían ninguna relación con el resto y constituían el imperio de saqueo de un hombre que era, aunque indemostrable, sin lugar a dudas, un loco.

Ya hemos mostrado cómo fue destruida la autonomía de los Estados federales. Entre 1933 y 1935, las municipalidades seguirían idéntico destino. El mismo Hitler nombraría a los burgomaestres de Berlín y

Hamburgo y, después de 1938, de Viena. El Ministro del Interior del Reich nombraba a los alcaldes de ciudades con más de 100.000 habitantes y el *Reichsstatthaelter* a los de las ciudades por debajo de esa cifra.

El Reich, en todos los niveles, estaba administrado de acuerdo con el *führerprinzip,* con una burocracia confusa y que no poseía ninguno de los atributos de eficacia atribuidos usualmente al pueblo alemán. Este régimen sobrevivió a Hitler siete días y es poco verosímil que hubiera durado mucho más, incluso faltando las circunstancias de una aplastante derrota militar.

Las condiciones laborales estaban estrictamente reguladas. Los sindicatos fueron destruidos en la primera oleada de *gleichschaltung* y resurgieron como el Frente Alemán del Trabajo, dirigido por Robert Ley. Una ley de enero de 1934, que regulaba el Trabajo Nacional, definía al patrono como «líder» de una empresa comercial o industrial y a los empleados como «seguidores». Los patronos gozaban del derecho exclusivo (aunque sujetos a interferencias del Estado) para tomar decisiones referentes a la empresa. Los patronos eran responsables del bienestar de sus empleados, quienes, a su vez, debían a éstos lo que eufemísticamente se denominaba «lealtad». El Frente del Trabajo, reglamentado por una ley de 1934, sustituía teóricamente a los sindicatos, pero yuxtaponía a patronos y profesionales, así como a asalariados y directivos. Éste estaba estrechamente vinculado con el Partido y la mayor parte de sus funcionarios pertenecían a las SS. Su objetivo consistía en «crear una comunidad realmente social y productiva» en la que cada uno cumpliera el mayor trabajo posible.

Después de mayo de 1934 varios decretos restringieron la libertad de movimiento y empleo. Más de un millón de campesinos, ignorando esto, emigraron a las ciudades durante los años 30. No obstante, los trabajadores industriales estaban controlados con eficacia. Después de febrero de 1935, todos los trabajadores debían poseer una cartilla laboral con el historial de sus cualificaciones y experiencia. Sin ésta no podían ser empleados y, como la cartilla la retenía el patrono, se hizo imposible cambiar de empleo sin consentimiento de éste. En 1938 se introdujo la adscripción industrial; todos tenían un puesto de trabajo destinado y los ausentes eran

multados o llevados a prisión.

Los salarios estaban regulados por «delegados» nombrados por el Frente del Trabajo, no existiendo, por lo demás, ningún mecanismo de consulta con el mundo obrero. Los salarios, fijados de ordinario de acuerdo con los deseos de los patronos, fueron reducidos por el Estado después de 1936, cuando algunos fabricantes de armamento intentaron alzar éstos para atraerse a los más capacitados. El jornal base de muchas industrias no cubría el mínimo vital, por lo que se hacían inevitables largas horas extraordinarias.

Durante los años treinta, disminuyó el nivel salarial y, a pesar del marcado declive en el paro, la proporción de los salarios en la renta nacional disminuyó en un 3'3 % en el período de 1932-1938, mientras que la proporción correspondiente a dividendos y beneficios se incremento en un 9'2 %. Es indiscutible que la renta total proveniente de los salarios aumentó en un 66 %, pero la proveniente de inversiones y beneficios aumentó en 146 %. Ciertamente, la suma de ingresos que el alemán llevaba a su casa fue reducida. En algunos casos, hasta el 35 % del salario base desaparecía en impuestos, seguridad social, seguro de paro y en suscripciones obligatorias a diversas obras caritativas del Partido. Las cuotas del Frente del Trabajo eran altas, particularmente cuando éste fue abriéndose a la típica burocracia nazi, que absorbía en la administración interna una cuarta parte de los fondos.

No sólo el trabajo, sino el mismo ocio estaba controlado por la *Kraft durch Prende* (Fuerza por la Alegría), una organización afecta al Frente del Trabajo. Los miembros del Frente tenían acceso a viajes por mar gratis ya vacaciones en la nieve, todo ello reglamentado hasta el menor detalle. Los deportes fueron ampliamente organizados, compitiendo anualmente siete millones de personas. Los trabajadores nazis gozaban de entradas a bajo precio a teatros, conciertos y óperas. Doscientos institutos de educación para adultos entraron en funcionamiento, contando entre sus programas con una buena parte de ideología nazi. Los subsidios eran, inevitablemente, más aparentes que reales, pues el 10 % de las cuotas del Frente del Trabajo iban *a* la *Kraft durch Prende*.

Hitler afirmó cierta vez que, en el III Reich, todas las alemanas

encontrarían un marido y, una vez llegado al poder, con la misma tónica de expansión, decidió que todos los obreros alemanes poseyeran un coche de sólo 990 marcos de coste. Se encomendó al Frente del Trabajo la construcción del *Volkswagen,* «el coche del pueblo» diseñado por Porsche, con la personal ayuda del Führer. La fábrica fue construida en Fallersleben, en buena parte financiada por un sistema en el que los trabajadores contribuían con un mínimo de cinco marcos semanales, hasta alcanzar 750, momento en el que recibían un número para el vehículo que les sería entregado tan pronto como se pagara el resto y fuese producido el coche. Ninguno llegó a serlo y, después de 1939, la fábrica pasó a la producción de equipo militar.

El Dr. Schacht fue el arquitecto de la recuperación económica. Las obras públicas, las autopistas, por ejemplo, fueron incrementadas, y el gobierno facilitó créditos y exenciones impositivas a las firmas que ampliaban la inversión. Así, el total de paro quedó reducido en 1936 a un millón. La moneda fue manejada con tanta destreza que llegó a tener 237 valores distintos en un mismo momento y se pactaron provechosos tratos comerciales con otros países. El alza de empleo aumentó el consumo interior, y la economía, al estar más estabilizada, volvió a atraer la inversión. Estos factores y no el rearme masivo impulsaron la recuperación, al menos hasta 1936. La inauguración en aquel año del Plan Cuatrienal, bajo la dirección de Goering, inició el rumbo a una economía de base bélica. Schacht había sido nombrado plenipotenciario para la economía bélica en 1935, pero no había hecho mucho hasta entonces y, pensando que aprestar a Alemania para la guerra en cuatro años sería una empresa demasiado ambiciosa, dimitió en 1937. El Plan pretendía la reducción de las importaciones, un control más estricto de los salarios, precios y dividendos, así como la apertura de fábricas de caucho y textiles sintéticos y la fábrica Hermann Goering para aceros de calidad. Incluso así, se ha demostrado que el gasto en armamentos no era tan grande como se pensó en un principio y lo que en realidad retardó el progreso fue la confusión burocrática y la monumental ignorancia de la economía que Goering compartía con su Führer.

El III Reich no fue el paraíso del *laisser-faire* que algunos hombres

de negocios imaginaran. Un quinto de las empresas pequeñas fueron disueltas por una ley que terminó con todas aquellas con capital inferior a 160.000 marcos, exigiendo un mínimo de 800.000 para el arranque de nuevas sociedades. Por contra, los grandes *cariéis* fueron reforzados y se organizaron otros nuevos obligatorios. Los núcleos o restos de asociaciones empresariales y de comerciantes fueron incluidos en una compleja estructura, a la cabeza de la cual se hallaba la Cámara de Economía del Reich. Ésta contenía siete grupos económicos nacionales, veintitrés cámaras económicas, un centenar de cámaras de industria y comercio y setenta cámaras de artesanos. En un mismo terreno operaban el Ministro de Economía y el Delegado del Plan Cuatrienal, cada uno con una serie de oficinas subordinadas. El soborno era común entre los hombres de negocios que pretendían de los funcionarios clave licencias, materias primas, aprobaciones de planificación, o los medios de dar la vuelta a alguna de las innumerables regulaciones. No obstante, las ganancias eran aceptables y la restricción sobre dividendos por encima del 6 %, eludida por reinversiones en la misma empresa. Finalmente, los patronos no debían enfrentarse ya con peticiones de aumentos de salarios o huelgas.

La economía agrícola alemana estaba en ruinas en 1933 y los agricultores cargados de deudas. El programa nazi había prometido la reforma agraria, la confiscación de la tierra para aprovechamiento común, la abolición del interés en los préstamos agrarios y la liquidación de la especulación de la tierra. Sólo el último punto fue cumplimentado y las extensas propiedades de los junkers del este del Elba continuaron intocadas, en tanto que el pequeño agricultor era estrechamente reglamentado. Las fincas de hasta 120 hectáreas fueron declaradas hereditarias, inalienables e indivisibles. No podían ser gravadas ni hipotecadas. Así, el agricultor ganó seguridad pero quedó, de hecho, vinculado a la tierra. Su labor era supervisada por el Servicio Alimenticio del Reich, del que Darré era «líder-campesino». Aunque la organización alzó los precios de los productos agrícolas, el agricultor, por contra, se encontró con que la maquinaria y los fertilizantes costaban también más, y el intento de convertir a Alemania en autosuficiente en cuestiones de alimentación, por su parte, resultó fallido.

La educación fue reorganizada por el Dr. Rust, antiguo *Gauleiter* de Hannover, que había sido expulsado de su actividad docente en 1930 por inestabilidad mental. Los libros de texto fueron re-escritos, los programas revisados y el *Mein Kampf* pasó a ser «la infalible estrella orientadora de la pedagogía». Se exigió a los maestros afiliarse a las correspondientes organizaciones del Partido, siendo enviados a cursos ideológicos intensivos. En algunos casos, tenía que haber servido en las SA o en las Juventudes Hitlerianas. Con *status* de funcionario, estaban sujetos a leyes raciales y obligados «a defender al estado nacional-socialista sin reservas».

Las universidades eran establecimientos idiotizados predicando estupideces raciales. Los rectores eran nombrados por Rust y los profesores lo eran sólo después de haber seguido un curso ideológico en el que obtenían un informe favorable sobre su Habilidad política. Se hacía obligatoria la afiliación a los sindicatos estudiantiles y a la Asociación Nacional-socialista de Profesores de Universidad. La historia quedó reducida a una serie de absurdos y se hizo distinción entre las matemáticas alemanas y las variedades inferiores. El profesor Rudolfe Tomaschek, del Instituto de Física de Dresden, escribió que la física moderna era una invención judía para destruir la ciencia nórdica, sosteniendo que la verdadera física había surgido del espíritu alemán. El profesor Lenard, de Heidelberg, negaba que la ciencia fuera internacional, insistiendo en su calidad racial.

No sólo declinaron los *standards* académicos, sino que, entre 1933 y 1938, el número de universitarios se redujo a la mitad y el de alumnos de escuelas técnicas superiores a menos aún. No sólo la industria acusó la falta de científicos cualificados e ingenieros; la defensa nacional comenzó a irse por la borda y los alemanes fueron realmente culpables de haber perdido la carrera del átomo durante la guerra.

La educación ortodoxa no había nunca atraído la atención de Hitler, por lo que se concedería un énfasis especial a las *Jungvolk* o Juventudes Hitlerianas, como un medio para adoctrinar a los jóvenes. Antes de 1933, la organización juvenil nazi, en comparación con el Comité del Reich de Asociaciones Juveniles Alemanas, con más de 10 millones de miembros, había sido insignificante. En 1933, Baldur von Schirach, un joven inexperto, dirigente de las Juventudes

Hitlerianas, dos de cuyos antepasados habían firmado la declaración americana de independencia, fue nombrado dirigente de las Juventudes del Reich alemán. Confiscó las propiedades de las asociaciones juveniles, iniciando la expansión de las *Jungvolk* que, después de 1936, cuando Schirach, antes subordinado a Rust, pasó a las órdenes directas de Hitler, fue la única organización legal en su género.

Los muchachos se alistaban en la sección júnior del movimiento a los seis años, después de exámenes en historia (al estilo nazi), gimnasia y acampada, ingresando a los diez en las *Jungvolk,* donde permanecían hasta los 18 años. Era una organización uniformada, que daba instrucción metódica en campamentos, gimnasia, ideología y formación militar. A los 18 años, los miembros pasaban a formar parte del Servicio del Trabajo.

De los 10 a los 14, las muchachas eran *Jungmaedel,* y recibían una formación paralela a la de los muchachos, formando parte de los 14 a los 21 de las *Bund Deutscher Maedel.* A los 18 años debían cumplir un año de servicio en granjas. Sus campamentos estaban, con frecuencia, cercanos a los del Servicio del Trabajo y el número de embarazadas resultantes fue un escándalo para todos, salvo para los creyentes verdaderos. En efecto, uno de los puntos mayormente inculcados a las BDM era que la maternidad constituía su deber racial, dentro del matrimonio a ser posible, pero fuera de éste en caso necesario.

Ya para 1939, los cuatro millones de jóvenes no pertenecientes al movimiento fueron obligados a inscribirse. Hasta el momento, los padres habían sido amenazados con la prisión caso de oponerse al alistamiento de sus hijos. A partir de ahora, se les amenazó además con enviar a los niños a orfelinatos estatales si persistían en desobedecer la ley.

La finalidad de las Juventudes Hitlerianas consistía en marcar cada nueva generación con el *weltanschauung* nazi. Las Escuelas Hitlerianas, los Institutos Políticos de Educación, y las *Ordensburgen,* existían para la educación de las élites.

En el primer tipo, había diez que acogían a los doce años a los miembros más prometedores de las *Jungvolk,* sometiéndoles du-

rante seis años a una educación espartana para prepararlos al liderazgo en el Partido, siendo automáticamente cualificados para ingresar en las universidades. Los Institutos Políticos, que llegaban a 31, tres de ellos femeninos, estaban dirigidos por las SS y cultivaban el espíritu marcial y la ideología nazi.

Los *Ordensburgen,* Ordenes de Caballería, tan queridas de Himmler, se inspiraban en las órdenes de caballería teutónicas medievales y en su obediencia absoluta al *Ordenmeister y* devoción a la conquista de las tierras eslavas. En éstas, se admitía únicamente a los alumnos más aventajados de las Escuelas Hitlerianas e Institutos Políticos. Había cuatro castillos, cuyos cursos seguían los estudiantes sucesivamente. El primero trataba en especial de la «ciencia racial» e ideología nazi, el segundo de atletismo, montañismo y preparación paracaidista y el tercero de instrucción política y militar. El cuarto castillo, en Marienburg, en la frontera polaca, antigua fortaleza de la Orden Teutónica, centraba la formación política y militar en el *Lebensraum y* el derecho de Alemania a expansionarse por el este.

Ninguna ideología o fe no-nazi podía pretender escapar de la persecución en semejante atmósfera, a no ser que sus adeptos estuvieran decididos a un compromiso con sus propios ideales. Por desgracia, las Iglesias Cristianas lo estaban. La comprensión nazi de la Cristiandad aparece en un esquema incompleto de una Iglesia Nacional del Reich, redactado por Rosenberg durante la guerra. Según éste, el cristianismo ortodoxo sería exterminado, los sacerdotes reemplazados por «oradores nacionales del Reich», la Biblia por el *Mein Kampf y* la cruz por la svástica.

Hitler, como de costumbre, fue más realista. Estaba dispuesto a permitir a las Iglesias una existencia formal, en tanto se abstuvieran de poner su autoridad en tela de juicio. Poco después de llegar a Canciller, rendiría tributo a la fe cristiana, expresando sus deseos de un entendimiento entre la Iglesia y el Estado. El primer resultado práctico de esta política fue un Concordato con Roma, firmado el 20 de julio de 1933. El Vaticano, a no dudar, esperaba asegurar así la protección de la fe católica en Alemania. En los años siguientes, sin embargo, las organizaciones juveniles católicas fueron prohibidas, sacerdotes y monjas apresados bajo acusaciones falsas e, incluso, el secreto de confesión violado por la Gestapo. La Encíclica *«Con*

Ardiente Pesar» de marzo de 1937, acusó a los nazis de hostilidad fundamental al Cristianismo pero, para entonces, Hitler no necesitaba ya del prestigio temporal que el Concordato había prestado al régimen nazi. Sea como fuere, las impresiones de la Encíclica apenas tuvieron efecto en Austria cuando, al año siguiente, tuvo lugar el *Anschluss;* los obispos austriacos firmaron la declaración de que: «Nos... en el futuro, daremos (a la obra del movimiento nacional-socialista) nuestra bendición e instruiremos a los fieles en consecuencia». El Cardenal Innitzer, arzobispo de Viena, escribió al *Gauleiter* de Viena que la declaración había sido firmada «voluntariamente y sin coacción».

También las Iglesias Protestantes acogieron en un principio calurosamente al nazismo. La mayoría de los 45 millones de protestantes alemanes eran luteranos. En general, los pastores habían sido hostiles a la República, por lo que su caída no les afectó en absoluto. En 1933 había ya en funcionamiento una confesada ala nazi entre los protestantes, el Movimiento Alemán de la Fe Cristiana. Dirigido por Ludwig Mueller, un capellán castrense, aprobaba las doctrinas raciales, el *führerprinzip y* pretendía el establecimiento de una «Iglesia del Reich única». Pertenecían al movimiento tres mil pastores. En oposición directa a éste, estaba la Iglesia Confesional, mientras que la mayoría de los protestantes permaneció neutral.

En 1933, fue redactada por representantes de las Iglesias Protestantes una Constitución para una Iglesia del Reich, que fue aprobada por el gobierno. Se plantearon discusiones acerca de la elección del obispo del Reich. Hitler quería que se eligiera a Mueller, pero muchos pastores influyentes apoyaban a Friedrich von Bodelschwingh, un eminente teólogo. Por medio de intimidaciones se obtuvo una mayoría del Movimiento Alemán de la Fe Cristiana en el sínodo electoral y Mueller fue elegido obispo del Reich. Éste demostró ser incapaz de imponer una conformidad siquiera aparente. Poco después de su elección, en una concentración del movimiento, Reinhardt Krause propuso abandonar el Antiguo Testamento y revisar el Nuevo de acuerdo con las exigencias nacional-socialistas. Pero tan fuerte fue la oposición, que Mueller se vio obligado a desautorizarle.

A principios de 1934, Martin Niemoller, un ex-capitán de navío y

simpatizante nazi, salió a la luz y fue nombrado jefe de la Iglesia Confesional, que se declaró a sí misma la única Iglesia Protestante legítima de Alemania. Varios cientos de sus pastores fueron arrestados, pero la brecha no fue cubierta y Hitler nombró como Ministro de Asuntos Eclesiásticos a un abogado nazi-moderado, Hans Kerrl. Este último nombró un comité a las órdenes del prestigioso Dr. Zoellner, para llegar a un compromiso.

La Iglesia Confesional cooperó, pero continuó afirmando su independencia y, en mayo de 1936, presentó al Führer un memorándum cortés, pero crítico. Inmediatamente muchos de los pastores fueron arrestados y los fondos confiscados, dimitiendo desesperado Zoellner de su puesto a principios de 1937. En junio de aquel año, Niemoller dedicó un valeroso sermón anti-nazi en su Iglesia de Dahlem, siendo arrestado y llevado a prisión. En marzo de 1938 fue juzgado por cargos diversos, severamente multado y sentenciado a siete meses de prisión. Como había cumplido ya una condena mayor que ésta, fue puesto en libertad aunque sólo para caer bajo la «custodia protectora de la Gestapo», permaneciendo hasta 1945 en Sachsenhausen y Dachau.

Con el arresto de Niemoller y sus seguidores, la oposición quebró. A finales de 1937, el obispo Marahrens se ganó las simpatías de Kerrl, anunciando que «la concepción nacionalsocialista de la vida era obligatoria para los cristianos alemanes...» y ordenando a todos los pastores de su diócesis prestar un juramento de fidelidad personal a Hitler. Para finales de 1938, la mayoría del clero protestante había hecho lo mismo.

Para controlar la literatura, las artes, las diversiones y la cultura de masas, existía la típica compleja maquinaria consistente de elementos del Partido y el Estado. Joseph Goebbels, Ministro de Propaganda, dirigía ésta. Además de su ministerio, controlaba la Cámara de Cultura del Reich, con funciones delegadas en siete subcámaras para las artes, la música, la literatura, la prensa, el teatro, la radio y el cine, respectivamente. A la cabeza de cada una de ellas, se hallaba un hombre fuerte del Partido. Max Ammán, por ejemplo, dirigía la prensa y sus decisiones tenían fuerza de ley. Todos los que trabajaban en alguno de estos campos estaban obligados a pertenecer a la correspondiente cámara.

El símbolo del trato otorgado por los nazis a la cultura, lo dio el extraño episodio de la quema de libros en la tarde del 20 de mayo de 1933. En Unter den Linden, frente a la Universidad de Berlín y en otras varias ciudades, se prendieron enormes hogueras, siendo arrojados a las llamas por estudiantes histéricos los libros rechazados por el nazismo. Aquella noche fueron ceremoniosamente quemadas obras de alemanes como Thomas Mann, Einstein y Erich María Remarque, de extranjeros como H. G. Wells, Freud, Zola y Proust, y muchos otros. Prácticamente, durante la era nazi no se publicó literatura alemana de calidad y la mayoría de los escritores siguieron a Thomas Mann al exilio.

La música sufrió poco, pues su significado político es escaso, a no ser por la asociación de obras individuales con determinados acontecimientos o movimientos. Se permitió a los músicos practicar su arte siempre que evitaran la oposición al nazismo. Wilhelm Furtwaengler continuó como director de orquesta y Richard Strauss fue, durante una época, presidente de la Subcámara de Música. Las obras de Mendelssohn y Hindemith fueron prohibidas, por ser éstos judíos pero, por lo demás, el III Reich disfrutó de la rica herencia de la música alemana. El teatro conservó también altos *standards* por lo que respecta a la representación de obras clásicas; no obstante, la aportación de los dramaturgos nazis, incluida la de Goebbels, fue de pobre calidad y se representó ante públicos restringidos.

El Führer, como artista de méritos hasta el momento no reconocidos, tomó personal interés en purgar a Alemania del arte moderno. Las obras de Cézanne, Picasso, Van Gogh y muchos otros, fueron retiradas de los muros de los museos alemanes. Para reemplazarlas, se celebró en 1937, en la Casa de Arte Alemán de Munich, una exposición de pintura nazi que incluía obras de Hitler. En otra parte de la ciudad, Goebbels organizó una exposición del «arte degenerado», del que el Führer había libertado a su pueblo. Si damos crédito a Goebbels, el pueblo de Munich fue tan ingrato que prefirió ésta a la exposición de pintura nazi, por lo que el azorado Ministro de Propaganda la clausuró a los pocos días.

La prensa era controlada mediante conferencias diarias, en las que se daban instrucciones verbales y por escrito a los directores de los periódicos berlineses y corresponsales de la prensa de provincias,

sobre qué imprimir y cómo expresarlo. Uno de los periódicos alemanes más importante, el *Vossiche Zeitung,* fue puesto fuera de circulación en 1934, después de doscientos treinta años de actividad. Otros periódicos liberales de siempre, como el *Frankfurter Zeitung,* sobrevivieron quizá como un intento de impresionar al mundo exterior, en donde estaban muy bien considerados, pero su política editora fue nazi.

Tan uniforme era la prensa, que las tiradas se redujeron rápidamente y Goebbels y Ammán propugnaron un enfoque más vital. El único director que tomó estas palabras en serio, Ehm Welke del *Gruene Post,* fue rápidamente puesto bajo custodia. Tantísimas firmas de publicaciones fueron absorbidas por la *Eher Verlag,* la Casa de Publicaciones del Partido, que ésta se convirtió en una de las más ricas del mundo.

Los nazis monopolizaron la radiodifusión después de 1933, cuando asumieron automáticamente el control de la Radiodifusión del Reich, y Goebbels no tardó en hacer de ésta un instrumento vital de propaganda. Durante los años de la guerra, con sus emisiones en longitudes de onda extranjeras, las emisoras alemanas se convertirían en un serio ataque.

El cine fue asimismo utilizado para diseminar ideas nazis, pero las películas eran tan malas que el público, o permanecía fuera, o las abucheaba de tal modo que Frick, Ministro del Interior, promulgó una disposición previniendo «el comportamiento traidor por parte del público de cine».

En el III Reich, ser judío equivalía a ser un paria. Las leyes de Nüremberg de 1935, les privaron de su ciudadanía, reduciéndoles al *status* de «siervos». El matrimonio, así como las relaciones extramatrimoniales entre judíos y arios, fue prohibido. A finales de 1938, se impidió a los judíos el acceso a cargos públicos, la administración, el derecho, la medicina, la bolsa, la enseñanza, el periodismo, la agricultura y las industrias de espectáculos y diversiones. Una serie de decretos suplementarios a las leyes originales permanecieron vigentes hasta el 1.° de julio de 1943, fecha en que Alemania fue declarada, falsamente, limpia de judíos, siendo éstos puestos fuera de la ley, a merced de la policía y sin *status* legal.

Por toda Alemania, muchos tenderos, panaderos, farmacéuticos, lecherías y hoteles rehusaban servir a los judíos. Muchos establecimientos públicos fueron señalizados a fin de prohibir o desalentar la entrada de los judíos. Después del *Anschluss,* los judíos austriacos fueron sujetos a una persecución semejante, siendo establecida en Viena y a las órdenes de Adolf Eichmann, la Oficina de Emigración Judía, que llevaría a cabo la «Solución Final».

Fue, también, en 1938, cuando se deportó a Polonia a unos diez mil judíos, en condiciones que pronto se harían habituales, implantándose en noviembre el primer *pogrom* oficial, a resultas del asesinato de un funcionario de la embajada de París por un joven judío alemán. La responsabilidad de la operación, en última instancia, recae sobre Hitler, pero fue dirigida por Reinhard Heydrich y llevada a cabo por sus SD, con la colaboración de toda la gama de fuerzas de policía de la Alemania nazi, en la noche del 9 al 10 de noviembre, poco después de que la corte del Führer hubiera terminado su celebración anual del *pustch* de la Cervecería.

Las instrucciones emanadas de Heydrich afirmaban claramente que la propiedad judía debía ser destruida, pero no saqueada, la policía no debía obstaculizar a los manifestantes y los judíos ricos debían ser arrestados. Se desconocen cifras exactas, pero más de un millar de sinagogas, tiendas y hogares judíos fueron incendiados y miles de judíos arrestados. El asesinato no había sido ni ordenado ni prohibido. Probablemente más de un centenar de judíos fueron muertos aquella noche, pero no se emprendió una acción seria contra los responsables. Sólo aquellos nazis que habían olvidado su sangre aria hasta el límite de cometer estupro con judías, fueron expulsados del Partido y juzgados por los tribunales por ofensas contra las leyes de Nüremberg. Después de esta «Semana de los Cristales Rotos» como se la llamó, los judíos fueron eliminados de la vida económica, ordenándoseles reparar comunitariamente los daños causados en la revuelta y pagar una multa de un millón de marcos.

No siempre la justicia había sido administrada imparcialmente antes de 1933. Después de esta fecha, sin embargo, la justicia, como ideal abstracto, desapareció completamente. Los jueces tenían que demostrar su adhesión política y pertenecer a la liga de juristas ale-

manes nacional-socialista, frecuentemente aleccionada por Hans Frank, el asesor legal del Partido desde los años veinte. Éste afirmó claramente que las sentencias deberían dictarse de acuerdo con lo que el Führer hubiera decidido y «en compatibilidad con la conciencia nacional-socialista del pueblo alemán».

Tan enojado estaba Hitler del fracaso del Tribunal Supremo Alemán, de no condenar a todos los acusados en el juicio por el incendio del Reichstag, que se eligió un nuevo tribunal, el *Sondergericht,* para juzgar los delitos políticos. Constaba éste de tres jueces y no había jurado, debiendo estar el abogado defensor aprobado por el departamento legal del Partido. Los abogados que defendieron a la viuda de Erich Klausener, cuando ésta demandó al Estado por daños y perjuicios ante el *Sondergericht,* fueron encarcelados en Sachsenhausen hasta que desistieron del pleito.

Aún más siniestro era el *Volksgerichtshof,* o tribunal del pueblo. De sus siete jueces, cinco eran nazis; sus decisiones eran inapelables y, normalmente, se reunía *«in camera».* Hitler, y durante un tiempo Goering, tuvieron el derecho de anular cualquier acción judicial de los tribunales penales y Rudolf Hess estaba investido para emprender acción «sin misericordia» contra cualquier acusado que, a su parecer, hubiera sido tratado con demasiada indulgencia en casos de delitos contra el Führer, el Partido o el Estado.

Es imposible trazar una línea precisa entre las funciones del poder judicial y la policía en la Alemania nazi. La red policial era omnipresente e inspiraba terror a la población civil, lo que quizás era su principal propósito. La destrucción casi total de los archivos de la Gestapo (el más importante brazo policial), hace casi imposible juzgar hasta qué punto era ésta profesionalmente competente. Podemos presumir que era ineficaz. Esto no quiere decir que no arrestara a millares de personas, pero tan altos eran sus poderes y tan complacientes los tribunales a sus exigencias, que apenas necesitaba recoger pruebas de culpabilidad, o estar segura de cuál de los muchos sospechosos detenidos estaba implicado en el caso en cuestión.

El sistema policial nazi, en su forma última, era la usual confusión de aparato del Partido y el Estado. La República de Weimar había

estado dotada de una amplia red policial, siendo cada Estado competente de- sus propias fuerzas. En Prusia, que constituía los dos tercios de la Alemania de Weimar, el Ministro Estatal del Interior tenía atribuciones decisorias en materia policial, la cual estaba dirigida por un jefe de policía, en su representación, quien mandaba las distintas unidades. La *Kripo* era un departamento de investigación criminal de tipo convencional y la *Stapo,* el equivalente de la rama especial inglesa, con competencia en la seguridad política. La *Orpo,* o policía del orden, organizada en una línea militar, llevaba armas cortas, vivía en barracones y era utilizada en tumultos públicos. La *Schupo y* la *Gendarmerie* eran fuerzas del tipo habitual para vigilar las ciudades y pueblos, habiendo además policía de incendios, ferrocarriles y naval.

Para 1933, cuando Goering fue nombrado Ministro Prusiano del Interior, Artur Nebe, que secretamente era miembro de las SS, aunque los funcionarios tuvieran prohibido pertenecer a partidos políticos, fue el encargado de la *Kripo. A* instancias de Himmler, Goering nombró para jefe de la policía prusiana a un militar de alta graduación SS, Kurt Daluege, nombrado además, por iniciativa propia, comandante del departamento 1A de la *Stapo,* que se convirtió en Gestapo, a Rudolf Diels. Goering, además, estableció cuarteles en una antigua escuela de artes en Prinz Albrecht Strasse y, con ayuda de Diels, llevó a cabo su purga de la policía prusiana.

Entre tanto, en Munich, Himmler, jefe de las SS, había nombrado un oficial de marina expulsado, Reinhard Heydrich, para que montara un servicio de seguridad interior en el partido, las *Sicherdienst,* las SD, y mantuviera el control de la policía política de los Estados, a excepción de Prusia. Himmler pretendía el control de la policía en todo el Reich. Heydrich le apoyó en su empeño, simplemente persiguiendo su ambición de controlar la *intelligentzia* militar y civil de los servicios de seguridad, siendo Daluege su baluarte en Berlín.

Las intrigas y *vendettas* entre las fuerzas de policía de Berlín, en 1938, son casi increíbles. Nebe se paseaba por su departamento con una pistola en la mano y subía las escaleras pegado al muro para reducir el blanco que pudiera ofrecer desde el descansillo superior. En una ocasión, Daluege, Nebe, y algunos de sus compañeros, idearon arrojar a Diels desde una ventana de un tercer piso. Cierta vez, un

destacamento SS hizo un raid en el piso de Diels; Diels arrestó a un capitán de las SS locales y los miembros de la Gestapo se detuvieron unos a otros con tanta frecuencia, que nadie encontró ya extraño el juego. A pesar de esto, Prinz Albrecht Strasse se convertiría en un lugar de terror para el público alemán. Durante el año 1934, como hemos visto, Goering concedió el efectivo control de la Gestapo a Himmler, y Heydrich, al mismo tiempo, fundó cuarteles SD en Berlín.

Con Hermann Mueller, que reemplazó a Diels en el mando de la Gestapo, en donde permaneció hasta 1945, las actividades de ésta crecieron. En 1936, la Gestapo fue puesta por encima de la ley, al negarse toda apelación a sus decisiones. Fue así como Niemoller, entre otros, fue puesto bajo «custodia protectora», lo que significaba encierro en un campo de concentración.

Aquel mismo año vería muchas e importantes evoluciones. Himmler fue formalmente nombrado jefe de la policía alemana e inició su campaña para separar la Gestapo del Estado, poniéndola bajo las SS y permitiendo así al Partido y a la propia unidad de éste, en particular, dominar la totalidad del sistema policial. La policía quedó pues dividida en dos: *Orpo y Sepo,* policía de seguridad, en la que entraban la *Kripo,* la Gestapo y, de hecho, las SD. Daluege fue nombrado jefe de la *Orpo* y Heydrich de la *Sepo.* Se nombraron inspectores de las distintas ramas en todos los distritos militares para cooperar con el comandante del ejército y *Gauleiter,* en tanto que los líderes SS de las distintas divisiones territoriales de esta organización pasaban a ser jefes de policía para el área. El término *Gestapo* se extendió a la policía política unificada del Reich, fijándose su cuartel general en Prinz Albrecht Strasse.

Durante el año 1937, se concedió a las decisiones de Himmler, en cuanto *Reichsführer* SS, el valor de decisiones ministeriales, exigiéndose a todos los miembros de la *Kripo* y de la Gestapo afiliarse a las SS. Fue así cómo la Gestapo, una organización estatal, fue absorbida, de hecho, por las SD, una organización del Partido. La situación sería reconocida formalmente cuando la Gestapo y la *Kripo* fueron afectadas a la Oficina Principal de Seguridad del Reich, RSHA, dirigida por Heydrich y, después de su muerte, en 1942, por Ernst Kaltenbrunner, responsable ante Himmler.

La RSHA constaba de siete *Amts* o gabinetes; los dos primeros se ocupaban de cuestiones administrativas y personal; *Amt III* era el Servicio Interior de Inteligencia SD; *Amt IV,* la Gestapo; *Amt V,* Kripo; *Amt VI,* el Servicio Exterior de Inteligencia SD; *Amt N* era competente en comunicaciones técnicas y *Amt Vil* en explotación científica. Muchos de estos gabinetes contenían subsecciones. *Amt IV,* la Gestapo, constaba antes de la guerra de 11, y otras más fueron añadidas. *Orpo,* menos importante, permaneció fuera de este complejo. Himmler, como jefe de policía, era el jefe de la organización, pero el Ministro del Interior tenía también ciertas atribuciones. En 1943 la situación fue simplificada al ser Himmler nombrado Ministro del Interior.

En la práctica, las actividades de éstos y de los componentes del sistema judicial nazi, fueron inseparables. Los intentos en los procesos de Nüremberg de postguerra por definir responsabilidades resultaron fútiles. La única distinción posible de ámbito general es que la RSHA operaba fuera de los campos de concentración y muerte, que estaban guardados y administrados por unidades especiales de las SS. Lo sucedido fuera de éstos era obra, en su mayor parte, de la RSHA, de la que la Gestapo y las SD fueron los principales elementos.

No fue, sin embargo, una gran organización. Las SD contaban únicamente tres mil hombres y la Gestapo, incluso en su hora cumbre, tan solo tenía cuarenta mil empleados, incluyendo a mecanógrafas y administrativos. No obstante, probablemente más de cien mil espías ocasionales fueron empleados, aún antes de la guerra, consiguiendo así que llegara a oídos de la autoridad cualquier palabra desmedida, facultando de este modo cualquier acción que, aunque innecesaria con frecuencia, daba impresión de omnipresencia.

Conviene subrayar que la Gestapo y las SD no eran simples equivalentes alemanes del MI 5 o el FBI, ni la diferencia estriba únicamente en los métodos empleados. El brazo político de la policía de países democráticos es un instrumento defensivo para proteger el *statu quo* que ha sido libremente ratificado por los electores. La Gestapo fue un instrumento de terror y agresión, ideado para imponer la voluntad nazi a sus oponentes.

Los brutales métodos de la policía secreta nazi son universalmente conocidos. El flagelo era la única tortura que los miembros de ésta que fueron capturados admitieron haber empleado. Sin embargo, sus víctimas han evidenciado que se empleó idéntico instrumental, de un ingenio diabólico, allá donde operó. Cabe deducir, pues, que en muchas de las crueldades practicadas por la Gestapo fueron procedimientos *standard.* El decisivo móvil de terror a su alcance fue enviar sus víctimas a un campo de concentración.

Los primeros campos de concentración fueron frecuentemente barracones SA, en los que se encerraba a judíos y otros hasta su rescate; sin embargo, cuando se estableció el régimen, tales lugares fueron clausurados y abiertos campos regulares. Éstos fueron puestos bajo el control de las SS, encomendándose la función de guardia exclusivamente a las «unidades de la calavera». Criminales endurecidos, seleccionados por su fuerza y brutalidad, actuaban como vigilantes y jefes de bloque (los famosos *prominenten* o *kapos).* El primer campamento, establecido en Dachau, fue mandado por Theodor Eicke, quien más tarde mandó la Inspección de Campos SS. En 1939, los principales eran Dachau, cerca de Munich; Sachsenhausen, cerca de Berlín; Buchenwald, cerca de Weimar; Ravensbrueck (para mujeres) en Mecklenburg y, después de 1938, Mauthausen, cerca de Linz. Probablemente, no hubo más de treinta mil prisioneros en todos ellos hasta 1938 pero, en la primavera de 1939, éstos alcanzaron los 279.168. Los primeros campos fueron inhumanos —los confinados podían ser ahorcados por escaso rendimiento o fusilados por rehusar trabajar—; sin embargo, la exterminación masiva, la «investigación médica» y las otras infamias, no fueron perpetradas hasta el tiempo de la guerra.

El primer experimento de asesinato masivo tuvo lugar en hospitales para inválidos. Las primeras medidas para la esterilización obligatoria, en determinados casos, datan de 1933, y fue en 1939, cuando Hitler ordenó la eutanasia para dementes incurables. Los líderes del Partido, al parecer, no acogieron con agrado que esta medida se aplicara a alemanes, por lo que Hitler proclamó un decreto secreto por medio de la Cancillería del Führer, ordenando a dos destacados nazis, Philip Bouhler y Karl Brand, que llevaran a la práctica el plan, aunque es evidente que la aristocracia del Partido sabía lo que

estaba ocurriendo y que esta cuestión trajo consigo un típico complejo de intrigas de alto nivel, Se utilizaron seis institutos de importancia y unos cuantos institutos menores. Entre los asesinados había niños, pero nunca se sabrá en efecto cuánta gente murió y cuántos estaban o no desahuciados; sin embargo, durante dos años, tuvo lugar una exterminación sistemática de alemanes.

La Alemania nazi era, sin lugar a dudas, una dictadura. Es, sin embargo, discutible si constituía o no, además, un Estado totalitario. Ciertamente su estructura autoritaria y de partido único, contrasta con el concepto democrático liberal, según el cual la misión del Estado es limitada y ciertas funciones están dejadas a la decisión individual. El Estado nazi extendió su influencia tanto a la vida privada como a la pública y forzó una sumisión absoluta a sus exigencias, pero nunca alcanzó una centralización total del poder, ni la autoridad propia de un auténtico Estado totalitario. Incluso cuando Alemania estaba luchando simplemente por sobrevivir, las SS competían con las autoridades militares en la investigación sobre cohetes dirigidos. La ineficacia y la existencia de tantos imperios personales a alto nivel, impidieron a los nazis consolidar un completo totalitarismo de Estado. No por ello, el efecto de su régimen sobre el pueblo alemán dejó de ser el mismo. El artesanado, la vida profesional, la fe religiosa, la educación de los hijos y cualquier actividad humana significativa, fueron puestas en función de la gloria del Reich. Pocas o ninguna de las actividades humanas deben conseguirse haciendo caso omiso de sus consecuencias sociales, pero es mérito de la democracia el que éstas puedan conseguirse además por su propio valor intrínseco. El nazismo negó la existencia de todo valor que no fuera el de servicio a su causa.

Es un problema delicado determinar hasta dónde el pueblo alemán llevó a cabo lealmente esta retirada de la verdad. La mayor parte de los europeos recuerdan una o dos de las guerras mundiales y están propensos a aceptar que los alemanes se aprestaron a seguir a Hitler, mientras que los alemanes y sus apologistas se sirven frecuentemente de Hitler y de las SS como coartada, o dan la vuelta al problema, criticando a los aliados por su falta de apoyo a la oposición alemana, o argumentando que los aliados fueron igualmente bárbaros al utilizar la bomba atómica.

Queda campo libre para que algún historiador futuro dé con una estimación ponderada de la implicación del pueblo alemán en el nazismo. Hubo oposición, y más tarde intentaremos definir su alcance. En último término fracasó, lo que no hubiera ocurrido si la mayor parte de los alemanes hubieran actuado en ella. No es arriesgado deducir, por tanto, que la mayoría, al menos, consintió tácitamente.

La creación de nuevos puestos de trabajo sirvió, en gran parte, para reconciliar a los asalariados con el régimen. La adscripción industrial comportó al menos seguridad, ya que los patronos no podían fácilmente despedir a los trabajadores y los salarios, aunque bajos, regularmente pagados, permitieron *standards* de vida más altos que los alcanzados por muchos en los años de depresión. *Kraft durch Freude* ofreció una variedad de esparcimientos fuera del alcance de la mayor parte de los asalariados de la Europa de los años treinta.

La clase media se sometió. Todos los maestros y la mayor parte de pastores protestantes y profesores de universidad, ofrendaron un juramento de lealtad a Hitler y aceptaron la exclusión de los judíos en la vida profesional. Gerald Reitlinger ha demostrado cómo la campaña de eutanasia, aunque facilitada por la existencia de las unidades de guardia SS y de médicos militares, fue llevada a cabo, en buena parte, por personal civil médico y enfermeras civiles. Presume, por demás, que hicieron su trabajo sin conocimiento del decreto secreto que lo autorizaba. También la policía aceptó el nuevo régimen con facilidad. Muchos miembros de *Kripo y* la Gestapo fueron policías del período de Weimar que acataron sus nuevas obligaciones sin queja alguna y, tanto Reitlinger como Edward Crankshaw, han subrayado cómo fueron ayudados por miles de alemanes. Toda fuerza de policía tiene sus informantes, pero la Gestapo dispuso al parecer de gran número.

Más de quince millones de padres permitieron que sus hijos, como miembros del *Jungvolk* antes de 1939, prestaran juramento de lealtad al Führer. Quizás el bienestar físico de sus hijos acalló sus conciencias. William Shirer, el historiador y periodista americano, advirtió el contraste entre la prestancia de los soldados alemanes y las pálidas y desnutridas filas de las BEF, víctimas de veinte años de negligencia.

Gran número de alemanes permanecieron indiferentes a la suerte de los judíos y los implicados arguyeron que poco podían hacer para impedirlo. Quizá fuera verdad, pero es significativo que la presión de la opinión pública contribuyera al cese de la campaña de eutanasia. Cabe deducir pues que los judíos no merecieron la pena de arriesgarse, aunque predicara en un sermón público contra la eutanasia de los alemanes el arzobispo de Münster, Clemens von Galen.

El conservadurismo alemán, que tanto hizo por elevar al poder a los nazis, se sometió asimismo al nuevo régimen. Tras el discurso de Marburg, Papen aceptó el puesto de embajador en Viena, Neurath continuó en la Oficina de Asuntos Exteriores y muchos otros diplomáticos de carrera permanecieron en sus puestos para aportar a los nazis su experiencia y formación. Los industriales estuvieron generalmente satisfechos; los negocios mejoraban y los conflictos laborales terminaron. Más tarde, muchos industriales no repugnarían servirse del trabajo de esclavos y los hubo que construyeron gustosamente el equipo de los campos de exterminio.

La actitud supina del cuerpo de oficiales apareció clara en 1938. Para entonces, había aceptado la svástica como parte de su insignia y aprobado, como cabe presumir, gran parte de lo que había ocurrido. Este cuerpo era autoritario y había excluido a los judíos de sus filas ya bastante antes de 1933. Sobre todo, la violación del Tratado de Versalles les permitía iniciar una abierta reconstrucción de un gran ejército. En 1935 se dio una cierta reorganización. Blomberg pasó a ser Ministro de la Guerra y Comandante en Jefe de la *Wehrmacht,* las Fuerzas Armadas. A las órdenes de éste, el ejército, la marina y la aviación tenían su propio comandante en jefe y personal de Alto Mando. El título de Hitler de Comandante Supremo de la *Wehrmacht* no era ciertamente un título nominal, pero el ejército retuvo un considerable control de sus propios asuntos.

En 1938, los generales recibieron una mayúscula humillación pública cuando se despidió a Blomberg y al general von Fritsch, comandante en jefe del ejército. Como en la purga Roehm, el preciso papel de algunos participantes se presta a interpretaciones diferentes, pero las líneas principales están claras. Ambos oficiales se habían mostrado escépticos ante la forma con que Hitler deseaba

aprestarse para la guerra y Fritsch nunca había disimulado su desprecio por el movimiento nazi. En 1938, Hitler podía ya prescindir de ellos y aprovechó la oportunidad. La impía alianza de Goering y Himmler estaba presta a izar banderas. Himmler y Heydrich habían ido preparando la maniobra desde 1935; Goering porque aspiraba al puesto de Blomberg y Himmler porque esperaba incorporar el ejército a su imperio SS.

En 1938, Blomberg, viudo, se casó con su joven secretaria Erna Gruhn. La policía de Berlín no tardó en preparar un *dossier,* que ignoramos si fue o no falseado, que evidenciaba una etapa de prostitución de ésta. El *dossier,* vía general Keitel y Goering, llegó a Hitler, quien, furioso, probablemente porque había sido testigo de la boda, despidió a Blomberg. Goering conocería seguramente el *dossier* algún tiempo antes. A este respecto, y en relación con sus móviles en los acontecimientos, es sugerente que aconsejó a Blomberg, quien solicitó su consejo, casarse con Erna Grunh, una plebeya (de ahí las dudas de Blomberg) e, incluso, quitó de en medio a un rival enviándole a Sudamérica.

Casi simultáneamente con la caída de Blomberg, apareció otra emboscada de la policía, indiscutiblemente ésta preparada por Heydrich y Himmler. Había sido concebida para mostrar a Fritsch culpable de delitos de homosexualidad y cómo desde 1935 había pagado el precio del chantaje exigido por su víctima. En presencia de Hitler, Himmler y Goering se le encaró con el presunto chantajista, un degenerado criminal incorregible, Hans Schmidt. Ardientemente rechazó el cargo y rehusó dimitir, pidiendo ser juzgado por un tribunal de honor, pero Hitler le ordenó marcharse con permiso indefinido.

Berlín bullía en los días subsiguientes en la tensa atmósfera de los rumores de un *putsch* militar, particularmente después de que una investigación preliminar del ejército y el Ministerio de Justicia demostró hasta el último detalle que Fritsch había sido calumniado, por lo que se imponía su rehabilitación ante un Tribunal de Honor. La crisis fue resuelta el 4 de febrero de 1938. Un nuevo decreto reorganizó el Alto Mando militar. El Ministerio de la Guerra fue abolido y reemplazado por el Alto Mando de las Fuerzas Armadas, *Oberkommando der Wehrmacht* OKW. A su cabeza estaba Hitler e,

inmediatamente, como jefe de Mandos, el parásito de Keitel. Se anunció que Firtsch había dimitido por razones de salud, lo que todos los altos jefes sabían era falso. Dieciséis generales de los más antiguos fueron relevados de su mando y cuarenta y cuatro enviados a nuevos destinos. El general von Brauschitsch reemplazó a Fritsch en el cargo de comandante en jefe del ejército. Por entonces, había solicitado el divorcio, pero había sido con la idea de esposar a una ardiente nazi, Charlotte Schmidt, por lo que el Führer pasó por alto la mencionada irregularidad de mezclarse en la vida privada de sus generales. Es más, al parecer hizo lo posible por facilitar los trámites.

Los generales habían perdido otra oportunidad de derrocar a Hitler, sobre todo si se tiene en cuenta el disminuido poder de las SA desde 1934 y la pequeña talla de las SS armadas. Pero ellos, los que siempre habían proclamado ser guardianes del Reich, nada hicieron, ni siquiera frente a su propia humillación, por rescatarlo de un movimiento que abocaría en su destrucción.

Al mismo tiempo, Hitler purgó el Ministerio de Asuntos Exteriores. Neurath fue reemplazado por Ribbentrop. Papen fue reemplazado en Viena y dos diplomáticos conservadores, Herbert von Dirksen y Ulrich von Hassell, fueron separados de las embajadas claves de Tokio y Roma.

En este episodio de la revolución nazi, Hitler había adquirido el poder que restaba a los que creyeron haberle ofrecido una parte.

VIII. La expansión del imperio de Hitler

A últimos de 1942, Europa entera, salvo Suecia, Suiza y la Península Ibérica, estaba bajo el control directo nazi o, indirectamente, bajo su influencia. Mientras, los ejércitos alemanes habían hecho retroceder bruscamente a Rusia hacia el este hasta una línea cuyo trazo iba desde Leningrado a la costa nordeste del Mar Negro, pasando por Stalingrado. Las islas mediterráneas, desde Creta a Cerdeña y la costa del norte de África, también estaban bajo ocupación del Eje. Esta notable extensión del poder nazi fue el resultado de una política exterior opresiva y sin escrúpulos.

Hitler, una vez consolidado su poder en Alemania, se concentró en los asuntos extranjeros y en la planificación militar y las interpretaciones de su política en este campo son divergentes.

Aquí sostenemos la tesis de que persiguió, con una consistencia indesviable, un cierto número de objetivos finales, pero que no tuvo un plan preconcebido para alcanzarlos. Más bien confió casi exclusivamente en su intuición, sentido de la oportunidad y astucia estratégica. No se le escapaba el riesgo de la guerra, implícito en sus objetivos. Antes de 1939, acertadamente, consideró este riesgo leve pero, en septiembre de aquel año, probablemente se sorprendería al encontrarse en guerra con Francia e Inglaterra. Después de esta fecha, su sentido crítico decayó progresivamente, incurriendo en la grave desestimación de las consecuencias que traería el atacar a Rusia y declarar la guerra a Estados Unidos. La Segunda Guerra Mundial hubiera podido ser evitada únicamente de haber continuado el resto de Europa indefinidamente con su irrealismo político para con Alemania. Y la pérdida de este irrealismo sería la razón de la guerra de Hitler.

Los objetivos de Hitler eran la revisión del Tratado de 1919 a favor de Alemania, la creación de un gran Reich y, sobre todo, la expansión por el este, a la busca del *Lebensraum*. Objetivos secundarios eran establecer una alianza con Italia y un entendimiento con

Gran Bretaña. La revisión del Tratado de Versalles significaba recuperar el territorio perdido en 1919, en particular de Polonia y Francia, así como declarar la libertad de Alemania para rearmarse sin inmiscusiones de ningún tipo. La creación del gran Reich implicaba no sólo el *Anschluss* con Austria, sino también la incorporación de toda área habitada por alemanes de raza, abstracción hecha de su separación histórica de Alemania. El *Lebensraum,* en la práctica, suponía la sumisión de la Rusia soviética. Un acuerdo con Italia resultó relativamente fácil de alcanzar y, en 1936, se establecería el Eje Berlín-Roma, pero Gran Bretaña continuó siendo para Hitler un rompecabezas. Nunca valoró la repulsa de Gran Bretaña al emprender antes de 1939 una fuerte acción contra Alemania, combinada con su nulo entusiasmo por cooperar. Hitler oscilaba entre esperanzas de una alianza con Gran Bretaña, iniciar una acción militar contra ella, o dejarla de lado con desdeñosa indiferencia. Incluso después del estallido de la guerra, su actitud frente a ella fue ambivalente.

Durante los cinco primeros años, Hitler se ocupó del rearme y de liberar a Alemania de las sanciones de 1919. Mientras tanto no se hubiera logrado esto, el riesgo de intervención armada debía ser minimizado y las sospechas extranjeras aplacadas. Se aprovechó la oportunidad para forjar el Eje Berlín-Roma, firmar un acuerdo naval con Gran Bretaña y un pacto anticomunista con el Japón.

En 1932, Hitler había declarado a los industriales de Dusseldorf que «la primera necesidad estaba en restaurar un organismo político alemán con una consistencia nacional, armado para atacar». Poco después de ser nombrado Canciller, confió a ciertos generales que se enfrentaban con el peligroso período del rearme, en el que Francia podría «caer sobre nosotros», y subrayó al gabinete que las exigencias militares deberían gozar de una atención fundamental en los próximos años. Hitler procedió a defender la justicia del caso alemán en público, sirviéndose del sentimiento, común en Inglaterra, de que el Tratado de Versalles, además de impolítico, era injusto. Así fue, en efecto, pero Hitler no tenía intención de detenerse en la revisión. Utilizó el descontento de Versalles como un medio para sus propios fines.

En el famoso discurso «De la Paz», pronunciado ante el Reichstag, en

mayo de 1933, sostuvo que Alemania era la única que se había desarmado y que estaba dispuesto a completar este desarme si los otros países lo hacían a su vez. Subrayó su aversión a la guerra, lo que reiteró en una interviú al *Daily Mail* en octubre y refiriendo en noviembre al corresponsal de *Le Matin* que había renunciado a sus reivindicaciones sobre Alsacia y Lorena.

Hábilmente explicó el abandono por parte de Alemania de la Conferencia General del Desarme y de la Liga de las Naciones, en octubre de 1933, como resultado de la continua negación de la igualdad a Alemania, llegando incluso a celebrar un plebiscito sobre el abandono de la Liga, como prueba de sus buenas intenciones.

Más sorprendente todavía fue el pacto con Polonia. Las relaciones con Polonia transcurrían en una línea de sentimiento de injusticia, por una parte, y profunda desazón por la otra, y, durante 1932-33, se dieron unas cuantas escaramuzas de guerra menor. Pero el ejército insistió en su impotencia por luchar, ni siquiera en una campaña defensiva, por lo que se ofreció a Polonia un pacto de no agresión. Polonia, temerosa de que Alemania actuara fuera ya del contexto de la Liga, aceptó y, en enero de 1934, fue firmado un pacto por diez años. Hitler había pospuesto el definitivo ajuste con Polonia para su momento oportuno, y podía, en tanto, vanagloriarse de su virtud al resolver uno de los más peligrosos problemas de Europa.

El rearme clandestino se había proseguido desde el período de Weimar, pero ni éste ni la política a adoptar podían llevarse a término dentro de los límites de Ginebra y de la Liga. De ahí la ruptura de Alemania en octubre de 1933; no se aplicaron sanciones y la estratagema de Hitler había prosperado. Cuando Gran Bretaña y Francia pretendieron renovar las negociaciones de desarme, Hitler replicó que éstas serían sólo admisibles previo reconocimiento del derecho de Alemania a levantar un ejército de trescientos mil hombres con base al servicio militar obligatorio. No se llegó a un acuerdo, a pesar del interminable intercambio de notas durante el invierno de 1933-34, pero las ampliaciones en el presupuesto de gastos militares se hicieron públicas en marzo de 1934 y las potencias occidentales se lanzaron a una política de conciliación.

A principios de 1935, estaba claro que Gran Bretaña y Francia

estaban dispuestas a conceder a Alemania el derecho al rearme, a cambio de su adhesión a algún plan de seguridad mutua en el Este.

Hitler estaba indeciso sobre cómo responder, hasta la publicación del Libro Blanco británico de marzo de 1935, que anunciaba el aumento de armamentos y criticaba el rearme alemán. El 9 de marzo, la existencia de la *Luftwaffe,* las fuerzas aéreas alemanas, fue oficialmente anunciada. Tres días más tarde, Francia dobló la duración del servicio militar obligatorio y redujo la edad de llamada a filas «para contrarrestar sobre todo el problema de bajo índice de nacimientos del período 1914-18» y, el 16 de marzo, Hitler anunció el inicio del servicio militar obligatorio para construir un ejército de tiempo de paz de treinta y seis divisiones: 550.000 hombres. En mayo, se promulgó la Ley Secreta de Defensa del Reich y, tras la remilitarización de la Renania en 1936, los planes prosiguieron a ritmo creciente.

En 1939, el ejército contaba ya con treinta divisiones de infantería, cuatro de ellas completamente motorizadas, cinco divisiones acorazadas, cuatro divisiones ligeras, veintidós batallones de artillería y casi trescientas baterías antiaéreas. Desde 1933, la marina alemana había puesto en servicio dos barcos de 26.000 Tm (y dos aún mayores estaban en construcción), dos acorazados de 10.000 Tm y cuatro más de casi este tonelaje, diecisiete destructores y cuarenta y siete submarinos. La *Luftwaffe,* creada por entero desde 1933, tenía 260.000 hombres, encuadrados en veintiún batallones. Éstas eran las fuerzas que apoyaban en 1939 la diplomacia de Hitler.

El Tratado de Versalles había establecido una zona desmilitarizada de cincuenta kilómetros de ancho en la Renania, que había sido confirmada por los acuerdos de Locarno de 1925, en los que las fronteras belgo-alemana y franco-alemana habían sido garantizadas por Italia, Gran Bretaña y los países inmediatamente interesados.

Después de violar el Tratado de 1919 en marzo de 1935, el próximo paso lógico de Hitler fue remilitarizar la Renania el 7 de marzo de 1936. El pretexto se lo ofreció el Pacto Franco-Soviético de mayo de 1935, que, al decir de Hitler, introducía «un elemento de inseguridad legal» en Locarno. La oportunidad surgiría con el ataque de Mussolini a Abisinia. El frente de Stresa, creado cuando los gobiernos

italiano, francés y británica formalizaron una declaración en Stresa, en abril de 1935, condenando el rearme alemán, y afirmando y confirmando su lealtad a Locarno, estaba en entredicho. A mediados de febrero, Hitler había decidido reocupar la Renania, so pretexto de la ratificación del Pacto Franco-Soviético cuando ésta tuviera lugar.

Para Hitler, fue ésta una seria decisión. Las conversaciones en enero entre el Duce y Hassell, indicaron que Italia buscaba un acercamiento con Alemania, así como el colapso de la cooperación anglo-italiana. No obstante, Hitler temía que Italia pudiera ayudar a Francia, a cambio de la renuncia de ésta a adoptar sanciones contra Italia por la cuestión de Abisinia y, hasta el 3 de marzo, en que Hassell obtuvo confirmación escrita, no estuvo seguro de que Mussolini no se le opondría.

La actitud británica preocupó a Hitler hasta el final. De hecho, el gobierno británico puso en claro a Francia que no actuaría. La actitud francesa, por su parte, nunca fue puesta en duda. Francia conocía bien las intenciones de Hitler, pero éste no ignoraba que no actuaría sola. Así, la entrada de unas pocas tropas en las tierras del Rhin el 7 de marzo, tuvo más importancia de la que Hitler podía suponer. El éxito, favorablemente, alteró su posición, y se había cubierto la última etapa del restablecimiento de la independencia militar alemana. Ninguna actividad interior podría ya provocar la intervención de Francia; de ahí la aceleración del rearme.

A principios de 1936, se evidenciaba ya el advenimiento del Eje. Austria había impedido el acercamiento de la Alemania nazi y la Italia fascista, pero la aventura del Duce en Abisinia no sólo le dejó aislado, sino que le impidió prolongar su antiguo papel de protector de Austria, por lo que estaba propenso a enfocar el acuerdo austro-alemán de 1936 como una solución al problema austriaco. El mismo mes, imprudentemente, se vio implicado en la guerra civil española al apoyar al general Franco, lo que arruinó toda posibilidad de impulsar la cooperación con Gran Bretaña o Francia. Hitler había escrito en *Mein Kampf* sobre la necesidad de una alianza con Italia, para lo cual, estaba dispuesto a excluir de su Reich a los alemanes del Tirol meridional, apartándose asimismo de sus posibles intentos de buscar un entendimiento con Gran Bretaña a finales del verano de 1936. Los contactos entre Roma y Berlín engendraron

en octubre de 1936 la firma de un protocolo secreto. Ninguno de los bandos estaba obligado a ayudar al otro en caso de una guerra europea, pero acordaban seguir una política común en España y Europa suroriental. No era todavía una alianza militar, pero los lazos entre los poderes del Eje fueron estrechándose, dejando vía libre al Pacto de Acero de 1939.

Japón, entre tanto, había sido considerado como un posible aliado. Sus actividades en Asia bien podrían apartar la atención de Rusia hacia Europa y, el gobierno soviético, además de ser el enemigo definitivo, había firmado hacía poco acuerdos con Francia y Checoslovaquia. Pese a algunos temores acerca de que la actividad japonesa en China amenazara importantes intereses alemanes en aquel país, se firmaba, en noviembre de 1936, el Pacto Anti-Komintern. El pacto preveía la defensa interior contra las actividades del comunismo internacional y ambas partes contratantes acordaban adoptar una mutua neutralidad benevolente caso de que alguna atacara a la Unión Soviética. En noviembre de 1937, Italia se adhirió al acuerdo.

La política de Hitler para con Gran Bretaña fue difusa durante estos años. En un discurso al Reichstag el 21 de mayo de 1935, subrayó sus deseos de limitar el poder naval de Alemania al 35 % del de Gran Bretaña. El gobierno británico respondió con presteza y se firmaba un acuerdo en junio.

Recientemente se ha sostenido que Hitler se volvió contra Gran Bretaña a finales de 1937. Entre las pruebas aportadas se encuentra el memorándum, redactado por el coronel Hossbach, de una conferencia militar entre Hitler y sus generales, celebrada el 5 de noviembre de 1937. El memorándum de Hossbach es un documento discutible, pero se desprende de otras pruebas que Hitler estaba, en la época, con una actitud antibritánica.

El año 1938 vería el aceleramiento de la política de Hitler. La conferencia del 5 de noviembre de 1937 y la liquidación de las últimas huellas de la abierta oposición conservadora, a principios de 1938, sugieren que Hitler estaba dispuesto a precipitar acontecimientos, aunque la anexión de Austria, en cierto sentido, le fue impuesta antes de lo que hubiera esperado. No es que fuera reacio

al *Anschluss* con Austria. Su consecución ilustra tanto su voluntad en lograr su objetivo como su oportunismo.

La nada irrazonable idea del *Anschluss,* uniendo los pueblos de habla alemana de Alemania y Austria, había brotado en el siglo XIX. Bismarck la rechazó en 1866, pero la idea persistió, por ejemplo, en el programa del partido de Schoenerer.

La disolución del Imperio Habsburgo durante la Primera Guerra Mundial, apartó el principal obstáculo a ella, pero Francia insistió en su específica prohibición en el pacto de 1919. Hasta 1931, no fue activamente revisada la idea de una proyectada unión aduanera austro-alemana, que se vendría abajo por la oposición de Francia, a la que apoyaron Italia y Gran Bretaña.

Desde el verano de 1932, Mussolini adoptó una política unilateral, destinada a mantener el *statu quo* de Austria. Como contrapartida, contaba con que su Canciller, Engelbert Dollfuss, introdujera medidas esencialmente fascistas y se integrara en las relaciones de Italia con Hungría.

La subida al poder de Hitler agravó la situación. En efecto, a diferencia de su política general, perseguía la rápida consumación del *Anschluss.* Ello obedecía a que los nazis austriacos eran parte integrante del movimiento alemán, lo que implicaba que Austria, al igual que Alemania, debía ser nazificada. Hitler creía asimismo que el gobierno de Dollfuss pronto se vendría abajo. Éste estaba basado en una dificultosa alianza entre el «Frente Patriótico», una organización que no constituía un partido, formada por una amalgama de determinados grupos políticos y, entre ellos, los cristiano-sociales de Dollfuss, y la *Heimwehr,* una organización fascista. Hitler impidió a los turistas alemanes ir a Austria y desencadenó una agresiva propaganda radiada contra ésta; hizo arrojar libelos nazis en Austria desde aeroplanos y nombró a Theodor Habicht para que dirigiera las actividades subversivas del Partido en aquel país.

Dollfuss buscó el apoyo de Gran Bretaña, Francia e Italia, reacio a confiar exclusivamente en Mussolini por si un *Anschluss* impuesto por la fuerza fuera sustituido por la ocupación italiana. Gran Bretaña y Francia aceptaron presionar en Berlín, pero Mussolini rehusó, prefiriendo, por el contrario, actuar como protector exclusivo de

Austria y, al mismo tiempo, estrechar la amistad con Alemania. Esto arruinó toda posibilidad de coacción a Hitler, pero la influencia italiana sobre Austria creció. A principios de 1934, Dollfuss comprendió que el apoyo anglo-francés era inverosímil, por lo que se vinculó más estrechamente a Mussolini aceptando los Protocolos de Roma, relativos a las relaciones económicas entre Italia, Hungría y Austria.

La influencia de Mussolini no era tan grande como pensara. Su conexión con Dollfuss y Stahremberg llevó a Fey, el restante miembro del triunvirato gobernante, a intrigar con los nazis austriacos. Un encuentro celebrado entre el Führer y el Duce no consiguió aliviar la tensión y, los nazis austriacos, decidiendo que la fuerza era la única solución, se lanzaron a un *putsch,* que fue abortado, en julio de 1934. Dollfuss fue asesinado y las tropas italianas se apostaron en el Brennero, pero el mismo gobierno austriaco resolvió la situación. Hitler no había otorgado ayuda alguna a los rebeldes, pero sabía de la existencia del *putsch y* creía, con base a las afirmaciones de Habicht, que el éxito era seguro. El fracaso y la impostura de Habicht le pusieron furioso. Ello engendró su decisión de adoptar una política evolucionaría y el respetabilísimo católico ortodoxo Papen fue enviado a Viena como Ministro extraordinario.

Kurt von Schuschnigg reemplazó a Dollfuss. Poco propenso a confiar en Italia, buscó un entendimiento con los nazis austriacos, ahora despojados de su elemento extremista, sin llegar a ningún resultado definitivo. Mussolini, entre tanto, se hallaba inmerso en los problemas de Abisinia y se acercaba progresivamente a Berlín. Expresó sus deseos de ver un incremento de la influencia alemana en Austria y, en marzo de 1936, virtualmente aconsejó a Schuschnigg llegar a un acuerdo con Hitler. Schuschnigg, no sin aprensión, indicó su disposición de lograr un *modus vivendi* y su resultado fue el acuerdo austro-alemán de julio de 1936. Alemania reconocía la independencia de Austria y prometía la no intervención en sus asuntos internos. Schuschnigg acordaba seguir una política exterior paralela a la de Alemania e introducir a miembros de la oposición denominada nacional en su gobierno. Ello incluía a los nazis y a otros grupos con ideas pan-germánicas.

El acuerdo marca el final del conflicto ítalo-germano sobre Austria y, con la creación del Eje, Austria fue campo de actividades de Hitler. Schuschnigg previó el peligro, pero la retirada de Italia le dejó indefenso. La principal palanca alemana en el acuerdo era la promesa de nombrar nacionalistas no necesariamente nazis al gabinete de Viena, y los nombramientos de Edmund Glaise-Horstenau y Guido Schmidt fueron los primeros resultados. Schuschnigg no podía, sin embargo, pretender ofender en exceso el «Frente Patriótico» por la negociación con los nacionalistas, e intentó, durante algunos meses, una política de apaciguamiento ante el Reich y de firmeza con los nazis austriacos; pero esta política a nada condujo, por lo que se vio obligado a intentar la conciliación con los nazis. Nada significativo saldría de ahí salvo el nombramiento de Arthur Seyss-Inquart, como hombre enlace del gobierno y negociador con círculos nacionalistas. Aunque no era nazi, simpatizaba con ellos.

El acuerdo, entre tanto, funcionaba defectuosamente. El gobierno alemán y Seyss-Inquart estaban prestos a reanudar las negociaciones con una unión aduanera, pero Schuschnigg reaccionó con evasivas, y los contactos, entre Goering y Schmidt, a finales de 1937, sugirieron diferentes puntos de vista. En realidad, Schuschnigg veía el acuerdo como el último acto de apaciguamiento. Hitler, como un paso hacia el *Anschluss*. El memorándum Hossbach sugiere que, en noviembre de 1937, Hitler estaba ya dispuesto a considerar el uso de la fuerza contra Austria, aunque, posiblemente, no la usaría hasta 1945. Su énfasis en la fuerza arrollaría probablemente el poco entusiasmo de los generales por acelerar el progreso del rearme, conociendo, por demás, que todavía esperaba una solución pacífica al problema austriaco.

Papen, previendo el inminente colapso del acuerdo, sugirió a Hitler y Schuschnigg conferenciar en enero de 1938. Schuschnigg, aunque desalentado, no ignoraba que Hitler estaba deseoso de un acuerdo y, por no ofender al Führer, accedió. Casi inmediatamente, Hitler se vio inmerso en el asunto Blomberg-Fritsch y, el 4 de febrero, Papen era separado de su cargo. Papen se apresuró a recordar a Hitler la reunión propuesta, que éste había olvidado, y se dispuso que Schuschnigg acudiera al Berghof, el retiro de montaña de Hitler, en

Berchtesgaden, el 12 de febrero. Schuschnigg, entre tanto, había accedido a un plan, negociado por Zernatto, su Secretario de Estado, y Seyss-Inquart, para una cooperación entre el «Frente Patriótico» y la oposición «Nacional-Nazi». El *Punktationen,* que así se le denominaba, disponía que Seyss-Inquart sería arbitro en las cuestiones nazis y de cooperación militar austro-alemana. Debería haber una amnistía para los presos nazis, debiendo concederse cargos políticos a varios de éstos. Se acordó, en principio, que Seyss-Inquart fuera nombrado Ministro del Interior y Seguridad Pública.

Estas condiciones habían sido referidas a Hitler a espaldas de Schuschnigg, antes de que éste se reuniera con el Canciller austriaco. Hitler sabía exactamente hasta dónde estaba dispuesto éste a ceder; de ahí su actitud provocadora en las conversaciones. Las condiciones acordadas, dictadas por Hitler, eran las del *Punktationen,* y Glaise-Horstenau, debía ser nombrado Ministro de las Fuerzas Armadas. Todo ello sería cumplimentado antes del 15 de febrero.

Schuschnigg comenzó a actuar tal como le habían indicado, mientras Hitler, que todavía proseguía una política a largo término, intentaba controlar la renaciente violencia nazi en Austria. Schuschnigg, con ánimo de poner freno, recurrió a su última estratagema, que tuvo el efecto de provocar el *Anschluss* bastante antes de lo que Hitler hubiera previsto. El 9 de marzo anunció que el 13 de marzo se celebraría un plebiscito sobre la cuestión del *Anschluss.*

Hitler, después de un día de vacilaciones, convocó a su estado mayor para improvisar un plan de invasión de Austria, concediendo, al mismo tiempo, libertad de acción a los nazis. Dio instrucciones a Seyss-Inquart para que pidiera la posposición del plebiscito y dejara en claro que la única alternativa sería la ocupación militar alemana. Se pasó asimismo a Seyss-Inquart un telegrama, ya redactado, para que pidiera la referida intervención. Schuschnigg precipitó el plebiscito para el 11 de marzo a las 2 de la tarde; inmediatamente, Alemania exigió además la sustitución de Schuschnigg por Seyss-Inquart. Schuschnigg dimitió, pero el Presidente Mudas rehusó nombrar a Seyss-Inquart, hasta que, a eso de las doce y presionado por insurgentes armados, cedió. Hitler, entre tanto, después de horas de indecisión, había dado a las 8'45 de la tarde la orden, de ocupar militarmente Austria, decisión en la que fue

confirmado por un mensaje de Philip de Hesse, su enviado especial en Italia, que indicaba que Italia permanecería neutral. Hitler, al parecer, insistió aún en que la ocupación tuviera lugar a instancias de Viena. Seyss-Inquart no tenía deseos de una invasión militar, por lo que se negó a colaborar. Finalmente, Wilhelm Kepler, el hombre enlace de Hitler en Viena, telefoneó el erróneo mensaje a Berlín: «Seyss-Inquart accede», lo que satisfizo los proyectos de Hitler de salvar las apariencias.

Después de haber ascendido al poder, con la aprobación de Miklas, ni Seyss-Inquart ni los nazis austriacos deseaban perderlo. Pero la demanda del nuevo Canciller de que las tropas alemanas retrocedieran fue ignorada y éstas cruzaron la frontera al alba del 12 de marzo. En esta etapa, Hitler pudiera haber intentado establecer una unión austro-alemana en su propia persona, pero, consciente de la inconsistencia del proyecto, decretó, el 13 de marzo, la anexión de Austria como una provincia más del Reich alemán. Más tarde, esto sería ratificado por plebiscito. Con vistas a las plausibles llamadas de Hitler al principio de la autodeterminación, conviene no perder de vista que la anexión precedió al plebiscito.

El *Anschluss* fue llevado a cabo casi contra la voluntad de Hitler. Consciente de la falta de habilidad de Austria para mantener un gobierno estable, había adoptado una política evolucionaría, pero la decisión de Schuschnigg de celebrar un plebiscito precipitó una crisis que permitió a Hitler descubrir que podía correr el riesgo de intentar la adhesión. Su éxito debió marcar en él la impresión de cómo los métodos graduales podían ser acelerados por amenazas y por la fuerza armada.

Tras el *Anschluss,* Hitler volvióse rápidamente a su próximo objetivo, Checoslovaquia. Los checos, conscientes de su peligro, se habían aliado con Francia y Rusia, pero Francia Continuaba con su política de apaciguamiento y Polonia y Rumania era poco probable que facilitaran el paso de las tropas soviéticas en ayuda de Checoslovaquia. La existencia de tres millones y cuarto de alemanes en los Sudetes, proporcionó a Hitler el pretexto que necesitaba. Durante la crisis de 1938, se abusaría de la cuestión de la situación de esta minoría, como escudo a las intenciones de Hitler por destruir el Estado checo. Desde 1935, el Partido Nazi sudete, dirigido por

Konrad Henlein, estaba subvencionado por Alemania. El gobierno checo buscaba un entendimiento con su minoría alemana pero, después de marzo de 1938, Henlein prosiguió la política, acordada en conferencia con Hitler, de mostrarse insatisfecho por cualquier concesión que se le ofreciera.

En mayo, Hitler se envalentonó por las presiones anglo-francesas sobre Praga para que ésta respondiera a los requerimientos sudetes y, el 20 de mayo, Keitel le envió el primer proyecto de la «Operación Verde», que planeaba la guerra con Checoslovaquia en determinadas circunstancias. Inopinadamente, el gobierno checo ordenó la movilización parcial el mismo día, a la que siguió una crisis que se prolongó durante el fin de semana. La crisis pasó, pero dejó a Gran Bretaña y Francia con la noción de que el Presidente Benes había cometido un provocador desatino. Su acción exasperó a Hitler, quien cambió la frase inicial de las instrucciones de la «Operación Verde» por: «Es mi decisión inalterable aplastar a Checoslovaquia en un futuro próximo por la acción militar». El 10 de octubre de 1938 sería la fecha tope.

Durante junio, julio y agosto, la tensión fue en aumento. Hitler intentó provocar a Polonia, Rumania y Hungría para que exigieran a Checoslovaquia concesiones territoriales y los preparativos militares continuaron pese a la oposición de Ludwig Beck, jefe del Alto Mando militar, que temía la guerra con el este. Se esperaba que Hitler hiciera una declaración en la gran concentración del Partido en septiembre, y Londres y París, sin profundizar en la verdad de los hechos, urgieron a Praga para que llegara a un acuerdo con Henlein. Chamberlain despachó como mediador a Lord Runciman, pero Henlein ganó sus simpatías, evitando simultáneamente cualquier arreglo con Benes.

El esperado discurso de Hitler fue finalmente pronunciado el 12 de septiembre. Aunque no contenía nada concreto, rompió los ya alterados nervios de Chamberlain y Daladier, el Primer Ministro francés. El 15 de septiembre, el Primer Ministro británico, por decisión de ambos gobiernos, voló para reunirse con Hitler en Berchtesgaden. Aceptó idear un procedimiento para separar los Sudetes de Checoslovaquia, y Hitler, por su parte, no emprender una acción precipitada.

Durante la semana siguiente, los preparativos militares alemanes continuaron. Se constituyó un *Freikorps* de sudetes, el Partido Popular Eslovaco fue aleccionado para pedir la autonomía de Eslovaquia y Varsovia y Budapest para exigir plebiscitos en las áreas polacas y magiares de Checoslovaquia. Chamberlain actuó para llegar a un acuerdo británico, francés y checo sobre unas propuestas que transmitió al Führer, en Godesberg, el 22 de septiembre.

Los Sudetes serían transferidos, sin plebiscito, a Alemania y, Checoslovaquia, después de cancelar sus tratados con Francia y Rusia, pasaría a ser país neutral bajo garantía internacional. Chamberlain proponía un traspaso gradual de las áreas afectadas, pero Hitler exigió la evacuación para el primero de octubre. El gobierno británico rechazó su petición, pero Hitler continuó en sus trece cuando fue visitado el 26 de septiembre por Sir Horace Wilson.

Hitler, no obstante, estaba preocupado por la alarma expresada por sus generales sobre la falta de entusiasmo bélico en Alemania. Escribió a Chamberlain en términos que, aún evitando concesiones, animaron al primer ministro a hacer un último esfuerzo. Gran Bretaña pidió a Mussolini un acercamiento a Hitler y, el Duce, seriamente inquietado por la perspectiva de una guerra general, así lo hizo el 28 de septiembre, convenciendo a Hitler para participar en una conferencia a celebrar en Munich el día siguiente.

Los checos, pese a los esfuerzos anglo-franceses por incluirlos, fueron excluidos de esta reunión improvisada. El memorándum en que se basaba el acuerdo había sido redactado en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, secretamente comunicado a Roma y reproducido por Mussolini como suyo propio. Contenía pocas diferencias significativas respecto a las propuestas de Godesberg y fue aceptado el 30 de septiembre. Checoslovaquia fue obligada a acceder a la pérdida de 28.500 km^2 de territorio, discontinuidad de sus servicios de ferrocarriles, serios menoscabos en su industria y pérdida de sus fortificaciones. Ochocientos mil checos pasaron a ser súbditos alemanes, permaneciendo en Checoslovaquia doscientos cincuenta mil alemanes.

Hasta el 28 de septiembre, Hitler había estado indeciso sobre si ganarse los Sudetes con las negociaciones, o correr el riesgo de

invadir toda Checoslovaquia. La intervención de Mussolini le decidió, pero no por ello renunció a sus ambiciosos propósitos de la «Operación Verde».

Después de Munich, Checoslovaquia cedió territorio a Polonia y Hungría, y garantizó la autonomía a Eslovaquia y Rutenia. La influencia alemana actuó para persuadir a los eslovacos y a sus minorías alemanas de que pidieran la independencia. El presidente Hacha, el sucesor de Benes, intentó conservar la integridad nacional disolviendo los gobiernos eslovaco y ruteno en marzo de 1939. Hitler una vez más demostró su oportunismo. Tiso, el depuesto primer ministro eslovaco, fue invitado a Berlín, para volver con una declaración de independencia de Eslovaquia, redactada en el mismo Berlín y la amenaza de que, de no ser esta independencia proclamada, Eslovaquia se vería ocupada por Alemania. Tiso logró celebrar una sesión del parlamento eslovaco y la independencia fue declarada el 14 de marzo. Este cambio interior permitió al gobierno de Chamberlain repudiar su garantía de Munich sobre Checoslovaquia.

Hitler, en cualquier caso, había iniciado ya la marcha hacia Praga. El Presidente Hacha había ido a Berlín el 14 de marzo, para abogar por su país. Viejo, inexperto y tan enfermo que se desmayó durante las conversaciones con el Führer, no tardó en ser persuadido para telefonear instrucciones a Praga para que no se resistiera el avance alemán. Dos horas más tarde, las tropas alemanas cruzaban la frontera. Un comunicado conjunto anunció que Hacha «había puesto con toda confianza el destino del pueblo checo en manos del Führer». Se creó el Protectorado de Bohemia y Moravia y, al poco tiempo, Tiso pedía el 13 de marzo una protección semejante en un telegrama preparado para él por el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán. Rutenia fue anexionada a Hungría.

Este fue el último de los grandes éxitos de Hitler sin recurrir a la guerra, pero con él había quemado una de sus cartas más fuertes. Sus anteriores agresiones habían sido veladas con llamadas al principio de autodeterminación nacional, justificación que fue acogida con cierto crédito en Gran Bretaña. La ocupación de territorios no alemanes destruyó la ilusión y la política británica, aunque sin perder de vista un arreglo general pacífico, pasó a ser

más firme.

Los preparativos para recuperar Danzig y el territorio perdido en beneficio de Polonia en 1919, estaban en marcha antes ya del desmembramiento último de Checoslovaquia. Danzing, para permitir el acceso de Polonia al mar, había sido separada de Alemania y convertida en ciudad libre, en la que los polacos gozaban de privilegios económicos. La Prusia Oriental, por su parte, estaba separada del resto de Alemania por el corredor polaco. Gran parte del territorio conquistado por Polonia en el pasado había sido perdido en beneficio de Prusia durante las particiones dieciochescas y estaba habitado por polacos, pero Polonia, tras la guerra, había ocupado en Silesia más territorio del que legítimamente podía reivindicar.

El motivo subyacente en el Pacto de No-Agresión de 1934, residía en aplacar un vecindario suspicaz hasta tanto Alemania fuera más poderosa. Hitler, quizá tuviera además *in mente* una alianza con Polonia contra Rusia. En octubre de 1938, Ribbentrop propuso a Lipski, el embajador polaco, la devolución de Danzig, la cesión de una carretera y un ferrocarril extraterritoriales a través del corredor y una política conjunta contra Rusia, todo ello a cambio de menores concesiones. Los polacos respondieron con una rotunda negativa a estas peticiones, pero accedieron a negociar sobre Danzig y sobre la mejora de las comunicaciones de Alemania en el corredor, posición de la que nunca se apartarían. Entre tanto, continuaron repartiéndose entre Alemania y Rusia, convencidos de que, de inclinarse en un solo sentido, Polonia terminaría siendo un satélite. La ocupación de Checoslovaquia por Alemania y el victorioso ultimátum de ésta a Lituania poco después para la restauración de Memelland, aumentó el recelo polaco.

En marzo de 1939, Chamberlain anunció que Gran Bretaña actuaría si la independencia polaca era amenazada y se iniciaron negociaciones para un pacto de asistencia mutua entre ambos países. Éste fue un jaque que el Führer no esperaba, pero, a pesar de ello, la «Operación Blanca», aparecida en 1.° de abril, daba las directrices para los preparativos de un ataque a Polonia el primero de septiembre. Probablemente Hitler pretendería alcanzar estos fines antes de esta fecha con fanfarronadas y, en abril, denunció el Pacto de

No-Agresión y el acuerdo naval anglo-alemán.

No volvió a insistir cerca de Varsovia. Las actividades de la Quinta Columna nazi en Danzig fueron estimuladas, intentándose, al mismo tiempo, aislar a los polacos. Las relaciones de Alemania con los Estados balcánicos fueron estrechadas y se firmaron Pactos de No-Agresión con Letonia, Lituania y Estonia; y, más importante todavía, se persuadió finalmente al Duce, en mayo, para firmar una alianza militar: el Pacto de Acero.

El más chocante desarrollo fue un acercamiento ruso-alemán. En el plan para aislar a Polonia, Rusia era vital. Las garantías anglo-francesas a Polonia, sin ayuda de la Unión Soviética, suponían un escaso valor militar. Ni Francia ni Gran Bretaña estaban dispuestas a tratar con Rusia. Sólo, y sin demasiados entusiasmos, Chamberlain sugirió relaciones, pero ningún ministro británico importante fue a Moscú pese a la invitación de Stalin. No desaprovecharía Hitler la situación y la sustitución de Litvinov (pro-occidental) por Molotov, como Comisario Soviético de Asuntos Exteriores, dio nuevos bríos a Alemania. Las conversaciones para la renovación de acuerdos económicos ruso-alemanes, recientemente expirados, sirvieron de tornavoz a negociaciones mayores.

En última instancia, en tanto Hitler pretendiera su *Lebensraum* por el este, la guerra con Rusia era inevitable, pero un acuerdo con ella convenía a sus necesidades inmediatas. El ejército ruso, después de las recientes purgas de Stalin, era incapaz de sobrellevar una gran guerra y tenía escasa confianza en occidente (lo que es justificable), por lo que era tentador un pacto a expensas de Polonia, con posibles ventajas territoriales en Europa oriental.

Ambos lados estaban a la defensiva, pero un intercambio personal de notas entre Hitler y Stalin preparó el camino al pacto nazi-soviético del 24 de agosto de 1939. Formalmente era un pacto de no-agresión, pero hubo un protocolo secreto que reconocía a Finlandia, Estonia y Letonia como esferas de interés ruso y a Lituania y Vilna como esferas de interés alemán. Se proyectó la partición de Polonia y se reconoció asimismo el interés económico de Rusia en la provincia rumana de Bessarabia.

Hitler esperaba posiblemente que las noticias del pacto apartarían a

Gran Bretaña y Francia de Polonia, pero en esto estaba equivocado, por lo que hizo un último intento por lograr el aislamiento de Polonia. Sus gestiones trajeron por resultado que Sir Nevile Henderson, el embajador británico en Berlín, trajera a negociación una oferta sobre Polonia. Inmediatamente insistió Hitler en que se enviara un plenipotenciario con plenos poderes para llegar a un acuerdo inmediato, pero el gobierno británico declinó imponer esto sobre Varsovia. Hitler publicó el 30 de agosto por vez primera una lista completa de sus reivindicaciones sobre Polonia, en parte para convencer a los alemanes de que pretendía guardar la paz, en parte para persuadir a Londres de que presionara nuevamente sobre Polonia. Varsovia, presionada por Francia e Inglaterra, dio instrucciones a Lipski para que hablara con Ribbentrop, pero el gobierno alemán había ya roto la clave diplomática y sabía que Lipski no podía llegar a un acuerdo inmediato, de modo que la entrevista en la Wilhelmstrasse sería superflua.

Entre tanto, Alfred Naujocks, uno de los hombres de Heydrich, había estado esperando desde el 10 de agosto cerca de la frontera polaca para simular un ataque de Polonia a la estación de radio alemana de Gleiwitz. Había sido instruido para fingir un ataque, radiar una breve declaración indicando que Gleiwitz había sido tomada por polacos y, a continuación, retirarse. Las pruebas se prepararían a base de unos cuantos criminales muertos mediante inyecciones mortíferas y acribillados luego a balazos, cuyos cadáveres, vestidos con uniformes polacos, serían dejados cerca de la estación. Naujocks, no obstante, utilizó al parecer un solo cuerpo. Salvo en ese detalle, este ridículo episodio se llevó a término de acuerdo con lo previsto y se utilizó como prueba de la violación por parte de Polonia del territorio alemán. Al alba del 1.° de septiembre de 1939, los *panzers* alemanes se desplegaron por Polonia. Hitler había finalmente arriesgado el uso de la fuerza bruta y arrastrado al III Reich a la guerra que lo destruiría.

Hitler esperaba aún que Gran Bretaña y Francia permanecieran neutrales pero, el 3 de septiembre, después del abortado intento de Mussolini de procurar un «segundo Munich», éstas declararon la guerra.

Aportaron su pequeña ayuda de aliados y, a finales de septiembre,

la resistencia polaca había terminado. La velocidad del *blitzkrieg* alemán había sorprendido al mundo y preocupado gravemente a Stalin que se preparaba ya a ocupar aquellos territorios que formaban parte de su lote del pacto de agosto. Utilizó, pues, la necesidad de Hitler de tener campo libre en occidente para conseguir reformas al plan original. Lituania pasó a la esfera rusa y Polonia fue repartida. Polonia occidental volvió al Reich y Polonia central fue ocupada como Gobierno General. Hitler había hecho considerables sacrificios, entre ellos los Estados bálticos, importantes avanzadas de Alemania, y gran parte de Polonia, incluida la región petrolífera de Borislav-Drohobycz. El triángulo Suwalki de la frontera oriental prusiana fue su única ganancia territorial, pero quedó libre para apuntar a Occidente.

Hitler estaba decidido a llevar a cabo la «Operación Amarilla» contra occidente a finales de septiembre. En los meses siguientes planeó y destrozó la no muy poderosa posición de sus generales. El mal tiempo obligó a posponer las actividades desde noviembre a enero y la captura de un oficial alemán, que se estrelló en Bélgica cuando preparaba planes de operaciones, ocasionó un nuevo retraso.

Hitler comenzaba para entonces a sentirse atraído por el plan de ataque a Noruega del almirante Raeder, cuyos puntos fuertes eran el de conseguir bases de acción contra las fuerzas navales británicas y comunicaciones invernales con Suecia, de donde procedía gran parte del mineral de hierro de Alemania. Raeder, con ayuda de Rosenberg, encontró un encumbrado colaborador noruego, Vikdun Quisling, pero las fuerzas de invasión alemanas fueron tan amplias que la colaboración resultó sin interés. Los gobiernos británico y noruego respondieron al ataque con lentitud, ataque que fue desencadenado simultáneamente contra Dinamarca el 9 de abril. A fines de mes, el éxito estaba garantizado y el 10 de mayo el Führer inició la «Operación Amarilla». Los ejércitos alemanes se desplegaron por Francia, Bélgica, y los Países Bajos. Tan solo fracasaron en impedir la evacuación de 330.000 soldados franceses y británicos de Dunkerque, entre el 27 de mayo y el 4 de junio, lo que se debió a un error táctico del que Hitler era culpable. Un área de la Francia suroriental, llamada Francia de Vichy, conservó ciertos derechos de autogobierno bajo tutela nazi hasta 1942, mientras que el resto de

Francia, Bélgica y los Países Bajos pasó a ser territorio ocupado.

El 22 de junio de 1941, exactamente un año después del armisticio francés, Hitler invadió Rusia. En los doce meses anteriores, Hitler había perseguido tres líneas de política. Se intentó derrotar a Gran Bretaña, se invadieron los Balcanes *y* se hicieron preparativos para la «Operación Barbarroja» del ataque a Rusia. Todas estas operaciones, en cierto modo, estaban conexas, pero conviene que las consideremos por separado.

Hasta junio de 1940 no había previsto Hitler seriamente la invasión de Gran Bretaña. Estaba seguro de que, tras la derrota de Francia, Gran Bretaña llegaría a un acuerdo, pues todo lo que él quería era campo libre en Europa. Cuando su presunción resultó falsa, comenzó a interesarse por el plan de invasión de Raeder, pero ni la *Luftwaffe* alemana, ni la marina, eran capaces de crear las condiciones necesarias para llevar a cabo el plan y, en la práctica, la «Operación León de Mar» se dio por terminada en octubre de 1940. Los raids de bombardeo sobre Gran Bretaña continuaron. Se hicieron gestiones para implicar en la guerra a España y a Vichy, para así hostigar las bases británicas del Mediterráneo y se planeó la «Operación Félix», de ataque a Gibraltar, pero ninguno de estos planes prosperó. En septiembre de 1940, Mussolini atacó Egipto pero, tras la batalla de Sidi-Barrani, sus ejércitos se retiraron a la desbandada en diciembre. Durante la primavera de 1941, se iniciaron fallidos intentos para persuadir al Japón de que atacara Singapur. A finales de marzo, se envió el *Afrika Korps* de Rommel en ayuda de los italianos y, a finales de abril, los alemanes estaban al otro lado de la frontera egipcia. Entre tanto, la ocupación alemana de Grecia había desalojado a las fuerzas británicas de Creta y la situación de Gran Bretaña en el Oriente Medio, como reconocieron Churchill y Wavell era grave. Raeder y Rommel insistían en una ofensiva más amplia, pero el Führer no accedió. Su decisión era acabar primero con Rusia.

Se demoró la ultimación de los planes de ataque a Rusia por la situación balcánica, que había que resolver como una complicación incidental. Rusia había ocupado durante el año 1940 el territorio que le correspondía de acuerdo con el pacto con Alemania e hizo nuevas demandas sobre Rumania. Se hizo, pues, imprescindible

frenar la expansión rusa hacia occidente en tanto la «Operación Barbarroja» maduraba, así como estabilizar la situación general de los Balcanes, ya que tanto Bulgaria como Hungría tenían pretensiones revisionistas sobre Rumania. La intervención de Alemania zanjó la cuestión y, en septiembre de 1940 el rey Carol de Rumania abdicó, dejando el poder en manos del general Antonescu quien, admiraba tanto a Hitler que Rumania pasó a ser un satélite alemán.

Desgraciadamente para el Führer, Mussolini rompió el equilibrio atacando a Grecia, pese a las advertencias de Hitler de que no lo hiciera. Gracias a ello, la resistencia de Bulgaria, Yugoslavia y Turquía de unirse al Eje se hizo más fuerte. Rusia engendró sospechas sobre sus pretensiones en los Balcanes y Gran Bretaña tuvo oportunidad de asegurarse bases en Grecia. Alemania se vio pues obligada a intervenir, sobre todo por la falta de capacidad de Mussolini para derrotar a Grecia por sí solo.

Para garantizar el libre paso de las tropas alemanas a Grecia, se hacía imprescindible el acuerdo de Hungría, Rumania, Bulgaria y Yugoslavia. Estos acuerdos habían sido ya obtenidos el 25 de marzo pero, en la noche del 26 al 27 de marzo, un grupo de militares yugoeslavos, por medio de un golpe de Estado contra la política del gobierno, cambiaron la situación. Hitler estaba furioso. Diez días más tarde se ponían en práctica planes improvisados, desencadenándose ataques simultáneos contra Yugoslavia y Grecia. A fines de mes, ambas naciones estaban derrotadas. Grecia fue ocupada, pero Yugoslavia fue borrada del mapa, siendo dividida entre Alemania, sus aliados balcánicos e Italia.

Durante todo este tiempo, los planes para invadir a Rusia habían sido puntualizados. Estos preparativos habían sido cuidadosamente ocultados a los aliados de Hitler, intentándose al mismo tiempo dirigir la atención japonesa al Pacífico. El Führer no tenía intención de compartir la *Lebensraum* alemana. Para aplacar las sospechas de Rusia, se hicieron nuevos acuerdos comerciales, no ahorrándose esfuerzo para cumplir las entregas de maquinaria de Alemania, aun si ésta pudiera ser empleada en actividades bélicas. Por parte de Rusia, Stalin continuó intentando ganar tiempo al tiempo con enormes entregas de grano, lo que sirvió tan sólo para despertar las apetencias alemanas y reanimar en la mente de Hitler las ideas

expresadas en el Capítulo XXVI de *Mein Kampf*.

El 22 de junio de 1941, Rusia fue invadida y los ejércitos alemanes se internaron en la Unión Soviética, pero el *blitzkrieg* arrollador que Hitler había presumido resultó inalcanzable y, al filo del invierno, los generales de Hitler podían prever, por no decir más, una tercera edición de los desastres que anteriormente acaecieron a Carlos XII de Suecia y a Napoleón. El 6 de diciembre, el Ejército Rojo desencadenó una ofensiva por todo el frente central ruso y la amenaza sobre Moscú fue eliminada.

Para entonces, el discernimiento de Hitler le estaba llevando por derroteros que culminarían en el desastre y, cinco días más tarde, declaraba la guerra a EE. UU. en apoyo del Japón. El 7 de diciembre, Japón atacó la base naval americana de Pearl Harbour. Hitler no ignoraba que las relaciones del Japón con EE. UU. estaban muy tirantes, pero aquella maniobra, tan de su estilo, le sorprendió. No ocultó su admiración por lo que Japón había hecho, aunque su reacción bien podía haber sido la contraria. Había intentado persuadir a Japón de que atacara Singapur para distorsionar a Gran Bretaña y disuadir a EE. UU. de entrar en guerra y Ribbentrop había sugerido hacía poco que Japón atacara a Rusia por el este. Hitler no hubiera abogado por un ataque del Japón a EE. UU., pero cuando éste tuvo lugar, rápidamente decidió apoyar a su aliado, sin ni siquiera considerar el deseo de diferir semejante compromiso hasta tanto estuviere derrotada Rusia.

La principal razón de su decisión residía en que entendía inevitable la guerra con Estados Unidos más pronto o más tarde. Es más, la ininterrumpida asistencia de EE. UU. a Gran Bretaña suponía, a sus ojos, un estado de guerra y, por dos veces, en octubre de 1941, los submarinos alemanes se las habían entendido con destructores americanos, por lo que una declaración de guerra, simplemente, aclaraba la situación. Por si fuera poco, minimizó grotescamente la naturaleza de la sociedad americana, sin llegar nunca a percibir su significado o su alcance en cuanto potencia mundial. Un pueblo no autoritario y racialmente mezclado, presumía, tenía que ser decadente y Pearl Harbour fue tomado como ejemplo de esta presunción. Al igual que el alto mando alemán en 1917, desdeñó la posibilidad de una intervención americana en Europa a la escala masiva de

1944.

A finales de 1941, Hitler estaba inmerso en una guerra sin esperanzas, pero, antes de que la perdiera totalmente, los nazis utilizaron el escaso tiempo que les quedaba para intentar establecer su Nuevo Orden en la Europa ocupada.

IX. El Nuevo Orden europeo nazi

A sesenta kilómetros al norte de Hannover, se esconden entre desolados matorrales las reliquias del campo de Belsen. Por todas partes los monolitos recuerdan con su leyenda los centenares de muertos anónimos allí enterrados. Algunos monumentos cierran el recinto. Uno de éstos, erigido por Gran Bretaña, conmemora con mesurado tono «a los que murieron en este lugar». Las piedras judías, por su parte, recuerdan a los que murieron a manos de «los asesinos nazis». Ésta es la arqueología del Nuevo Orden europeo.

Aunque Hitler se refirió con frecuencia al Nuevo Orden en sus escritos y discursos, nunca fue éste tema de ningún plan detallado y concreto. Sin embargo, los discursos de los líderes nazis y los decretos dictados para el gobierno de los territorios ocupados evidencian, sin lugar a dudas, el propósito de éste. La Nueva Europa sería explotada económicamente a beneficio de la *Herrenvolk,* la raza superior. La casta aria podría incorporar a elementos utilizables de las poblaciones conquistadas, pero no *untermenschen* infrahumanos, como judíos, eslavos, intelectuales polacos y comisarios soviéticos. Éstos tendrían que ser exterminados o empleados como obreros-esclavos.

Goering dio a algunos altos funcionarios de su departamento económico, la siguiente instrucción: «Siempre que encontréis algo que pueda resultar provechoso para el pueblo alemán, debéis ir tras ello como un sabueso; debéis arrebatarlo... y traerlo a Alemania».

Himmler, en el famoso discurso pronunciado en 1943 en Posen, ante sus oficiales SS, declaró: «Cuanto puedan ofrecernos las naciones de sangre pura de nuestro tipo, lo tomaremos si preciso fuere raptando a sus niños y trayéndolos aquí con nosotros». El *Reichsführer SS* pasó después a expresar la indiferencia por el destino de las 10.000 mujeres rusas que estaban cavando para Alemania una zanja antitanque, hasta tanto estuviera ésta acabada y, en 1942, Martin Bormann, lugarteniente de Hitler, escribió a Ro-

senberg en los siguientes términos: «Los eslavos existen para trabajar para nosotros; en cuanto no nos sirvan, ya pueden morir. Por ello, la vacuna obligatoria y los servicios sanitarios alemanes son superfluos. La fertilidad de los eslavos es indeseable... la educación es peligrosa... la religión podemos dejársela como un medio de diversión. Por lo que respecta a alimentos, no deberían percibir más de lo absolutamente imprescindible. Somos los amos. Somos los primeros». Nada de esto era demagogia de baratillo. Los líderes nazis querían decir en estas ocasiones precisamente lo que dijeron. El reinado del terror, pillaje y exterminio que se desplegó en una visión dantesca, no tiene paralelo en la historia europea y difiere sustancialmente de muchas otras graves faltas de humanidad infligidas por los hombres a sus semejantes. La primera etapa de la industrialización de Gran Bretaña provocó considerables sufrimientos humanos, pero no era su propósito maltratar a los hijos de los obreros y, materialmente, sus beneficios a largo plazo han sido de inmenso valor. El nazismo no trajo beneficios a largo plazo y el terror y la exterminación se convirtieron en manos de muchos de sus agentes en fines en sí mismos.

No pretendemos relatar aquí la historia de cada país bajo la ocupación alemana, sino únicamente apuntar alguno de los más destacados aspectos de la política nazi allá donde operó. En general, su administración en el este fue confusa en extremo y de métodos brutales pero, en Europa occidental, distó de ser benevolente.

El gobierno de la Europa ocupada ofrece un ejemplo más de la ineficacia de la dictadura nazi. Hitler fue gradualmente absorbido por la dirección de la guerra y, hasta noviembre de 1944, pasó la mayor parte del tiempo en su cuartel general permanente de Wolfsschanze, en los sombríos bosques de Prusia Oriental. Los administradores civiles tuvieron campo libre para enlodarse en la usual marisma nazi de rivalidades personales y esferas de autoridad conflictivas.

Alfred Rosenberg fue Ministro de los Territorios Orientales, incluida *Ostland* (Letonia, Lituania, Estonia y Rusia Blanca) y *Ucrania*. Éstas estaban gobernadas por un *Reichskommissar,* bajo el que los *Generalkommissars* y *Gebeitskommissars* formaban, teóricamente, un mando en cadena, constituyendo, de hecho, una serie de autori-

dades conflictivas. Erich Koch, *Retchskommissar* de Ucrania, pasó la mayor parte del tiempo en su *Gau* de Prusia Oriental y estaba continuamente en conflicto con Rosenberg, su jefe nominal. Ambos hombres reunieron expedientes de queja, uno contra el otro, instando a Hitler, quien nada hizo por resolver sus diferencias.

La calidad moral de muchos de los funcionarios en territorio ocupado era dudosa. El *Gebeitskommissar* de Slonim, en Rusia Blanca, era un criminal sádico y Hans Frank continuó como gobernador general de la Polonia no incorporada, después de su caída en desgracia, simplemente porque éste era un cargo ingrato.

El ámbito que se podía conceder a la participación en el gobierno de las poblaciones nativas continuó siendo un tema de controversia. En Noruega, Holanda y Checoslovaquia sobrevivieron administraciones marioneta, pero sin poder efectivo. No faltaron partidarios de la autonomía de Ucrania y cada uno de los tres antiguos Estados bálticos tenía un Directorio Nacional, que prolongó su existencia formal huyendo a Alemania, aún después de haber reocupado los rusos su patria.

La confusión fue agravada por las actividades independientes de las SS y SD y, en la Rusia ocupada, la oficina de Goering del Plan Cuatrienal, gozó de un monopolio independiente de la explotación económica, mientras que los comandantes de la *Wehrmacht,* con la misión de mantener en funcionamiento las líneas de abastecimiento y cuidarse de la guerra de guerrillas, actuaron sin conexión alguna. El *Reichsbahn,* la autoridad alemana en materia de ferrocarriles, se ocupó de los ferrocarriles sin responder ante nadie y los delegados de trabajo de Fritz Sauckel llevaron a cabo sus actividades de caza de esclavos haciendo caso omiso de los requisitos de mano de obra de los países que visitaron. El caos burocrático fue tal, que Hans Frank encontró insuficientes nada menos que cuarenta mil funcionarios alemanes cualificados para gobernar un territorio de la «mitad del tamaño de Italia».

El terror fue el instrumento fundamental del gobierno nazi. Poco antes de la invasión de Polonia, Hitler habló en términos de proceder «... contra los polacos, una vez finalizada la campaña, con incansable vigor», y se refirió al exterminio de la *intelligentsia*

polaca.

En el caso de Rusia, los famosos Decretos de Comisaría y Jurisdicción fueron promulgados en mayo y junio de 1941, basados en instrucciones dadas en marzo por Hitler a sus generales, tres meses antes de iniciar la «Operación Barbarroja». Walter Warlimont, jefe de la Oficina de Defensa Nacional, redactó un decreto que hacía reo de ejecución sumaria a cualquiera identificado como funcionario político. A sugerencia de Rosenberg, se permitió perdonar a los que no ofrecían resistencia, pero nunca se dio una definición clara de comisario y las SD tuvieron carta blanca para seleccionar a sus víctimas. El segundo decreto, redactado por Rudolf Lehmann, el especialista legal del alto mando, disponía que cualquier civil sospechoso podía ser fusilado sin juicio previo a discreción de todo oficial de rango equivalente a comandante de batallón al menos, sin que fuera obligatorio, por otra parte, proceder el ejército contra sus propios miembros por delitos contra civiles.

Después de la guerra, unos cuantos generales afirmaron que los decretos les habían ultrajado. Dieron razones específicas del por qué no se habían negado en redondo a sancionar su operación; entre ellas, la pretendida creencia de que, en condiciones de servicio activo, distante de Berlín, los decretos podrían ser tergiversados. De hecho, fueron vigorosamente aplicados, pero bastarán dos ejemplos de su horror. En septiembre de 1941, el profesor Kanaiev fue fusilado porque, como secretario que era del Instituto de Literatura de la Academia de Ciencias, fue clasificado como comisario. Con base al Decreto de Jurisdicción, las mujeres campesinas y sus hijos que habían intentado alimentar a los prisioneros en su marcha hacia las zonas de retaguardia, fueron fusilados sin más preguntas.

Durante la lucha contra los guerrilleros rusos, los métodos se hicieron aún más feroces. El famoso regimiento SS Dierlewanger, se especializó en hacer marchar a mujeres y niños por los campos de minas que protegían las cercanías de los refugios de los guerrilleros. En las áreas guerrilleras pacificadas, los sobrevivientes, aunque condenados a campos de concentración, previo traslado a Alemania para trabajos forzados, fueron fusilados con frecuencia. En la «Operación Cottbus», iniciada en 1942 contra la guerrillera «Repú-

blica del Lago Pelik», se mató a quince mil personas; de éstas, cinco mil eran únicamente «sospechosas» y cuatro mil murieron «detectante minas». Las armas capturadas no totalizaron más de mil cien rifles y trescientas veintiséis armas cortas, lo que indica cuántos de los «guerrilleros» habían ofrecido resistencia activa.

En occidente, la extraña *Nacht und Nebel Erlass,* el Decreto de la Noche y la Niebla, fue un instrumento de tiranía. Dictado personalmente por Hitler en diciembre de 1941, ordenaba el arresto de las personas que amenazaran la seguridad. Éstas debían ser llevadas a lugares desconocidos de Alemania y ninguna información, ni siquiera del emplazamiento de su tumba, sería dada a sus parientes.

El fusilamiento de rehenes fue un sistema común de represión, con frecuencia a razón de un centenar por cada alemán muerto por las fuerzas de resistencia y, en Francia, durante la guerra, fueron ejecutados 29.660 rehenes. En Dinamarca se usó el sistema, por el que fueron asesinadas personalidades bien conocidas, de dejar sus cuerpos abandonados en la carretera u otros lugares como espantosa advertencia a los que se oponían al mandato alemán.

La atmósfera de la Europa occidental ocupada, fue evocada en la prueba testifical del profesor van der Essen, de la Universidad de Lovaina durante los juicios de Nüremberg. Éste describió un día típico de Bélgica bajo la ocupación. Una llamada de madrugada en la puerta era atribuida inmediatamente —aunque erróneamente— a la Gestapo. Más tarde, el cartero pasaba con la noticia de que el hijo de van der Essen, un antiguo soldado, iba a ser arrestado y pasó a esconderse. En varias ocasiones, durante el día, los tranvías en que el profesor viajaba eran detenidos y sus pasajeros registrados en controles rutinarios. En uno de los pueblos por los que pasaba el profesor, entre Bruselas y Lovaina, varios de los habitantes habían sido tomados como rehenes y en la Universidad se enteraba de que varios de sus colegas habían sido arrestados el día anterior, desapareciendo en la «Noche y la Niebla».

Las razias en pueblos, acompañadas a veces de la ejecución de toda la población, no fueron desconocidas. Se dieron en Rusia, Polonia, Grecia, Yugoslavia, Checoslovaquia, Francia y Noruega, pero los casos más inhumanos fueron los de Lidice y Oradour-sur-Gláne. El

29 de mayo de 1942, dos checos, Jan Kubic y Joseph Gabeick, arrojaron una bomba al Mercedes descapotable de Reinhard Heydrich, quien, el 4 de junio, moría de sus heridas. Heydrich, como Protector de Bohemia y Moravia, había llegado a convencerse de su popularidad ante sus súbditos, hasta el extremo de prescindir de la caravana motorizada de agentes de seguridad que usualmente acompañaba a los líderes nazis. Nunca lo hubiere hecho. En la hecatombe que siguió, cientos de checos fueron ejecutados, pero la destrucción de Lidice alcanzó un grado de salvajismo insuperable. Todos los hombres mayores de dieciséis años fueron ejecutados, así como varias mujeres. La mayoría de las mujeres fueron enviadas a Ravensbrueck. Los niños fueron dispersados por orfanatos y campos de concentración. Los edificios fueron incendiados, las ruinas dinamitadas y la ciudad arrasada.

En junio de 1944, exactamente dos años después de Lidice, un destacamento de la división SS del Reich, rodeó el pueblo francés de Oradour-sur-Gláne. Los habitantes fueron hacinados en la Iglesia y en los graneros. Los edificios fueron incendiados, y los que intentaron escapar, fusilados. De los 652 habitantes, sólo sobrevivieron diez.

El trato a los prisioneros de guerra, particularmente rusos, fue intencionadamente brutal y casi cuatro millones de soldados soviéticos murieron en cautiverio. El Decreto de Comisarios disponía que judíos y comisarios deberían ser reunidos, y ejecutados. El almirante Canaris hizo un mediocre esfuerzo por obtener reglas de inculpación claras, pero nada se dispuso, excepto que las ejecuciones tuvieran lugar fuera de los campos de concentración y que los comandantes de *stalag* fueron relevados de toda responsabilidad por sus «decisiones inculpatorias». Las SD fueron las primeras en aprestarse a cumplir ambas tareas, aunque tanto las tropas como la policía de seguridad fueron empleadas como pelotones de fusilamiento.

Las reglas para el trato de prisioneros fueron redactadas por el teniente general Hermann Reinecke, el jefe del ejército de asuntos POW, Éstas subrayaban el uso de porras, látigos y armas de fuego para el mantenimiento de la disciplina. La Orden de Comisarios y las reglas de Reinecke, fueron por sí solas insuficientes para responder

de casi cuatro millones de muertes y pérdidas semejantes de vidas obedecieron a otras causas.

La primera residió en las ingentes batallas de cerco en los principios de la campaña rusa. Enormes ejércitos rusos fueron cercados y vencidos. En Kiev, 655.000 hombres y, en Viasma, 663.000. Estos hombres llevaban ya varios días muriéndose de hambre antes de su rendición. Los alemanes no tenían alimentos ni asistencia médica que proporcionarles y muchos de los prisioneros eran incapaces de soportar largas marchas hasta zonas de retaguardia.

Por si fuera poco, entre julio y noviembre de 1941, apareció una orden prohibiendo la evacuación de los prisioneros rusos a Alemania, a pesar de tener campos disponibles, con el pretexto de que no hicieran propaganda del marxismo entre los guardianes y la población civil de los campos. Así, muchos fueron retenidos durante meses en áreas de retaguardia y campos de tránsito. En Uman, los hombres dormían al raso porque los cobertizos estaban abarrotados de excrementos, se disputaban entre sí ocasionales escudillas de sopa, y en Stalino, la tasa de mortalidad alcanzó, en diciembre de 1941, el *SO %* anual. En una sala de conferencias de la requisada Escuela Superior, no había espacio para sentarse y en otra yacían apiñados los cadáveres y los moribundos, manifestó el comandante Herré que visitó el lugar.

La causa última de todas estas muertes fue la política de Herbert Bache, director del Ministerio de Abastecimientos. Sus instrucciones fueron responsables de la muerte de medio millón de prisioneros rusos entre noviembre de 1941 y febrera de 1942, época en que los prisioneros no eran excesivos y hubiera podido organizarse fácilmente la alimentación y el alojamiento. La primitiva ración de los prisioneros rusos no pasaba de doscientos gramos de pan por día, cuatrocientos gramos de carne y cuatrocientos de manteca al mes, y seiscientos gramos de azúcar. En la práctica, esto equivalía a sopa aguada y pan. La mayor parte del pan estaba hecho con salvado de centeno, celulosa, remolacha, paja y hojas, y la carne procedía de animales que no habían pasado por el matadero.

Los prisioneros occidentales y, en particular, los británicos y americanos, fueron, en general, mejor tratados. Casos como el asesinato

de ochenta y tres americanos en Malmedy, en 1944 o el fusilamiento en 1940 en la granja Le Paradis de Bélgica de un centenar de «Royal Norfolks», se debieron a actos de crueldad individual, aunque los responsables no fueron castigados. Los aviadores capturados recibieron un trato más severo. Los civiles fueron instigados a linchar a los aviadores capturados en aterrizaje forzoso y el mismo Hitler ordenó la ejecución de cincuenta hombres de la RAF que escaparon del cautiverio en 1944, El mismo año, cuarenta y siete oficiales de las Fuerzas Aéreas, británicos, americanos y neerlandeses, fueron asesinados en el campo de concentración de Mauthausen, al ser forzados a transportar cargas de piedras cada vez más pesadas cantera arriba. De octubre de 1942 en adelante, las unidades de comandos capturadas, aún en uniforme, fueron fusiladas.

Tanto civiles como prisioneros de guerra fueron utilizados en trabajos forzados, en contradicción directa en el caso de los últimos mencionados, con los acuerdos internacionales. En otoño de 1944, trabajaban en Alemania siete millones y medio de civiles extranjeros. Algunos eran voluntarios pero, la mayoría, eran forzados, alojados en campos de concentración o campos de trabajo, lo que era poco mejor. Varios departamentos participaban en la organización de la trata de esclavos del III Reich. Albert Speer, Ministro de Armamento y Producción Bélica, era el último responsable en decidir el número necesario. Fritz Sauckel, Plenipotenciario de Trabajo, era el responsable de su reclutamiento; Herbert Bache determinada sus raciones y la *Retchsbahn* proporcionaba el estremecedor material rodante que debía llevarlos a Alemania. La actividad de los agentes de Sauckel, provocó las quejas de los oficiales alemanes en Rusia, de que la explotación económica estaba haciéndose cada vez más difícil y de que la guerra de guerrillas iba agravándose, pero éste continuaría siendo otro feudo departamental que Hitler nunca llegó a controlar.

Para cumplimentar las demandas de mano de obra de Speer, (por ejemplo, dos millones de almas, en los últimos cuatro meses de 1942) fueron precisos métodos rudos. Algunos voluntarios, con frecuencia cualificados, desearon escapar de Rusia, pero congregaciones religiosas y públicos cinematográficos fueron arrestados en masa. En Europa occidental, se acordonaron secciones enteras de una

ciudad, deportándose a todos los individuos capaces encontrados en éstas. En el este, se devastaron pueblos, cuya población fue reclutada por la fuerza, Las condiciones de viaje eran asesinas y los requerimientos de Sauckel de vagones sin abarrotar, calor suficiente, agua y alimentos, ignorados por el *Retchsbahn*. Otto Braeutigam, del personal de Rosenberg, organizó una agencia de ayuda para los trabajadores orientales, que informó que, en los seis meses anteriores a septiembre de 1942, habían llegado inútiles para el trabajo una media de un cinco por ciento que hubieron de ser devueltos. En un tren de retorno, aparecieron varios muertos en furgones cerrados; sobre la paja yacían en mezcolanza enfermos venéreos y tíficos y las mujeres habían arrojado a sus niños fallecidos por la ventanilla.

Las condiciones de vida, reguladas en febrero de 1942 por una orden de Himmler, sólo fueron mejores en algunos supuestos. Los trabajadores orientales llevaban una insignia que permitía a los arios evitar la contaminación racial, y sus campos estaban rodeados de alambradas y guardados cuidadosamente. Más tarde, se hicieron algunas mejoras menores. Se concedió a los trabajadores dos o tres horas de tiempo libre a la semana, aunque no podían servirse de transportes públicos ni de restaurantes o diversiones y, en algunos casos, se suprimieron las alambradas, se concedieron determinadas ventajas a la maternidad e, incluso, se permitieron libros y esparcimientos. Las mejoras se debieron probablemente a la intervención de Goebbels con Hitler; sin embargo, surgió en 1943 una nueva orientación del trabajo de la población oriental y la escala de potenciales rebeliones de esclavos se vio aumentada.

Las peores consecuencias para el trabajo de los esclavos se debieron, probablemente, al deseo de Hitler de obtener para las SS algunos de sus beneficios. Antes de la guerra, habían empezado algunos proyectos para emplear los ocupantes de Sachsenhausen, Dachau y Buchenwald, para extraer arena y grava y fabricar ladrillos y cemento, con el fin de participar en los grandiosos planes de Speer para la reconstrucción de Berlín y Nüremberg. A este fin, constituyó la DEST y la DAW, dos compañías comerciales dirigidas por la *Verwaltungsamt,* la Oficina de Dirección de Negocios de las SS, llevada por Oswald Pohl. Heydrich y la inspección de los campos de concentración desaprobaron estos planes, interesados tan solo en el

exterminio, por lo que continuaron siendo corrientes los malos tratos y supresión de comida para los que cumplían un trabajo útil. Algunas listas de campos de concentración que han llegado hasta nosotros, muestran cómo sólo unos pocos de los ocupantes eran utilizados con rendimiento, llegándose al caso de que un comandante de Sachsenhausen se sirvió de los prisioneros a su cargo para construir un yate para él.

Para febrero de 1942, la campaña de Rusia había provocado una crisis de armamento, lo que llevó a Speer a protestar del desaprovechamiento humano de los campos de concentración. Himmler, creyendo que, de conseguir el necesario equipo, Hitler le permitiría ampliar las *Waffen SS,* solicitó permiso para utilizar los trabajadores de los campos de concentración en la fabricación de municiones, Hitler, a influjos de Speer, siguió sus propias inclinaciones y rehusó, pero Speer ofreció un compromiso por el que Himmler proporcionaría mano de obra de los campos a las firmas civiles de armamento, recibiendo a cambio una parte de la producción.

Para alcanzar sus propios fines en este nuevo ajuste, Himmler necesitaba ampliar por fuerza la población de los campos. Con Thierack, el Ministro de Justicia, llegó a un acuerdo secreto por el que los trabajadores orientales serían deportados a campos de concentración por el crimen de ser «asociales». Se especificaba que el destino de aquellos infortunados sería «trabajar hasta la muerte» y millares de ellos se vieron encarcelados por este procedimiento sumario. Para 1944, Speer se quejaba de que su mano de obra estaba siendo robada a razón de treinta mil y cuarenta mil al mes y, eventualmente, Himmler tenía que acceder a poner en libertad a delincuentes con condenas temporales cuando su sentencia expiraba.

La preocupación de Speer se debía exclusivamente a que las penosas condiciones de los trabajadores de los campos los convertían en inútiles. Cuando eran entregados a los industriales, estaban tan débiles que muchos morían en el trabajo. Al parecer, no hubo nunca escrúpulos contra su utilización ni oposición por sus servicios. I. G. Farben les daba una escudilla diaria de sopa. Krupp nada. Los judíos húngaros que trabajaban para los Krupp a finales de la guerra,

subsistían en condiciones inenarrables. Cubiertos de llagas, estaban plagados de enfermedades, no llevaban zapatos y se cubrían tan solo con un trozo de saco. Sus barracones estaban infectados

de parásitos y su alimentación era irrisoria. Los obreros occidentales fueron tratados mejor con frecuencia, pero en la fábrica Krupp de Essen, los franceses eran alojados en grupos de a cinco en verdaderas perreras de un metro de alto, tres de largo y dos de ancho. Sin embargo, los peores explotadores de la mano de obra esclava fueron, probablemente, las firmas pequeñas que dirigieron las fábricas polacas requisadas. Walter Toebbens controló unas cuantas de éstas, reclutando su mano de obra en el ghetto de Varsovia. Cuando éste iba a ser liquidado, sedujo a sus trabajadores para que fueran a campos de trabajo SS, con promesas de protección, y ahí permanecieron hasta que fueron exterminados, repartiéndose entre tanto los beneficios que produjeron con el jefe de policía SS Odilo Globocnik.

Muchos trabajadores importados sirvieron en granjas en condiciones con frecuencia tolerables, pese a los intentos burocráticos para que fuera de otro modo. Hubo también planes para traer mujeres a Alemania como servicio doméstico. Uno de éstos provenía del mismo Führer, quien, al parecer, quedó admirado de la castidad y apariencia nórdica de las mujeres ukranianas. Por ello, en 1942, decidió se permitiera a medio millón de jóvenes ukranianas venir voluntariamente a Alemania como servicio doméstico, con el privilegio de ser germanizadas. De hecho, las voluntarias no pasaron nunca de quince mil.

El trabajo de niños fue forzado, a veces, con la idea racial de destruir el potencial biológico del enemigo y encontrar candidatos para la germanización. La «Operación Heno», que partió del ejército, llevó a cabo la deportación de más de cuarenta mil niños rusos; los funcionarios de Sauckel, recogían a los mayores de diez años y Himmler, en cierta ocasión, elaboró un plan que no llegó a fraguar, para utilizar niños en la recogida de *Kok Sagys,* los «dientes de león» rusos productores de caucho.

En los finales, la actitud alemana respecto a los trabajadores forzados, al menos orientales, estaba marcado por el estigma de tres

características. La primera era el aparente miedo de que cualquiera de los descarriados rusos blancos o ukranianos, que no hablaban alemán, estuviera dispuesto a aprovechar la primera oportunidad para extender el evangelio del marxismo. Además, actuaron bajo la impresión de que los eslavos eran seres infrahumanos, que sólo respondían a la brutalidad y malos tratos. Nunca, al parecer, penetró en la mentalidad cuartelera de los dirigentes, la idea de que muchos de ellos no tenían ningún afecto por la Rusia de Stalin y hubieran trabajado de buen grado en condiciones tolerables. Finalmente, hubo el deseo —que alcanzó dimensiones mayúsculas en los proyectos de Himmler— de conseguir algo a cambio de nada y la negativa a considerar el hecho de la vida industrial de que una mano de obra con sueldos de miseria, anémica y sin incentivos, es improductiva en extremo.

El total del botín arrebatado en la Europa ocupada, nunca podrá ser evaluado con justeza. Sólo en dinero, las sumas fueron astronómicas. Se requisó el oro y los fondos en moneda extranjera de los bancos nacionales y se exigieron «créditos», «multas» y «costos de ocupación». A finales de la guerra, se estimó que Francia había pagado sesenta billones de marcos y Bélgica y Noruega, dos tercios de su renta nacional.

Más importantes todavía fueron las requisas en especies. Se ha estimado que, sólo de Francia, se tomaron nueve millones de toneladas de cereales y el 74 % de su acero, entre otras cosas. La explotación masiva del territorio soviético había sido planeada al detalle antes de la invasión e, incluso, uno de los motivos del ataque a Ucrania fue adquirir sus recursos en grano. Las inmensas cantidades de trigo que habían sido enviadas a Alemania con los recientes acuerdos comerciales ruso-germanos, sirvieron de estímulo para la conquista. Los alemanas calcularon el valor de las entregas de Rusia en cuatro billones de marcos e, irónicamente, ha sido demostrado que, por el comercio normal, probablemente se hubiera obtenido aún más. La guerra de guerrillas, la mano de obra forzada, el asesinato masivo, la ineficacia burocrática, todo ello, redujo el potencial industrial y agrícola de la Europa oriental ocupada. Asimismo, se saquearon tesoros artísticos a una escala enorme, particularmente en Francia, probablemente por satisfacer la avaricia de

Goering y de Hitler, más que por ninguna otra razón.

Todo lo que hasta el momento ha sido considerado fue tiránico, pero no esencialmente nazi. La policía secreta, los malos tratos a los prisioneros y el trabajo forzado, han sido fenómenos que se han dado en muchas partes del mundo. Los restantes aspectos del Nuevo Orden fueron esencialmente nazis y refutan cualquier sugerencia de que la teoría nazi no era aplicada en la práctica.

Himmler estaba siempre dispuesto a extender su autoridad al mayor número de campos posibles, pero su reino indiscutido fue siempre el de los campos de concentración y constantemente ideó maneras de utilizar a sus desventurados súbditos. El trabajo forzado fue una de ellas y la denominada investigación científica y médica otra. Se ha esgrimido que los experimentos llevados a cabo en ocupantes de los campos de concentración fueron resultados de un sadismo inusitado pero, en general, probablemente esto no fue verdad. Himmler y los doctores que con él cooperaron estaban locos. Creían a pies juntillas en las teorías raciales de la propaganda nazi. Para ellos, el experimentar en *untermenschen* para ampliar el conocimiento científico, no era diferente de experimentar en ratones o cobayas. Y, aunque es cierto que no se produjo ningún nuevo conocimiento, no autoriza ello a afirmar que el sadismo fuera el motivo primario de las experimentaciones.

En 1941, el profesor Hirt, de la Universidad de Estrasburgo, expresó a Rudolf Brandt, ayudante de Himmler, su deseo de añadir a la colección de anatomía de su instituto, cráneos de comisarios judeo-bolcheviques. Este interés estaba muy arraigado en el propio corazón de Himmler, por lo que dio instrucciones a Wolfram Sievers para que ayudara a Hirt. Sievers dirigía el Instituto SS de Investigación en Herencia y reunió en Auschwitz a 115 individuos para «mediciones antropológicas». Fueron trasladados al campo de Natzweiler, pasados por la cámara de gas, y sus cadáveres entregados a Hirt quien llevó a cabo una serie de fútiles estudios antropológicos en los cadáveres y esqueletos que se prolongaron hasta casi la toma de Estrasburgo por los aliados en 1944. Un tal Dr. Sigmund Rascher fue el iniciador de una serie de experimentos encaminados, teóricamente, a beneficio de aviadores alemanes. Rascher se había ganado la buena opinión de Himmler cuando su

mujer, conocida de la esposa de Himmler, dio a luz tres niños a la edad de cuarenta y ocho años. El valor de la maternidad aria constituía uno de los puntos del «folklore» de Hitler y el Dr. Rascher recibió parte de la gloria. En un curso médico de la *Lupwaffe,* en 1941, pidió a Himmler que le proporcionase seres humanos para investigar acerca de los efectos del vuelo en grandes altitudes. Se construyó una cámara de descompresión en Dachau y se extrajo aire para simular grandes altitudes, anotándose los efectos sobre los infortunados de dentro de la cámara. Se utilizaron unos doscientos prisioneros, de los que murieron unos ochenta, siendo los restantes ejecutados más tarde. Rascher llevó a cabo, a continuación, experimentos para descubrir cuánto frío podía soportar un ser humano y qué procedimiento era el mejor para reanimar a los supervivientes de fríos extremados. Los experimentos del primer tipo consistían en sumergir a individuos en agua fría hasta su muerte. Se intentaron varios procedimientos para reanimar a los supervivientes y entre ellos el uso del «calor animal». Oswald Pohl proporcionó cuatro prostitutas de Ravensbrueck, incurriendo en una reprimenda de Himmler, pues al menos una de éstas era alemana. Rascher continuó con sus trabajos hasta 1944, fecha en que se descubrió que sus tres niños, provenían en realidad de orfanatos. Esta felonía a la maternidad alemana enfureció tanto a Himmler, que los Rascher fueron encarcelados en Dachau y Ravensbrueck, de donde nunca salieron.

Entre 1942 y 1944, en varios campos, se dio una positiva orgía de experimentos. En Ravensbrueck, mujeres polacas fueron heridas y sus heridas gangrenadas con gases por Karl Gebhardt, un antiguo amigo de Himmler. El profesor Mugrowski estudió los efectos de balas envenenadas. En Buchenwald se inyectó a víctimas con tifus y, en el mismo campo y en Dachau, se obligó a gitanos a vivir con agua de mar. En Auschwitz y Ravensbrueck se llevaron a cabo experimentos de esterilización con judíos.

Estrechamente asociada a la idea del *Lebensraum* y a la afirmación de la raza superior, fue la repatriación de todos los alemanes de raza a la Madre Patria. Para Himmler, nada había más natural y, en octubre de 1939, fue nombrado jefe de la RKFDV, el Comisariado del Reich para la Afirmación de la Nacionalidad Alemana. Se decretó que Alemania había alcanzado en Polonia parte de su *Lebensraum.*

Himmler debía traer a los de raza alemana elegibles, desembarazarse de los extranjeros y, con los nuevos súbditos y espacios, crear colonias alemanas.

La RKFDV coordinaría la labor de la policía en Polonia con dos oficinas SS, la VOMI, y la RUSHA. La primera de éstas, en principio, había estado afecta a la oficina del Partido, con la misión de cuidar del bienestar social de los alemanes en el extranjero. Terminó como una oficina de reclutamiento que expedía a todos los individuos con apariencia de alemán de los territorios ocupados a las *Waffen SS*. La RUSHA, la oficina matrimonial SS, terminó por incurrir en el rapto de niños para su germanización, deportar esclavos trabajadores a Alemania, así como indeseables de las zonas de reajuste y decidir quién debía ser ejecutado por el delito de «mezcla de razas» con alemanes.

Durante las primeras fases de la guerra florecieron las actividades de la RKFDV. Los indeseables fueron expulsados de la Polonia anexionada y los alemanes raciales traídos de los Estados bálticos, Volinia, Bessarabia, Bukovina, Bosnia y Dobrudja. Muchos de éstos no pudieron ser absorbidos y, durante el verano de 1943, había en Polonia occidental 100.000 viviendo todavía en campos de concentración. Con la amenaza de la guerra de guerrillas, 36.000 fueron devueltos a Lituania y llevados a granjas ubicadas a lo largo de las carreteras comunicando Prusia Oriental y Letonia para protegerlas. Fuera de estos casos, apenas hubo repatriación y los funcionarios alemanes medraban mientras que los nativos alemanes pasaban a ser carne de cañón o personas desplazadas. Varios proyectos de colonización fueron elaborados para llevar a los tiroleses del sur a Crimea y a los holandeses a Letonia, pero apenas fueron puestos en práctica y, después de 1942, nunca volvió a hablarse de los planes de colonización.

Hitler no tenía ningún idealismo acerca de una Europa unida, a no ser en cuanto campo de expansión de la economía alemana, pero Himmler estaba lleno de él. La idea: -de una SS europea, bien pudo habérsele ocurrido con la conquista de las tierras nórdicas de Escandinavia. En Gottlob Berger, jefe de mandos de las *Waffen SS,* encontraría un entusiasta tan difuso y confuso como él.

Al principio, las unidades extranjeras no rebasaron las dimensiones de un batallón pero, después de 1944, Himmler pasó a ocuparse del ejército de reserva y Hitler llegó a aceptar sus argumentos de que las unidades SS extranjeras reducirían la fuerza potencial de los movimientos de resistencia. Así, Francia proveyó la división Carlomagno, Holanda la Nederland, Bélgica la Valona y la Flandes, y Escandinavia la Nórdica. En las campañas de Rusia, su participación en batallas no tuvo parigual y, tras la liberación de Francia, sus componentes se volvieron fanáticos, pues la rendición equivalía a su ejecución como colaboradores. Las unidades levantadas en Europa oriental lo fueron casi por la fuerza, y reunían a alemanes de raza adscritos y, algunas unidades fueron, en realidad, eslavas en su totalidad. Su moral era de las más bajas y ni siquiera Gottlob Berger podía pretender que éstas representaran el Nuevo Orden.

El intento de exterminar la población judía europea fue la atrocidad más infame del catálogo nazi. La «Solución Final» al problema judío fue la expresión última del antisemitismo del *Mein Kampf y* la conclusión lógica de un proceso que comenzó en las Leyes de Nüremberg.

El número de judíos sacrificados en Europa fue estimado por el Congreso Mundial Judío y los juicios de Nüremberg, en una cifra aproximada de seis millones. Gerald Reitlinger, en un estudio exhaustivo de la «Solución Final», llegó a una cifra inferior, de cuatro millones y medio, dado que, en el territorio dominado por alemanes, había en 1939 diez millones de judíos residentes. Resulta aceptable imaginar que fuera sacrificada una mitad aproximadamente de este número. La diferencia entre las dos estimaciones mencionadas se debe, en gran parte, a la falta de información sobre la muerte de judíos residentes en territorio controlado actualmente por la Unión Soviética. A decir verdad, el número exacto es irrelevante; citando a Mr. Reitlinger: «... el delito de los alemanes de entonces en nada se reduce, aun si la cifra de seis millones demostrara ser una estimación excesiva... Murieran seis millones, o cinco millones, o menos, continúa siendo la más sistemática exterminación de una raza en la historia de la humanidad. Es más, demostrado que ha sido el principio del asesinato, ninguna luz aporta encontrar nuevos millones».

La deportación de judíos del Reich a Polonia, tuvo manifestaciones aún antes de la guerra. Muchos de ellos fueron simplemente abandonados campo a través al otro lado de la frontera de Silesia y, sólo la acción de una entidad internacional de ayuda mitigó sus circunstancias.

En 1939, comenzaron las deportaciones al Gobierno General de Polonia y la concentración de judíos en ghettos, en Varsovia y otras ciudades, así como en campos de concentración. Los alemanes controlaron los ghettos en cualquiera de los países donde fueron establecidos, por medio de un Consejo Judío. Distintas modalidades de presión económica aumentaron sensiblemente las dificultades de la vida del ghetto, lo que ocasionó la muerte de centenares de ocupantes antes de que entraran en funciones los campos de exterminio.

Con la invasión de Rusia comenzaron las asesinas actividades de los *Einsatzgruppen,* o Grupos de Acción. Estos grupos fueron organizados por Heydrich por vez primera en Polonia, para cercar a judíos y llevarlos a los ghettos. A principios de la campaña rusa, se formaron cuatro de estos grupos con la misión de poner en marcha la exterminación. Otto Ohlendorf, líder del *Einsatzgruppen* D, dio testimonio en Nüremberg de los métodos empleados. Los judíos más importantes de los pueblos o ciudades eran obligados a proveer una lista de los de su raza, como preparación a la «reinstalación». Las víctimas eran transportadas a un campo de ejecución *ad hoc,* que constaba de una fosa profunda en la que, tras ser fusilados, eran enterrados. En el 29 y 30 de septiembre de 1941, en Kiev, más de 30.000 judíos fueron muertos por este sistema. En total, los *Einsatzgruppen* fueron probablemente responsables del asesinato de más de 700.000 judíos.

Fue después del inicio de la campaña rusa, en algún lapso del verano o el otoño de 1941, cuando fue dada la orden del Führer sobre la «Solución Final» (que nunca llegó a ser escrita), transmitida por Hitler a Heydrich, vía Goering. Heydrich celebró una conferencia interministerial sobre el tema en Gross Wannsee, en enero de 1942. En ella explicó que la judería europea sería llevada al este, para trabajar hasta la muerte. Los supervivientes serían exterminados. *Grosso modo,* así se hizo. En los *Vernichtungslager,* campos

de exterminación que fueron abiertos, los cargamentos humanos que llegaban eran divididos en los aptos para el trabajo y los que debían ser ejecutados inmediatamente; no obstante, los aptos para el trabajo rara vez sobrevivían más de unas cuantas semanas y poco trabajo productivo hicieron.

El origen de los *Vernichtungslager* es, en buena parte, oscuro, pero fue, en cierto modo, una directa continuación de la obra de los responsables del programa eutanásico prebélico. La mentalidad cuadriculada de Himmler desaprobaba las actividades improvisadas de los *Einsatzgruppen,* difíciles de mantener ocultas, y casi perdió el sentido a la vista de una ejecución celebrada en su honor en Minsk, en 1941. Poco después de este episodio, Christian Wirth, que trabajaba en el programa eutanásico, fue empleado en adaptar camiones como vehículos-cámara de gas, que fueron usados por los *Einsatzgruppen* en septiembre de 1941. A finales del mismo año, Wirth, un especialista químico, que trabajaba de acuerdo con Adolf Eichmann, había establecido ya cámaras de gas en un castillo abandonado conocido como Chelmno, cerca del ghetto de Lodz. El primer campo de la muerte había nacido.

Entre marzo y julio de 1942, tres campos más fueron abiertos en Belsec, Sobibor y Treblinka. En los próximos dieciocho meses, a lo largo de la «Acción Reinhard», dignamente bautizada en tributo a la memoria de Heydrich, fueron asesinados en estos cuatro campos más de dos millones de judíos. En las cámaras de gas se inyectaba monóxido de carbono por medio de motores Diesel, y el repugnante trabajo de retirar los cadáveres envueltos en sangre y excrementos y de enterrarlos, era llevado a cabo por los *sonderkommando,* grupos de esclavos judíos, aptos para el trabajo. Cuanta propiedad restaba a las víctimas, incluidas gafas y las mismas monturas de oro de las dentaduras postizas, pasaba a propiedad de las SS.

En otoño de 1943, la maquinaria de los campos de la muerte había absorbido ya los judíos de Alemania, Austria, los Balcanes y Europa occidental. Para el verano de 1942, habían sido deportados de Alemania y Eslovaquia al superpoblado ghetto de Lodz y a otros de los Estados bálticos y Rusia Blanca, así como a unos cuantos campos de tránsito del área de Lublin, grandes cargamentos humanos por

vía férrea. De cada contingente, tres cuartos y, a veces, el total, estaban destinados a la ejecución, aunque no había una regla general. A veces se les concedían varios meses de vida en el ghetto; otras, los trenes proseguían directos hasta los campos de la muerte.

A principios de 1942, Himmler dictó instrucciones, por medio de Eichmann y Martin Luther, director del departamento «Deutschland» del Ministerio de Asuntos Exteriores, profundamente implicado en la exterminación de judíos extranjeros, para las primeras deportaciones desde Europa occidental. Para julio de 1942, Francia, Bélgica y Países Bajos mandaban un tren de deportación diario a horario fijo y el exterminio de |, los ghettos polacos llevado a cabo desbordaba la capacidad de los cuatro campos existentes. Hitler, enfrentado con este problema, intentó establecer un centro de exterminio y de procedimientos únicos. Sería en Auschwitz, en la antigua parte de Polonia anexionada a Silesia, en un grupo de campos mandados por Rudolf Hoess, un antiguo *Freikorps,* asesino convicto y ex- prisionero de Dachau, donde había llegado a *kapo y* que finalmente saltó la barrera a una comisión SS. Cuando Himmler le habló por primera vez de su futuro cargo de asesino de masas en 1941, Hoess era ya entonces comandante del pequeño campo de concentración de Auschwitz.

A finales de aquel año se experimentó la utilización del Zyklon B, cristales de hidrógeno-cianuro, que fueron proporcionados al campo como gases desinfectantes, sirviéndose de ellos para matar a un grupo de prisioneros de guerra rusos. El experimento tuvo tanto éxito que, en marzo de 1942, cuando una pequeña cámara de gas fue instalada en un granero cerca del evacuado pueblo de Birkenwald, vecino al campo, ordenó adoptar permanentemente el sistema. El Zyklon B se ganó la consideración de Himmler porque no había riesgo de avería mecánica como con frecuencia sucedía con los motores Diesel.

Finalmente, en el verano de 1942, Himmler decidió utilizar Auschwitz como centro de exterminio de los judíos europeos occidentales. La cámara de gas existente resultó totalmente insuficiente, por lo que, para el otoño de 1943, habían sido construidas cuatro grandes cámaras «bifuncionales»: gas y crematorios. Pero ni aún estas podían dar cuenta de seis mil cuerpos al día, como ocurrió

durante las deportaciones húngaras de mayo y junio de 1944. Muchas víctimas debieron ser fusiladas y sus cadáveres quemados en zanjas inundadas de gasolina.

Hasta el otoño de 1943, el número de transportes fue tal que Auschwitz no pudo conservar su monopolio, por lo que Sobibor y Treblinka volvieron a entrar en funciones.

Frente al avance ruso y la rebelión de los ocupantes supervivientes, los campos de muerte polacos fueron cerrados y llevado a cabo un horrible programa de exhumación masiva de tumbas y de incineración de cadáveres. Auschwitz fue destruido y no sobrevivieron fotografías, pero se sabe lo suficiente de su aspecto y del modo de actuar de su personal.

Los cargamentos que llegaban por tren eran separados, por la sola apariencia de los transportados, en dos grupos, aquellos que debían ser exterminados inmediatamente y los que podían ser utilizados por un tiempo en la cercana planta industrial I. G. Farben. Los sentenciados a muerte inmediata eran llevados a las cámaras de gas, que estaban rodeadas de césped bien cuidado y macizos de flores y contenían una indicación identificándolas como casas de baños. Después de que las víctimas habían entrado, las puertas se cerraban y, por vertederos que había en el techo, los guardianes derramaban los cristales azules. Treinta minutos más tarde, el aire emponzoñado era absorbido por bombas, y los *sonderkommandos,* equipados con máscaras antigás y botas cáusticas, entraban en acción con sus mangueras y garfios. Los cadáveres eran llevados a los hornos crematorios para ser incinerados; un molino reducía las escorias a. ceniza y ésta era arrojada a las aguas del Sola.

La rutina de la deportación y exterminio prosiguió prácticamente hasta finales del III Reich. Gran parte del montaje administrativo fue llevado a cabo por la subsección de Adolf Eichmann, de la Gestapo, para Asuntos Judíos, Amt IV A 4 b, pero,, indiscutiblemente, hubo implicados otros muchos intereses, La *Reichsbahn* proporcionó el transporte, como lo hizo con la mano de obra esclava; I. A. Topf e Hijos, de Erfurt, ganó en reñido concurso el abastecimiento de los hornos y de otro equipo crematorio para Auschwitz; las firmas de Tesch y Stabenow de Hamburgo y Degesch de Dassau, propor-

cionaron los cristales del Zyklon B, a razón de casi tres mil kilos al mes. Miles de trabajadores manuales y administrativos conocerían seguramente algo del asunto en el que estaban implicados, pero al igual que cualquier otro, de Himmler para abajo, todos, excepto los guardas de campo SS, apartaron de sí el conocimiento de los asesinatos en masa a los que estaban contribuyendo.

La psicología del hombre (no sólo del pueblo alemán) que lleva a cabo el exterminio en masa por el control más remoto posible, tiene un profundo significado en esta era amenazada por una guerra de mandos propulsores. Los alemanes no son una nación de sádicos pero, al igual que cualquier otro pueblo, pudieron producir bastantes brutos insensibles para organizar y hacer funcionar los campos de muerte y el bastante personal administrativo y de oficina, aunque harto delicado para cometer asesinatos en el sentido físico, dispuesto a hacer funcionar el montaje que hizo posibles éstos.

En los últimos meses de la guerra, la «Solución Final» se entrecruzó inseparablemente con cualquier otro asunto relativo al imperio de Himmler de los campos de concentración. Ante el avance ruso, millares de supervivientes de los campos fueron llevados hacia el oeste. Hitler prefería verlos morir junto con toda Alemania, él mismo incluido; Himmler esperaba vender sus vidas a la Cruz Roja Internacional, al precio de su propia vida.

El Nuevo Orden encontró su última expresión manifiesta en la evidencia descubierta por el ejército británico en la ciénaga de intriga y confusión final de Belsen. Belsen había sido originalmente un campo de primera para judíos privilegiados. Había varias categorías de éstos, solicitados por una serie de agencias gubernamentales. La *Wehrmacht* quería se perdonara a los talladores de diamantes y a los modistos peleteros, y el Ministerio de Asuntos Exteriores a los súbditos judíos de determinados países capaces de servir de rehenes para intercambiar con los aliados. Tampoco la Gestapo era rehacía a vender privilegios a cambio de beneficios, como hizo a lo largo de la «Solución Final», y así Belsen entró en existencia: el campo II para judíos privilegiados, y el campo I para prisioneros rusos, siendo ambos de pequeñas dimensiones.

Entre enero y abril de 1945, veintitrés transportes se dirigieron a

Belsen, a iniciativa seguramente de Adolf Eichmann, quien conocía perfectamente la situación pero hizo un último y demente intento de exterminar cuantos judíos fuera posible. El 5 de febrero había aparecido una epidemia tifoidea, traída por un contingente de judíos húngaros. Pese a ello y pese al informe a Himmler de Oswald Pohl, que quería, por sus propias razones, reducir la tasa de mortalidad, los transportes continuaron afluyendo.

El 15 de abril, un destacamento británico entró en Belsen. En el campo II había 15.133 personas en una zona destinada a siete mil, aunque el tifus no se había producido y sólo había principios de anemia. En el campo I, el *Haeftingslager,* que cubría menos de 65.000 m^2, había veintiocho mil mujeres, doce mil hombres y trece mil cadáveres. Al menos, cuarenta mil más, en su mayoría judíos polacos y húngaros, habían muerto allí desde febrero y trece mil murieron durante los días de la liberación. En cierto sentido, no murieron en vano. Si hubiera sido Hitler capaz de controlar su propio imperio, quizá hubiera podido en el último momento borrar las huellas de sus horrores. De esta manera, el mundo comprendió con irrefutable evidencia la verdad acerca del Nuevo Orden.

X. El declinar del nazismo

Mientras Hitler dirigía su guerra desde la *Madriguera del Lobo* y sus sátrapas andaban inmersos en la implantación del Nuevo Orden, la oposición al nazismo crecía. En Alemania fue valerosa, pero ineficaz. Más enérgicos y corrosivos al régimen de Hitler fueron los movimientos de resistencia de la Europa ocupada. En último término, fue el poder militar de la Unión Soviética, Estados Unidos y la Comunidad británica el que destruyó el III Reich.

El discurso de Papen en Marburg demuestra la existencia de una incipiente oposición al nazismo. Aunque los motivos del hombre que lo pronunció sean cuestionables, los puntos de vista de sus autores, por los que perdieron la vida, eran indiscutiblemente hostiles al Nacional-Socialismo. No hubo nunca, sin embargo, un movimiento de resistencia unido y menos aún una masa adicta. De los 4.980 ejecutados después de julio de 1944, muchos eran oportunistas que se habían echado atrás en el último momento, aunque sólo para encontrar que su duplicidad no les salvaría. Existían unos cuantos núcleos de oposición, pero los contactos entre ellos apenas produjeron cooperación.

A un extremo, el «Círculo Kreisau», que se agrupaba alrededor del conde Helmuth James von Moltke y Peter Yorck von Wartenburg, cuyo nombre derivaba de las propiedades silesianas de Moltke, nunca pretendió pasar de grupo de discusión. Entre los miembros había jesuitas, ministros luteranos, líderes socialistas y antiguos líderes sindicales, liberales, conservadores, terratenientes, académicos y diplomáticos. Consideraban al nazismo como un mal pasajero y planearon los fundamentos teóricos de la sociedad cristiano-socialista que lo reemplazaría. No les faltó el valor y se enfrentaron valientemente con la ejecución en 1944 y 1945, pero eran contrarios a la acción directa en contra del régimen de Hitler.

Las dificultades de emprender la acción y, por lo que respecta al «Círculo Kreisau», su futilidad, quedaron demostradas por el episodio de las «Cartas de la Rosa Blanca». Apoyados por el profesor

Kurt Huber de la Universidad de Munich, Hans Scholl, estudiante de medicina, y Sofía, su hermana, organizaron la propaganda antinazi entre universitarios. Las cartas que distribuyeron, pese a la brutal advertencia de Paul Giesler, *Gauleiter* de Baviera, contenían una llamada a la juventud alemana para que se rebelara. Irremisiblemente, los líderes del movimiento no tardaron en ser encontrados culpables de traición por el Tribunal del Pueblo y ejecutados. Este desafío fue un ejemplo más de los numerosos actos individuales de heroísmo acaecidos en la Alemania nazi.

Más efectiva y afortunada durante una época, fue la organización denominada *Rote Kapelle,* Orquesta Roja. Era esta una extensa red de espionaje transmitiendo información a Rusia por medio de más de un centenar de emisoras de radio clandestinas. La *Abwehr* detectó su existencia, le puso nombre, e inició su destrucción en Bruselas, en diciembre de 1941. Un oficial ruso y su enlace, una refugiada judía, fueron arrestados y revelaron las directrices de un sistema controlado por el «Grand Chef» y el «Petit Chef», ninguno de los cuales fue nunca' capturado.

Las investigaciones implicaron como a uno de los jefes a Harro Schulze-Boysen. Era éste un joven linajudo y con un pasado de izquierdas, cuyas relaciones familiares le habían procurado un cargo en la *Luftwaffe,* con destino en el Departamento de Inteligencia. Trazó los planes de una conspiración a escala nacional y, en el momento de su arresto, su influencia era considerable. Había reclutado a Avid Harnack en el Ministerio de Economía, a Franz Scheliha y Horst Heilmann en el Ministerio de Asuntos Exteriores y a la condesa Brockdorff y Frau Schumacher en el Ministerio de Trabajo. Tenía incluso enlaces en la *Abwehr,* que le permitieron evitar ser arrestado durante algún tiempo y, al parecer, el único departamento gubernamental no infiltrado por *Rote Kapelle* fue la Cancillería del Partido de Bormann.

El cauce central de la resistencia alemana emanó indiscutiblemente del grupo que se empezó a formar en los últimos años treinta alrededor del general Ludwig Beck, Karl Goerdeler y Ulrich von Hassell. Goerdeler era un antiguo *Oberbuergermeister* de Leizpig y Controlador de Precios del Reich en los tres primeros años del gobierno nazi. Rompió con el nazismo, en parte por su antisemi-

tismo y, desde 1937, fue la principal fuerza dentro de la resistencia. Beck, jefe de Estado Mayor hasta agosto de 1938, se opuso por primera vez a Hitler por cuestiones puramente profesionales, pero su oposición al nazismo aumentó, siendo nombrado por el Círculo de Resistencia como futuro Jefe de Estado. Hassell fue embajador en Roma hasta su dimisión en 1938. Hasta entonces, su desprecio por la vulgaridad del Nacional-Socialismo no le impidió servirle lealmente pero, a partir de esta fecha, se convirtió en su oponente incondicional. El coronel (más tarde general) Hans Oster, Jefe de Mandos de la *Abwehr,* fue un miembro leal y consecuente del Círculo, así como Ewald von Kleist, un terrateniente, y Fabián von Echlabrendorff, abogado y alférez provisional, entre otros. Curiosamente, los hubo mentalmente limitados en su oposición. Johannes Popitz, Ministro de Finanzas de Prusia hasta 1944, intentó incluso arrastrar a Himmler al Círculo de Resistencia. El almirante Canaris, Jefe de la *Abwehr,* alcanzó póstuma reputación de miembro de la resistencia, pero estuvo profundamente implicado en el complot de Naujocks de 1939 y, al parecer, fue reacio a arrancar una definición clara en el Decreto de Comisarios de Reinecke y Mueller de la Gestapo. Finalmente, hubo flagrantes oportunistas, como Artur Nebe, quien, aunque ejecutado por su participación en el complot de 1944, no queda eximido de su época de comandante de *einsatzgruppe* en Rusia.

El Círculo de Resistencia siguió dos métodos. Esperaba atraerse el suficiente número de oficiales para llevar a cabo un *coup d'état y* obtener una paz condicionada mediante enlaces con los aliados. Beck proporcionó el vínculo con el ejército y Oster los medios de contacto clandestinos con los aliados.

La primera conspiración activa tuvo lugar en el verano de 1938, cuando Beck se opuso a los planes de Hitler para atacar Checoslovaquia, basándose en que Alemania se vería envuelta en una guerra europea para la que no estaba preparada. Había proyectado apoderarse de Hitler por la fuerza en cuanto diera la orden de atacar Checoslovaquia y hacerle juzgar por el Tribunal del Pueblo. Para que el proyecto no pasara de papel mojado se precisaba que Brauchitsch, Comandante en Jefe del Ejército, y otros generales destacados, pudieran ser persuadidos de que la previsión de Beck

era acertada. Kleist enteró de esto a Londres, pero sin lograr seguridades de que Gran Bretaña y Francia acudirían en defensa de Checoslovaquia. El complot no llegó a la acción y, de momento, fue postergado. La «Conspiración Zossen», de noviembre de 1939, resultó asimismo abortiva. Los conspiradores pusieron en juego las dudas de los altos mandos militares acerca de los deseos de Hitler de un plan para una campaña en occidente y, probablemente, hubo incluso preparativos de *putsch* en los cuarteles de Zossen. Pero, después de un intimadora entrevista con el Führer, el 5 de noviembre, Brauchitsch y Halder, su jefe de mandos, desistieron ir más lejos.

Durante la guerra se establecieron contactos progresivos con occidente vía Suecia y Suiza. En 1942, dos ministros luteranos, Hans Schoenfeld y Dietrich Bonhoeffer, celebraron una entrevista en Estocolmo con el Dr. Bell, obispo de Chichester. Le dieron algunos detalles de la oposición alemana y le inquirieron la clase de paz que los aliados ofrecerían a un gobierno antinazi. Bell, subsiguientemente, celebró conversaciones con Anthony Edén, ministro de Asuntos Exteriores y con Sir Stafford Cripps, destacado miembro laborista del Gabinete de Guerra. Hans Gisevius de la *Abwehr y* otros, estuvieron en contacto en Suiza con Alien Dulles, Jefe de la Oficina de Servicios Estratégicos estadounidenses, a partir de noviembre de 1942.

Los aliados occidentales no dieron respuesta a estos acercamientos y cabe argüir que subestimaron las posibilidades de la oposición alemana. Por otra parte, el punto de vista expresado en Alemania desde la guerra, de que los aliados provocaron el fracaso del Círculo de Resistencia al restringir su ayuda, es difícilmente sostenible. Los alemanes, simultáneamente, estaban lanzando cables a Stalin y, los aliados occidentales, quienes seguramente no ignorarían esto, no tendrían intención de patrocinar un segundo pacto germano- soviético. Es más, los términos de la paz propuesta por Geordeler eran inaceptables. Bastante después de los contactos con Bell, pretendía la restauración de las fronteras de Alemania de 1914, retener Austria y los Sudetes, recuperar el Tirol del sur (anexionado a Italia en 1919) y la autonomía de Alsacia y Lorena. Asimismo, pedía el cese de los planes para una invasión de Europa y de los raids aéreos sobre

Alemania. Nada, salvo el último punto, valía la pena de ser considerado.

Para principios de 1943, nuevos intentos de persuadir a los oficiales más destacados del ejército para terminar con Hitler habían fracasado, por lo que los conspiradores decidieron asesinarle, antes de dar ningún paso más. El primer intento se dio el 13 de marzo de 1943, cuando el Führer visitó los cuarteles del grupo central del ejército en Smolensk. El general Henning von Tresckow y el teniente Schlabrendorff colocaron una bomba de relojería en el avión de Hitler. Para ello se sirvieron del coronel Brandt que creía llevaba dos botellas de coñac al general Stieff, como regalo de Tresckow. La bomba era un modelo británico. Schlabrendorff, antes de pasarla a Brandt, oprimió un botón que rompió un frasquito con ácido corrosivo. El ácido, al corroer un cable, haría saltar un muelle que repercutiría en el detonador haciendo estallar la bomba. El mecanismo funcionó pero el detonador no explotó. Al día siguiente, Schlabrendorff, con increíble valor, voló al cuartel general de Hitler y recuperó la bomba, sustituyéndola por dos botellas de coñac.

Para enero de 1944, seis intentos de asesinato a Hitler habían sido hechos. La mayor parte de ellos, a más de homicidas eran suicidas. El coronel von Gersdorff intentó asesinar al Führer en las ceremonias del Día Conmemorativo de los Héroes de 1943, permaneciendo cerca de él con bombas ocultas en los bolsillos de su chaqueta. Las espoletas debían explotar a los dos minutos, pero Hitler prescindió de la ceremonia en su programa y el plan fracasó. En noviembre, el capitán von dem Bussche debía presentar a Hitler un nuevo modelo de guerrera e intentar camuflar una bomba, pero los bombardeos aliados destruyeron el nuevo uniforme y la demostración fue pospuesta. La mayor parte de las tentativas fracasaron, como la de Gersdorff, por las tácticas personales de seguridad de Hitler de cambiar súbitamente sus planes sin previo aviso.

La oposición, entre tanto, sufrió un retroceso con la destrucción de la *Abwehr.* La RSHA de Himmler estaba dispuesta de hacía tiempo a absorber a su rival. En otoño de 1942, la Gestapo arrestó a un agente de la *Abwehr* contrabandeando efectivo a Suiza. Éste reveló información sobre las actividades de la resistencia y Hans von Dohnanyi, uno de los conspiradores de la *Abwehr,* fue detenido y

Oster fue obligado a dimitir en diciembre de 1943. Durante septiembre de aquel año, un agente de la Gestapo logró entrar en Berlín en un salón antinazi, presidido por Frau Anna Solf, viuda de un miembro del antiguo cuerpo diplomático imperial. Se descubrió que Otto Kiep, miembro del Círculo Solf, mantenía cordiales relaciones con los agentes de la *Abwehr* en Estambul, Erich Vermehren y su esposa, ambos hostiles al nazismo. Kiep se las arregló para prevenir a sus amigos de que la red de la Gestapo estaba al tanto y escaparon a Inglaterra. Erróneamente se creyó que habían llevado consigo todos los códigos secretos de la *Abwehr* y, en febrero de 1944, Hitler ordenó la disolución de la *Abwehr y* su absorción por la RSHA.

A estos reveses de la conspiración se aunó el de Klaus Philip Schenk, conde von Stauffenberg, coronel de considerable inteligencia, dominado por un temperamento radical y una fuerte decisión moral. Había perdido su ojo izquierdo, la mano derecha y dos dedos de la izquierda en Túnez, pero emprendió la labor de asesinar a Hitler. Estaba afecto al personal del general Olbricht, conspirador y comandante en funciones de la *Ersatzheer,* el ejército interior o de reserva. Era ésta una organización para la formación de reclutas para el servicio activo, que incluía unas cuantas unidades de reservistas acuarteladas en Alemania. Stauffenberg, usando como pretexto el peligro de revolución de los trabajadores extranjeros, elaboró planes para que el ejército del interior asumiera poderes de emergencia en Alemania. La «Operación Valquiria», como se la llamó, era un plan detallado que incluía órdenes e instrucciones dispuestas para la firma de Beck, como nuevo Jefe del Estado, y Geordeler como Canciller.

Stauffenberg hizo dos intentos malogrados para asesinar a Hitler en julio de 1944 y, después de junio, era frecuentemente convocado a presencia del Führer para recibir órdenes relativas a nuevos proyectos militares al ser nombrado jefe de mandos del general Fromm, Comandante del Ejército del Interior. El 20 de julio, voló a la Madriguera del Lobo obedeciendo órdenes, para intentar un decisivo atentado a la vida de Hitler. Con él llevaba una bomba análoga a la utilizada por Tresckow y Schlabrendorff oculta en su cartera. La bomba había sido preparada para estallar diez minutos después de ponerse en marcha el mecanismo. Stauffenberg fue llevado por

Keitel a la sala de conferencias, en la que el Führer estaba escuchando informes del frente oriental. Colocó su cartera bajo la pesada mesa de roble, retirándose de la habitación sin levantar sospechas con la excusa de una llamada telefónica de Berlín. A los pocos minutos, a las 12:42 de la noche, la bomba estalló; en la confusión levantada, Stauffenberg logró escabullirse por entre los puestos de guardia que protegían la *Wolfsschance,* subió a bordo del avión que le esperaba en el aeropuerto cercano y voló de regreso a Berlín.

Los conspiradores, entre tanto, debían reunirse conforme a lo previsto en el despacho de Olbricht en Bendlerstrasse. Sería anunciada la formación de un gobierno antinazi bajo Beck y Goerdeler, con el mariscal de campo von Witzleben como Comandante en Jefe del Ejército. El ejército asumiría poderes de emergencia, habiendo planes al detalle para arrebatar los puntos clave, como la emisora de radio, detener a todos los altos funcionarios del Partido e incorporar la *Waffen SS* al ejército. Golpes semejantes tendrían lugar en Praga, Viena y París.

El éxito de la empresa dependía del asesinato de Hitler y de la ejecución minuciosa y valiente de la «Operación Valquiria». Ninguna de estas condiciones se realizaría. Hitler salió de la sala de conferencias con quemaduras y contusiones, el brazo derecho paralizado y sus tímpanos lesionados. Pero estaba vivo. La suerte y la mesa le salvaron. La mesa estaba sostenida por dos zócalos, que cubrían casi toda su anchura. Stauffenberg había dejado su cartera apoyada contra el interior de uno de los zócalos pero, cuando salió de la habitación, el coronel Brandt, para acercarse más un mapa, movió la cartera hacia el exterior del zócalo, por lo que éste absorbió gran parte de la onda explosiva. Poco después de la una, llegaron a Bendlerstrasse noticias de que el Führer no estaba muerto y Olbricht dio orden de iniciar «Valquiria». Con ello perdió la última oportunidad. En la confusión de Rastenburg se pensó que la explosión había sido resultado de un bombardeo. Eran más de las dos y media cuando entró en las mentes de Hitler y sus acompañantes lo que Stauffenberg había intentado hacer y, seguramente, hasta más tarde no se advertiría que se había intentado un *putsch*. Los generales, incluso los bien intencionados, una vez más habían fracasado ante la patria. Ni siquiera el interés personal podía destruir la incomo-

didad que hubieran sentido rompiendo su juramento de fidelidad a Hitler. Su única esperanza de sobrevivir, una vez internados en la senda de la revolución, era el éxito.

Hasta que Stauffenberg no aterrizó en el aeropuerto de Rangsdorf, a las 3:45, a tres cuartos de hora de automóvil de Bendlerstrasse, nada se hizo. Aunque intentó compensar con la urgencia el tiempo perdido, para entonces era ya demasiado tarde. Se enviaron tropas para ocupar el cuartel gubernamental de Berlín, pero el batallón estaba mandado por un tal comandante Remer que no era de los conspiradores. Goebbels, el único nazi con alto mando en Berlín, fue prevenido de la llegada de éste por Hans Hagen, un oficial de los servicios de propaganda del batallón. Remer, a su llegada al despacho de Goebbels, fue persuadido para que atendiera a una llamada telefónica de Rastenburg. La inconfundible voz al aparato le impresionó tanto, que permaneció en posición de firmes acatando las órdenes de suprimir el *putsch,* y acogiendo asimismo la noticia de su inmediato ascenso a coronel.

Stauffenberg hizo intentos desesperados por lanzar a la acción a los altos mandos del ejército pero, a las 6'30, la radio alemana difundió un mensaje de Goebbels de que Hitler estaba vivo y, a las 8, Keitel distribuyó una orden telegráfica a todos los mandos militares, ordenando ignorar cualquier misiva que no viniera sancionada por él o por Himmler, a quien Hitler había nombrado comandante de la *Ersatzbeer*. Poco después se anunció que el Führer se dirigiría por radio al pueblo alemán hacia la media noche.

Durante la tarde, un grupo de oficiales leales a Hitler, que había sido detenido por los conspiradores, logró escapar y poner en libertad al general Fromm, Comandante del Ejército del Interior. También él había sido puesto bajo custodia, pues su actitud ante los conspiradores era equívoca y, una vez libre, se aplicó con esfuerzo, a decir verdad innecesario, para salvar su propia piel. Cuando las tropas llegaron a Bendlerstrasse para detener a los conspiradores, Fromm había ya acribillado a Stauffenberg, Olbricht, el coronel Mertz y el teniente Haeften a la luz de los faros de un coche blindado. La llegada de Kaltenbrunner, el sucesor de Heydrich, que estaba interesado en interrogar a los prisioneros, impediría nuevas ejecuciones sumarias.

Sólo en París alcanzó la conspiración un cierto éxito efímero. El general Heinrich von Stuelpnagel, gobernador militar de Francia, cumplió lealmente su papel y arrestó 1.200 SS y SD, de modo que el ejército se hizo con el control total de París. Para consolidar su posición, Stuelpnagel precisaba el apoyo efectivo del comandante en jefe de la zona y, de nuevo aquí, la fortuna se volvió contra la conspiración. Hasta el 17 de julio, había sido Comandante en Jefe de la zona oeste el mariscal Rommel, pero aquel mismo día fue gravemente herido al ser su coche atacado por bombarderos británicos y el 20 yacía inconsciente en el hospital. Temporalmente, había sido reemplazado por el mariscal de campo, von Kluge, quien, ya desde 1942, había evitado una y otra vez comprometerse con el Círculo de Resistencia. Probablemente, si el atentado a Hitler hubiera prosperado, Kluge habría colaborado, pero, en las circunstancias del momento, rehusó explotar la oportunidad que Stuelpnagel había forjado y el *putsch* se vino abajo.

La caza del hombre que siguió estaba inspirada por un salvaje deseo de revancha por parte de Hitler. Se ha estimado que 4.980 personas fueron ejecutadas después del complot de julio y miles internadas en campos de concentración. Muchos oficiales fueron ejecutados con bestial crueldad, ahorcándoseles en un lazo corredizo hecho con una cuerda de piano y suspendidos de un garfio de carnicería. Las ejecuciones fueron filmadas y mostradas a Hitler quien las siguió con satisfacción, aunque Goebbels se vio obligado a ocultar el rostro entre las manos.

Hitler, cuya conciencia de clase siempre tuvo un elemento paranoico, se sacó de nuevo la espina ante la casta aristocrática, en cuya presencia nunca estuvo a gusto. Las *Waffen SS* fueron puestas al mismo nivel que el ejército y el saludo nazi se hizo obligatorio.

En cierto sentido, el fracaso de la oposición alemana al nazismo carece de importancia. La virtud de las acciones humanas reside en sus motivos y el valeroso núcleo de resistentes actuaron sin consideración a sus posibilidades de éxito. Su valor es el único elemento decente de la historia del III Reich.

El tamaño de este libro sólo permite una referencia pasajera a las actividades de los grupos de resistencia en territorio ocupado. Los

nazis encontraron abundantes colaboradores y la obra de la «Solución Final» se vio facilitada por el antisemitismo de las poblaciones conquistadas del este. Pero hubo siempre una consistente oposición subyacente, que fue un obstáculo más al gobierno alemán y ayudó al espionaje aliado. Al igual que la oposición alemana, cuando se enfrentó al nazismo abiertamente fracasó y, el heroico levantamiento de Varsovia, en 1944, es ejemplo revelador.

Fue la guerra de Hitler la que destruyó el III Reich. Atacando a la Unión Soviética a la larga se condenó a sí mismo a una guerra bifrontal, aunque esto no pasó a ser realidad hasta 1944. En un tiempo, bien pudo prever las fatales consecuencias de ello, pero tan decidido estaba a llevar a cabo su *Lebensraum* por el este, que se convenció a sí mismo de que Gran Bretaña sería derrotada y desencadenó la «Operación Barbarroja» y, por si fuera poco, incurrió en nuevas dificultades al subestimar la potencialidad de Estados Unidos.

La contraofensiva soviética se desplegó en diciembre de 1941, prolongándose durante todo el invierno. La línea alemana no cedió, aunque a un costo tremendo. Si las avanzadas alemanas resistieron se debió enteramente a Hitler, quien asumió el mando personal del ejército prohibiendo específicamente cualquier retirada. Pero cometió una seria falta en los doce meses siguientes, al no explotar y dominar la situación mediterránea, no concediendo a Rommel todo lo que su *Afrika Corps* necesitara y conquistando Malta. Que esto hubiera podido conseguirse, apenas merece duda, pero el verdadero interés de Hitler residía en Rusia y demostró el más absoluto desprecio por los otros escenarios bélicos. Durante 1942, los bombardeos de la RAF en Alemania comenzaron a intensificarse y los recursos de la *Luftwaffe* estaban tan absortos en Rusia, que el Reich quedó sin la necesaria protección aérea.

En otoño de 1942, el curso de la guerra estaba orientándose perceptiblemente contra Alemania. En octubre, el Octavo Ejército del general Montgomery rompió las líneas alemanas de El Alamein y, en los meses siguientes, las tropas británicas y americanas desembarcaron en el noroeste de África. Para finales de noviembre, una ofensiva soviética contra el frente de Stalingrado había cercado ya a veinte divisiones alemanas entre los ríos Volga y Don. En enero de

1943, el Sexto Ejército alemán sitiado en Stalingrado, fue combatido sin tregua hasta su capitulación. A partir de entonces, excepto en casos de reconquistas locales, los ejércitos alemanes del este estuvieron a la defensiva o en retirada.

Para entonces, que era demasiado tarde, Hitler intentó rehacer la situación en África y lanzó hombres por el Mediterráneo pese al consejo contrario de Rommel. Como consecuencia, doscientos cincuenta mil hombres y su equipo, es decir, la totalidad de las fuerzas del Eje en África del norte, cayeron en manos aliadas en mayo de 1943.

En julio, el rey de Italia se sintió lo bastante fuerte para hacer dimitir a Mussolini, y el 8 de septiembre fue anunciado un armisticio con los aliados. Simultáneamente, los ejércitos aliados desembarcaron en las costas de Italia e iniciaron el avance hacia el norte contra las tropas alemanas. Durante un tiempo, el avance de los aliados en este escenario bélico fue contenido. Mussolini, que tras su dimisión había sido confinado bajo vigilancia en un pequeño hotel de los Abruzzos, fue dramáticamente rescatado el 12 de septiembre por un destacamento SS mandado por Otto Skorzeny. Las armas alemanas lo restauraron como dictador marioneta de la República Social Italiana y, a finales de aquel año, los ejércitos de Kesselring continuaban conteniendo a los aliados en un frente poco más al norte de Nápoles. Pero esto era una tregua, no un triunfo y, en los demás frentes, los finales de 1943 vieron el nazismo en retirada.

El Ejército Rojo continuó avanzando rápidamente hacia las fronteras de Polonia y Rumania, haciendo aumentar a su paso la aprensión que los satélites balcánicos alemanes sentían. Día y noche, la RAF y la USAAF prosiguieron su ofensiva de bombardeos y, en el mar, los éxitos de 1942 de los submarinos alemanes no se repitieron. La Batalla del Atlántico estaba decididamente perdida. En Casablanca en enero y en Moscú en octubre, Churchill, Roosevelt y Stalin confirmaron su intención de imponer una rendición sin condiciones.

La primera mitad de 1944 vería a los ejércitos rojos continuando su avance hacia Polonia y Rumania, y a Kesselring perdiendo rápidamente terreno en Italia. El 6 de junio, el por largo tiempo espe-

rado ataque por occidente, se inició con los desembarcos de Normandía. La guerra bifrontal era ya una realidad. A finales de agosto, Francia fue liberada y la guerra entró en Alemania con el cruce de la frontera por una patrulla americana el 11 de septiembre. Pero el final no vino tan rápidamente como cabía esperar. Una notable recuperación permitió al ejército alemán estabilizar una línea de defensa continua al este del Rhin, pudiendo Kesselring retener a los aliados al sur del Po, mientras que el Vístula continuaba separando a los ejércitos soviéticos del este de Prusia.

El nazismo, al colapso de su imperio, permaneció idéntico. Hitler era indiscutiblemente su Führer, cada vez más inmerso en cuestiones militares. En Rastenburg llegó a escindirse de la realidad. Desconfiaba de todos, comía solo y hacía probar la comida antes de ingerirla. Cualquier infortunio era racionalizado, por lo que el fracaso del complot Stauffenberg sirvió tan sólo para reforzar su creencia de que la Providencia le salvaría para hacerle cumplir su destino histórico. Rehusó aceptar o escuchar los hechos militares desagradables, volviéndose contra sus informadores con amenazas e insultos, o entregándose a dispersos discursos sobre sus bombas V y sus submarinos. En 1943, empezó a sufrir de temblores incontrolables en el brazo y la pierna izquierdos y de serios dolores de estómago y, durante los últimos dos años de su vida, continuó en actividad, al parecer, gracias a una sorprendente variedad de falsos remedios, estimulantes, narcóticos y afrodisíacos dispensados por su, más que doctor, curandero, Theodor Morell.

De los primitivos líderes, únicamente continuaban siendo importantes Goering y Goebbels y, a medida que avanzaba la guerra, el poder de Goering se convertiría en pura mascarada. Hasta casi el final, fue el sucesor de Hitler y detentor de bastante más de veinte cargos pero, progresivamente, se abandonó a una vida de ocio y lujuria en sus propiedades de Karinhall, siendo sus apariciones en público advertibles tan sólo por la diversidad de vistosos uniformes de que se servía. El fracaso de la *Luftwaffe* le desacreditó ante el Führer y Goering evitó todo contacto con él. Se limitó a esperar el fin, intentando en vano evitar toda responsabilidad cuando la guerra estuvo al cabo.

Con la caída de Goering, Goebbels ganó importancia. En los pri-

meros años de la guerra su estrella declinó, pero bastante antes del fin había recuperado la confianza de Hitler que nunca volvió a perder. Llegó incluso a discutir ideas con el Führer, aunque nunca logró persuadirle que intentara, en 1943 y 1944, una paz de compromiso. Más realista que Goering, era consciente de que fuera del movimiento nazi no tenía ningún futuro, permaneciendo hasta el fin tan fanático como Hitler.

Los únicos dos líderes que lograron encumbrarse, por vez primera durante la guerra, fueron Martin Bormann y Albert Speer. Cuando Rudolf Hess voló a Escocia, en 1941, en su excéntrica misión de paz, Bormann le sucedió en la jefatura de la Cancillería del Partido. Se ocupaba de toda la legislación a cargo del Partido, controlaba el nombramiento de los miembros para cargos oficiales y de todos los enlaces entre los departamentos gubernamentales y el Partido. La comunicación entre las restantes oficinas del Partido y el Führer sólo era posible a través de Bormann. Los *Gauleiters* le eran responsables y, en 1942, cuando las *gaue* pasaron a Distritos de Defensa del Reich, y los *Gauleiters* a Comisarios de Defensa del Reich, acaparó el control de los intentos de guerra civil. Entró en amargo conflicto con otro gran forjador de imperios, Heinrich Himmler y, para finales de 1944, era ya vencedor. Ello se debió por entero al hecho de que, aunque ambos hombres gozaban de una organización, Bormann estaba, a diferencia de Himmler, más próximo a Hitler. Bormann estaba en constante actividad en la sede del gobierno, librando al Führer de tediosas tareas administrativas y redactando la mayor parte de sus directrices.

Speer entró en una rápida ascensión a la cumbre tras su nombramiento de Ministro de Producción de Armamentos en 1942, pasando a absorber la competencia de toda la economía de guerra. Sus realizaciones fueron notables, pero, consciente del precio que Alemania estaba pagando por la guerra, ideó, a principios de 1945, asesinar a Hitler, aunque sin éxito. A partir de entonces, intentó repetidamente eludir las órdenes de Hitler, pero nunca pudo escapar por entero a la vigilancia que el Führer mantenía sobre sus subordinados. Hasta los últimos días de su vida, los mandos del Partido continuaron en manos de Hitler.

En los niveles inferiores, el nazismo siguió engendrando corrup-

ciones de todo género. El mismo Goebbels dijo de los *Gauleiters* que «de haber gozado del antiguo derecho de pernada, tendrían un poder mayor que el de los príncipes más absolutos de los siglos XVII y XVIII».

Hitler, aprovechando la estabilidad temporal de la situación en el otoño de 1944, dictó una última orden de servicio militar forzoso llamando a filas a todos los hombres capaces entre los dieciséis y los sesenta al *Volksturm,* una especie de Guardia Interior. Asimismo, tomó su última decisión táctica significativa; dejando el frente oriental peligrosamente debilitado. Una serie de divisiones extra se trasladaron al oeste y, el 16 de diciembre, él mariscal de campo von Rundstedt desencadenó una ofensiva en las Ardenas. Incapaz de alcanzar Amberes, su objetivo para las Navidades, la ofensiva fracasó.

A partir de enero de 1945, el destino de Alemania no estaba ya en sus manos. Hitler tenía grandes dificultades en saber qué sucedería si los aliados avanzaban ininterrumpidamente por ambos lados. El 12 de enero, los rusos desencadenaron su victoriosa ofensiva en Polonia y, en marzo, las fuerzas británicas y americanas cruzaron el Rhin. A mediados de abril, el Reich nazi era tan sólo un pasillo de 160 Km. de ancho, aproximadamente, en el corazón de Alemania, y los soviéticos estaban sitiando Berlín.

Durante algunos meses, Hitler vivió en la ciudad, pasando la mayor parte del tiempo en un refugio construido dentro de la Cancillería del Reich. El 22 de abril, tomó su última decisión. Permanecería en Berlín y se suicidaría. Tras el gesto grandioso, se ocultaba la inutilidad de aquel hombre que había llevado a Alemania al desastre. Asumió el control cotidiano de los asuntos militares, rechazó cualquier sugerencia de que la paz podría servir mejor al pueblo y, en el último momento, enfrentado con la inexorabilidad de la derrota, rehuyó toda responsabilidad por sus consecuencias. Fue el último acto de egoísmo de un poder arbitrario. Y, aún habiendo implícitamente abandonado el poder, no podía tolerar que otros lo compartieran en tanto continuara viviendo. La noticia de que Goering estaba iniciando gestiones cerca de los aliados y de que Himmler estaba en contacto con el conde Bernadotte de Suecia, le enfureció y ambos fueron expulsados de sus cargos.

El 29 de abril, dictó su última voluntad y testamento político. Gran parte de éste era antisemitismo virulento; el resto, trataba de la utópica cuestión de su sucesor. El almirante Doenitz, Comandante en Jefe de la Marina, lo que es sorprendente, fue nombrado Presidente del Reich y comandante supremo de las fuerzas armadas. Goebbels sería Canciller y Bormann Ministro del Partido. Himmler y Goering fueron expulsados del Partido.

Al día siguiente, a las 3'30, con las tropas rusas a unas pocas calles de la Cancillería, Hitler se disparó un tiro en la *suite* de su bunker. Eva Braun, con la que se había casado sólo doce horas antes, se envenenó. Los cadáveres, bajo la supervisión de Goebbels y Bormann, fueron arrojados a una fosa poco profunda, impregnados de gasolina e incinerados.

Bormann informó inmediatamente por radio a Doenitz de su nombramiento de sucesor de Hitler, pero durante 24 horas se ocultó el hecho de la muerte de Hitler. Goebbels y Bormann, entre tanto, hicieron estériles gestiones de negociación con los rusos. Sólo entonces fue Doenitz informado y la noticia difundida por radio el 1 de mayo. Aquella misma tarde, Goebbels envenenó a sus hijos y disparó contra su mujer y sí mismo. Bormann intentó abandonar Berlín y se desconoce todavía si su empresa tuvo éxito.

Los intentos de Doenitz por dividir a los aliados en los días siguientes resultaron torpes y fútiles. En Reims, el 7 de mayo de 1945, el general Jodl y el almirante von Friedeburg, firmaron la rendición incondicional de todas las fuerzas alemanas, presentada conjuntamente por Estados Unidos, Gran Bretaña, Unión Soviética y Francia.

El III Reich estaba muerto, pero sus últimas derivaciones se prolongarían durante algunos años en los juicios de criminales de guerra celebrados en Nüremberg y otras ciudades. Himmler y Goering se suicidaron durante su cautiverio. Ribbentrop, Keitel, Kaltenbrunner y muchos otros, fueron a la horca. Albert Speer y Hess fueron sentenciados a cadena perpetua. Papen y Schacht fueron puestos en libertad. El ingente problema de reinstalar a los refugiados sólo quedará terminado con la muerte. Muchas víctimas del nazismo han permanecido en campos para personas despla-

zadas sin tener a dónde ir.

El legado internacional del III Reich permanece todavía. Su destrucción provocó la confrontación en Europa central de los dos mayores poderes del siglo XX, Estados Unidos y la U.R.S.S. Resultado de su encuentro, fue la división de Alemania en dos y la división de Berlín en cuatro.

El nazismo, en la forma descrita en este libro, está muerto. Las actividades de los grupos absurdos que adoptan su simbolismo y vestimenta, no merecen mención. Fue un fenómeno alemán, un hecho en el que no debe insistirse, pero que debe ser considerado. No fue simplemente obra de un hombre solo y resulta absurdo referirse a él como si Hitler personalmente condujera los trenes de deportación, reclutara los obreros-esclavos, torturara a los sospechosos en Prinz Albrechtstrasse y vertiera los cristales Zyklon B en las cámaras de gas de Auschwirz.

Pero el nazismo fue una corrupción y una degradación del espíritu humano y los alemanes no son los únicos sujetos a este peligro. Se ha apuntado que doquiera que fueron encontraron activos colaboradores. La esencia del nazismo subyace en todo país o institución en la que los hombres retienen un poder arbitrario, en el que los individuos son hechos prisioneros sin juicio previo o la policía maltrata a los que arresta. Y, puesto que una de las características ideológicas definitorias del nazismo alemán fue el racismo, éste subyace, especialmente, allá donde los hombres se creen superiores a otros por su raza o color, sea en Alabama, en los Midland ingleses o en Ciudad del Cabo. Sobrevivirá y tenderá a resurgir si la humanidad olvida todo esto y aparta la vista de ello, como lo hicieron muchos alemanes en los años treinta y cuarenta. En el siglo XVIII, Edmund Burke, afirmó la responsabilidad del hombre con harta claridad: «Para que el mal medre, basta que las buenas personas no hagan nada por impedirlo». ❑

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
ΩA

Tabla cronológica

	1918
3 de noviembre	La revolución alemana comienza con el motín naval de Kiel.
9 de noviembre	El Kaiser abdica. Proclamación de la República alemana. Pacto Ebert-Groener. El ejército acuerda cooperar con el gobierno provisional.
11 de noviembre	Cese de las hostilidades en el frente occidental.
	1919
6 de febrero	La Asamblea Nacional se reúne en Weimar.
28 de junio	Se firma el Tratado de Versalles (ratificado por Alemania el 7 de julio).
31 de julio	Adopción de la Constitución de Weimar.
16 de septiembre	Hitler se afilia al Partido Obrero Alemán.
	1920
13-17 de marzo	*Putsch* Kapp.
1 de abril	Fundación del NSDAP (Partido Nazi).
	1923
	Este año vería la quiebra del marco.
11 de enero	Francia reocupa el Ruhr.
8-9 de noviembre	*Putsch* de la Cervecería, en Munich, seguido por el arresto de Hitler y la prohibición del Partido Nazi.
	1924
16 de abril	Alemania acepta el plan Dawes para un préstamo internacional y la revisión de las sanciones

	reparatorias.
12 de diciembre	Hitler es puesto en libertad de la prisión-fortaleza de Landsberg.
	1925
4 de enero	El gobierno del Estado bávaro revoca la prohibición del Partido Nazi.
26 de febrero	Reaparece el *Voelkischer Beobachter.*
27 de febrero	El Partido Nazi es reconocido oficialmente. (De entonces hasta 1930, fue el período en que su compleja organización iría estructurándose en preparación a la toma del poder).
5-16 de octubre	Conferencia de Locarno. (Firma del Tratado el 1 de diciembre).
9 de noviembre	Se crea la primera unidad SS.
	1926
19 de mayo	Primera reunión de la Comisión Preparatoria de la Conferencia de Desarme de Ginebra.
8 de septiembre	Alemania es admitida en la Sociedad de Naciones.
	1929
1 de junio	Himmler pasa a ser líder de las SS y Goebbels líder de propaganda.
7 de junio	Se publica el plan Young para la reducción de las sanciones reparatorias. Es desplegada una agria campaña contra éste por Hugenberg y Hitler, en la que Hitler, por vez primera, pasa a ser una figura nacionalmente conocida.
Octubre	Quiebra de la bolsa de Nueva York, que señala el inicio de una depresión económica que

	afectaría a toda Europa occidental.
22 de diciembre	Referéndum alemán para la aceptación del plan Young.
	1930
27 de marzo 16 de julio	Bruening es nombrado Canciller.
	Bruening comienza a gobernar bajo el Artículo 48 de la Constitución.
14 de septiembre	Los nazis alcanzan la primera victoria electoral importante. El número de sus escaños en el Reichstag aumenta de 12 a 107.
Septiembre	3.000.000 de parados en Alemania.
	1931
20 de marzo	Proyecto de una unión aduanera austro-alemana.
Septiembre	4.350.000 parados en Alemania.
5 de septiembre	El Tribunal Internacional declara la proyectada unión aduanera contraría a los acuerdos internacionales.
10 de octubre	Primera entrevista abortiva de Hitler con Hindenburg.
Noviembre	Nuevos éxitos nazis en las elecciones estatales.
	1932
Enero	6.000.000 de parados en Alemania.
Febrero-julio	Primera sesión de la Conferencia de Desarme en Ginebra.
25 de febrero	Hitler alcanza la ciudadanía alemana.
13 de marzo	Elecciones presidenciales reñidas.
10 de abril	Hindenburg derrota a Hitler en las elecciones

	presidenciales.
13 de abril	Prohibición de las SA.
30 de mayo	Bruening dimite como Canciller.
31 de mayo	Papen es nombrado Canciller.
14 de junio	La prohibición de las SS es derogada.
17 de julio	Tumultos en Aliona.
20 de julio	Papen suprime la forma democrática de gobierno en Prusia.
31 de julio	Los nazis ganan 230 escaños sobre 608 en el Reichstag.
13 de agosto	Hindenburg rehúsa nombrar Canciller a Hitler.
6 de noviembre	El número de escaños nazis en el Reichstag es reducido a 196.
17 de noviembre	Papen dimite como Canciller.
2 de diciembre	Schleicher es nombrado Canciller.

1933

28 de enero	Schleicher dimite.
30 de enero	Hitler es nombrado Canciller.
27 de febrero	Incendio de la sede del Reichstag.
28 de febrero	Suspensión de garantías de la libertad individual.
5 de marzo	Ultimas elecciones teóricamente libres. Los nazis ganan 288 escaños.
23 de abril	Se aprueba le Ley de Poderes.
1 de abril	Comienza el boicot nacional a tiendas y negocios judíos.
7 de abril	Ley de Funcionarios. Los funcionarios y profesores no arios son obligados a dimitir.
2 de mayo	Supresión de los sindicatos.
17 de mayo	Prohibición de huelgas y *lock-outs.*

1 de junio	Hitler impone 1.000 marcos de impuestos en los visados de entrada en Austria, a fin de perjudicar el turismo austriaco.
19 de junio	El gobierno austriaco declara fuera de la ley al Partido Nazi en Austria.
11 de julio	Las Iglesias protestantes alemanas son unificadas como Iglesia Evangélica.
14 de julio	El Partido Nazi es declarado el único partido político legal.
20 de julio	Concordato alemán con el papado.
22 de septiembre	Comienza la quema de libros.
14 de octubre	Alemania se retira de la Conferencia de Ginebra.
23 de octubre	Alemania se retira de la Sociedad de Naciones.

1934

26 de enero	Pacto germano-polaco de no-agresión.
30 de enero	Es completada la legislación para destruir la autonomía federal en Alemania.
17 de marzo	Los protocolos de Roma estrechan las relaciones austro-italianas.
3 de mayo	Se establece el Tribunal del Pueblo.
14 de junio	Primer encuentro de Hitler y Mussolini, en Venecia.
29-30 de junio	Purga Roehm.
25 de julio	*Pustch* nazi abortivo en Viena. Asesinato de Dollfus.
2 de agosto	Muerte de Hindenburg. Hitler asume sus poderes. El ejército consagra un juramento de fidelidad al Führer.
24 de octubre	Se proclama la constitución del Frente del Trabajo nazi.

	1935
16 de marzo	Alemania vuelve a introducir el servicio militar obligatorio.
11 de abril	La Conferencia de Stresa (Gran Bretaña, Francia, Italia) deplora la violación por Alemania de las cláusulas de rearme del Tratado de Versalles.
5 de mayo	Ley Secreta de Defensa del Reich.
18 de junio	Acuerdo naval anglo-alemán.
11 de julio	Acuerdo austro-alemán.
15 de septiembre	Leyes de Nüremberg de discriminación judía.
3 de octubre	Italia invade Abisinia.
	1936
7 de marzo	La remilitarización alemana de la Renania, rompe el Tratado de Locarno.
9 de mayo	Italia se anexiona Abisinia.
18 de julio	Estalla la guerra civil española.
19 de octubre	Se promulga el Plan Cuatrienal Económico de Alemania.
25-27 de octubre	Formación del Eje Berlín-Roma.
18 de noviembre	Alemania reconoce al gobierno de Franco en España.
25 de diciembre	Pacto Anti-Komintern alemán-japones.
	1937
5 de noviembre	Se celebra una conferencia militar, reseñada por el discutible memorandum de Hossbach.
6 de noviembre	Italia entra en el Pacto Anti-Komintern.
24 de noviembre	Walther Funk, reemplaza a Schacht como Ministro de Economía.

	1938
12 de febrero	Schuschnigg visita a Hitler en Berchtesgaden.
12 de marzo	Alemania inicia la invasión de Austria.
13 de marzo	Proclamación del *Anschluss*.
10 de abril	Austria es incorporada al Reich como un nuevo Estado.
24 de abril	Henlein, líder de los nazis sudetes, presenta al gobierno checo una serie de peticiones sobre la autonomía de los Sudetes.
3 de agosto	Lord Runciman llega a Praga como mediador británico.
12 de septiembre	Hitler pide la autodeterminación de los Sudetes.
15 de septiembre	Encuentro de Hitler y Chamberlain en Berchtesgaden sobre la crisis checa.
22-23 de septiembre	Nuevo encuentro Hitler-Chamberlain en Godesberg.
29 de septiembre	Acuerdo de Munich. Alemania se anexiona los Sudetes.
9 de noviembre	Se organiza en Alemania el primer *pogrom*.
	1939
10-16 de marzo	Aniquilación del Estado checo. Establecimiento del protectorado de Bohemia y Moravia.
24 de agosto	Pacto nazi-soviético.
1 de septiembre	Alemania invade Polonia.
3 de septiembre	Gran Bretaña y Francia declaran la guerra a Alemania.
28 de septiembre	Acuerdo germano-soviético sobre la división de Polonia.
Octubre	Comienzan las actividades de reasentamiento de la RKFDV.
Noviembre	Conspiración «Zossen» abortiva contra Hitler.

	1940
9 de abril	Alemania invade Noruega y Dinamarca.
30 de abril	El primer ghetto polaco es establecido en Lodz.
10 de mayo	Alemania invade Francia, Bélgica y los Países Bajos.
10 de junio	Italia declara la guerra a Gran Bretaña y Francia.
22 de junio	Armisticio franco-alemán.
Septiembre	Mes crítico en la Batalla de Gran Bretaña.
27 de septiembre	Pacto Tripartito alemán - italiano • japonés.
28 de octubre	Italia invade Grecia.
20 de noviembre	Hungría se incorpora al Eje.
23 de noviembre	Rumania se incorpora al Eje.
	1941
Marzo	Directrices de Hitler para el trato de la Rusia ocupada.
5 de abril	Alemania invade Yugoslavia y Grecia.
Mayo	El Decreto de los Comisarios es promulgado de acuerdo con las instrucciones de marzo de Hitler.
Junio	Promulgación de la Orden de Jurisdicción.
22 de junio	Alemania invade la Unión Soviética. El Führer dictamina una orden, en algún momento del verano u otoño, sobre la «Solución Final». Durante el otoño, funciona la primera cámara de gas abierta cerca de Lodz.
25 de noviembre	Bulgaria se incorpora a la alianza del Eje.
Diciembre	Comienza a operar en la Europa occidental el Decreto de la «Noche y la Niebla».
7 de diciembre	Japón ataca a Estados Unidos y las posesiones

	británicas en el Pacifico.
8 de diciembre	Estados Unidos declara el estado de guerra contra el Japón.
11 de diciembre	Alemania e Italia declaran la guerra a Estados Unidos.
19 de diciembre	Hitler toma el mando de las operaciones del ejército alemán.

1942

Durante el año fue destruida la conspiración «Rote Kapelle» contra el gobierno nazi.

Se iniciaron experimentos «médicos» en los campos de concentración, que prosiguieron hasta 1944.

20 de enero	Conferencia de Gross Wannsee, en la que Heydrich, Eichmann y otros discutieron detalles de la «Solución Final».
Marzo	Auschwitz entra en funciones como campo de muerte utilizando Zyklon B.
Marzo-julio	Se establecen los campos de exterminio de Belsec, Sobibor y Treblinka.
29 de mayo	Heydrich es mortalmente herido por miembros de la resistencia checa. Varias represalias son tomadas, en particular contra la población de Lidice.
4 de noviembre	Fin de la batalla de El Alamein.

1943

14-24 de enero	Conferencia anglo-americana en Casablanca. Se decide exigir la rendición incondicional a las potencias del Eje.
30 de enero	Rendición del Sexto Ejército Alemán en Stalingrado.

Febrero	El grupo de oposición «Cartas de la Rosa Blanca» es arrestado y ejecutado.
13 de marzo	Intento frustrado de asesinato de Hitler por un grupo de oficiales.
10 de junio	Los ejércitos aliados desembarcan en Sicilia.
26 de julio	Mussolini es arrestado y hecho prisionero por el nuevo gobierno de Italia.
2 de septiembre	Los ejércitos aliados desembarcan en Italia.
15 de septiembre	Mussolini proclama la República Fascista Italiana, tras su rescate por un destacamento SS.
9 de septiembre	Rendición del gobierno legítimo italiano.
11 de septiembre	Los ejércitos alemanes se apoderan de las principales ciudades italianas y continúan la lucha.

1944

Febrero	La *Abwehr* es absorbida por la RSHA.
6 de junio	Desembarcos aliados en Normandía.
20 de julio	Fracaso del complot Stauffenberg para asesinar a Hitler, al que siguieron represalias masivas que se prolongarían casi hasta finales de la guerra.
24 de agosto	Liberación de París.
12 de septiembre	Las tropas americanas atraviesan la frontera alemana.

1945

Enero	La ofensiva soviética llega a Polonia.
5 de febrero	Estalla el tifus en el campo de Bel sen.
7 de febrero	Encuentro de los jefes de los Estados aliados en Yalta.
7 de marzo	Los ejércitos aliados atraviesan el Rhin.

15 de abril	Las tropas británicas entran en el campo de Belsen.
20 de abril	Las tropas soviéticas entran en Berlín.
25 de abril	Encuentro de las tropas americanas y soviéticas en Torgau, sobre el Elba.
28 de abril	Mussolini es capturado y ejecutado por los guerrilleros italianos. Las divisiones alemanas en Italia se rinden incondicionalmente.
30 de abril	Hitler se suicida.
7 de mayo	El gobierno provisional alemán del almirante Doenitz se rinde incondicionalmente.

Lecturas adicionales

Bormann, Martín (editor): *El testamento político de Hitler,* Diana, México.

Bullock, A.: *Hitler: A Study in Tyranny* (ed. rev.), Londres, 1962 (trad. cast.: *Hitler,* Grijalbo, Barcelona, 1963).

Crankshaw, Edward: *Gestapo,* Diana, México.

Dossier Eichmann y la solución final de la cuestión judia, Dux, Barcelona.

Hitler, Adolf: *Mi lucha* (trads. casts. de *Mein Kampf,* editadas por Diana, México; Latino Americana, México; Mateu, Barcelona; y Tor, Buenos Aires).

Hitler, Adolf: *Conversaciones sobre la guerra y la paz,* Caralt, Barcelona.

Hoess, Rudolf: *Comandante de Auschwitz,* Diana, México.

Fleming, Peter: *Operación León Marino: Hitler y la invasión de Inglaterra,* Juventud, Barcelona.

Kesselring, Mariscal: *Reflexiones sobre la Segunda Guerra Mundial,* Caralt, Barcelona.

Poliakov, León: *Auschwitz,* Rene Julliard, 1964 (trad. cast.: *Auschwitz: documentosy testimonios del genocidio nazi,* Oikos-Tau, Vilassar de Mar, 2.* ed., 1966).

Poliakov, León; Wulf, Josef: *El Tercer Reich y los judíos,* Seix-Barral, Barcelona.

Prittie, T.: *Germans against Hitler,* Londres, 1964.

Ramos-OIiveira, A.: *Historia social y política de Alemania, 1800-1950,* Fondo de Cultura Económica, México, 2. ed., 1964 (2 vols.).

Rauschning, Hermann: *Germany's Revolution of Destruction,* Londres, 1939.

Rauschning, Hermann: *Hitler me dijo,* Adas, Madrid, 1946.

Reitlinger, G. R.: *The Final Solution,* Londres, 1953.

Reitlinger, G. R.: *The SS.: Alibi of a Nation,* Londres, 1956.

Russell, Bertrand: *El flagelo de la svástica,* Americana, Buenos Aires.

Shirer, William L.: *The Rise and Fall of the Third Reich,* Londres, 1960 (trad. cast: *Auge y caída del Tercer Reich,* Caralt, Barcelona).

Snyder, Louis L.: *La Guerra 1939-1945,* Grijalbo, Barcelona, 1963.

Szél, Elisabeth: *Operación Noche y Niebla,* Escelicer, Madrid.

Taylor, A.J.P.: *The Origins of the Second World War,* Londres, 1961.

Trevor-Roper, H. R.: *The Last Days of Hitler* (ed. rev.), Londres, 1962 (trad. cast. *Los últimos días de Hitler,* Plaza y Janes, Barcelona; y Diana, México).

NOVELAS

Amat-Piniella, Joaquim: K. L. *Reich,* Club dels Novel.listes, Barcelona, 1963 (traducción castellana: *K. L. Reich,* Seix-Barral, Barcelona).

Hughes, Richard: *The Fox in the Attic* (trad. cast.: *El zorro en la buhardilla,* Sudamericana, Buenos Aires).

Isherwood, Christopher: *Goodbye to Berlín* (trad. cast.: *Adiós a Berlín,* Sur, Buenos Aires.

Mam. Thomas: *Dr. Faustus* (trad. cast.: *Doktor Faustus,* Sudamericana, Buenos Aires).